



No.
143

Doctor WHO

NÉMESIS PLATEADA



BY IAN CLARKE

DOCTOR WHO

NÉMESIS PLATEADA

Basada en la serie de televisión de la BBC Némesis Plateada,
de Kevin Clark, por acuerdo con la British Broadcasting Corporation.

KEVIN CLARKE



UN LIBRO TARGET

publicado por

The Paperback Division of

W. H. Allen & Co. Ltd

Traducción y Portada

Defender



Esta novela fue traducida en apoyo en a la maravillosa iniciativa de AUDIOWHO y a la colaboración desinteresada de un servidor.

Declaratoria

No se busca infringir ningún derecho de autor con la traducción de esta novela. Este trabajo es una iniciativa realizada por aficionados y para aficionados, con el único objetivo hacer esta obra accesible a todos aquellos whovianos de habla hispana.

Se prohíbe utilizar esta traducción con fines comerciales
Los derechos pertenecen a la BBC, Editorial Target y Kevin Clarke.

Novelas, cómics y otras obras las podrá encontrar en:

<http://audiowho.gonebe.com/>

Agradecimientos a webs y foros que han ayudado a difundir estas traducciones y menciones especiales:

- **Doctor Who Foro**
- **El Destornillador Sonico**
- **Papel Psiquico**
- **Asociacion Planeta Gallifrey**
- **Con T de Tardis**
- **Doctor Who Wiki en Espanol**
- **Doctor Who Spain**
- **Gmail, Facebook y Twitter**

ÍNDICE

Capítulo 1.....	7
Capítulo 2.....	13
Capítulo 3.....	27
Capítulo 4.....	33
Capítulo 5.....	39
Capítulo 6.....	57
Capítulo 7.....	71
Capítulo 8.....	78
Capítulo 9.....	85
Capítulo 10.....	92
Capítulo 11.....	104

Lanzado al espacio 350 años antes, un meteoro está regresando a la Tierra... y dentro aguarda Némesis, una estatua plateada hecha de metal viviente, Validium, la sustancia más peligrosa del universo.

Malignos poderes aguardan el regreso de la estatua: los neo nazis de Flores y sus tropas de asalto; Lady Peinforte, quién vio el exilio de Némesis en 1638 y fue impulsada hacia adelante en el tiempo; y el grupo de avanzada de una fuerza de invasión cybermen.

Y en el jardín de una taberna estilo Windsor, el Doctor y Ace están disfrutando los eternos sonidos de un cuarteto de jazz...

Esta historia conmemoró el 25 aniversario del Doctor Who en la televisión.

CAPÍTULO 1

Cuanto más cerca se desplaza hacia ella desde la oscuridad fría y silenciosa del espacio infinito, la mayoría del planeta Tierra aparece como el telón de fondo de alguna pequeña presentación teatral de presupuesto limitado. Desde una pequeña distancia de solo unos pocos millones de kilómetros, acercándose directamente, la pequeña producción se vuelve confusa, los mares y las masas de tierra pintados con tintes baratos, aún húmedos e imperceptiblemente fusionados unos con otros.

Dirigiéndose hacia esta pequeña escena de lento crecimiento, aparece lo que al principio parece ser una bola de roca disparada a través de la oscuridad. Podría ser tomada por un cometa, uno de los incontables guijarros o mundos que transitan eternamente por el espacio. Visto, quizás, desde una distancia como la que separa a Londres de Berlín, una pequeña cola de flamas se vuelve visible, esparciendo fuego detrás de la roca. Podría simplemente tratarse de una descarga natural de gases de la combustión misma, aún así es la calidad en la precisión de las flamas la que invita a un examen más detenido. Prueba desde un punto de vista más cercano no ser uno sino cuatro pequeños chorros de fuego.

Lenta e inevitablemente la Tierra se mira cada vez más grande mientras la roca vuela hacia ella, aparentemente propulsada por cuatro pequeños cohetes fijados en una especie de trineo en su base. Así el cometa podría parecer la creación de algún entusiasta aficionado con interés en los viajes espaciales. Es sin duda un aparato bastante destartado.

A medida que esto se dirige inexorablemente hacia la Tierra, algo más captura la atención momentáneamente. A pesar de la velocidad a la cual el cometa... si eso es lo que es... pasa, a uno podría perdonársele imaginar que ha visto brevemente una cara en el centro de la roca. De algún modo, en ese instante, se tiene la impresión fugaz de una expresión, tallada en plata. Tal vez ésta parezca estar detrás de un pequeño panel de vidrio o tal vez no era nada.

Un infinito de una naturaleza más inmediata estaba en la mente del Doctor y Ace esa tarde. En el caso del Doctor, un número de infinitos simultáneos estaban trabajando, todos ellos en esta placentera ocasión. La rara apariencia del sol en Inglaterra al final de un día de verano parecía ser eterna.

El hermoso jardín a la orilla de la taberna al aire libre en la cual estaban sentados, igualmente parecía no ir a ningún lugar, aunque de hecho tenía al menos trescientos años. De mayor importancia para ambos era el jazz que salía del saxofón, desde el punto de vista del Doctor, la más excitante música descubierta desde John Coltrane, sonaba y se sentía tan infinita como cualquier cosa que el Doctor haya encontrado en sus viajes. Una vez él le había definido la música a Ace como un viaje espacial interior, y reflexionaba sobre la exactitud de esta observación mientras que el baterista en la banda marcaba el ritmo para el final de su primer set.

La gente alrededor de ellos también estaba relajada. La música soplaba a través de sus almas y se dejaron llevar suavemente lejos del jardín. Se habría requerido un cínico para haber notado a los dos altos hombres que marcaban sus pasos casi mecánicamente al final de la audiencia. Entre los amantes de la música civilizados podría ser casi impensable que alguien se fijara en ellos, ya sea porque eran gemelos idénticos o porque mientras aparentemente escuchaban la banda ambos continuaban usando lo que parecía ser audífonos personales estéreo extremadamente costosos... audífonos personales que parecían estar hechos de plata sólida. El público, sin embargo, era amante de la música y aunque los altos hombres idénticos eran extremadamente altos, nadie los miró ni se hizo ninguna pregunta.

El último número llegó a su fin. El público aplaudió, gritó pidiendo más, pero la banda tomó un descanso. Ace tomó un periódico del domingo abandonado y se estiró. — Podría escucharlos toda la tarde, dijo ella.

El Doctor abrió sus ojos soñadores aún en la distante galaxia alcanzada con la última nota alta. — Y así lo haremos, respondió.

Plenamente consciente de esto porque fue algo más que someros preparativos los que se necesitaron para traerlos hasta aquí para encontrar al cuarteto en primer lugar, Ace ya estaba inmersa en las noticias. — ¿Ha visto esto? Ella agitó el periódico al Doctor. Un titular: “Meteoro se aproxima a Inglaterra.” recorrió brevemente con sus ojos. — Charlton subió tres puntos.

El Doctor asintió, parecía concentrarse plenamente en su emoción.

— Sí, él estuvo de acuerdo, “ese” es mi tipo de jazz favorito: soplando directo. Me temo que me pongo un poco molesto cuando pasa por la fase de los láseres audiofónicos.

— ¿Qué es eso?

— Ya sabe. Aparentemente ella no lo sabía. — Sonido y luz se convierten en la misma cosa. Él también podría haber estado hablando de los patrones de sonido perdidos y luego corrompidos, reciclados y codificados del extinto planeta Ofrix, al cual ningún ser externo, a no ser él mismo, a su entender, se había aventurado. — Películas holográficas que salen de los saxofones. Ellos parecían haber alcanzado un impasse comunicativo. El Doctor miró desesperadamente la fecha del periódico y sonrió con alivio. — Oh, desde luego. Esto es 1988. Aún faltan diez años. Sacaran el máximo partido de ellos.

Ace, como es usual, no fue engañada. El Doctor podía ver esto. — Me quejé del futuro del jazz con Louis Armstrong, continuó en un valiente intento por reafirmar su autoridad. No lo hizo para dejar que Ace viera su deslíz.

— ¿Qué dijo él?

— En verdad no puedo recordarlo. Oh, sí. Recordando, el Doctor se regocijó con el tema. — Él dijo que la música siempre sobreviviría. Tenía razón, desde luego. Verá, él sabía mejor que nadie que si se juguetea con los principios más básicos del tiempo entonces éste se encargará de que sus palabras... el Doctor fue bruscamente interrumpido por un chillido sobrenatural que parecía provenir del interior de la manga de su camisa. — se cumplan.

Las personas cercanas volvieron a mirar. El Doctor hizo algo dentro de su chaqueta y el sonido se detuvo.

— ¿Qué fue eso?, preguntó Ace.

— Muy extraño. Un recordatorio, desde luego.

— Entonces prosiga.

El Doctor estuvo muy feliz de poderlo hacer. — Bueno, verá, Louis Armstrong...

— No me refiero a eso. ¿Qué hay acerca de esa alarma?

— Oh, eso. El Doctor se incomodó. Hubo una pausa. — ¿Qué hay con ella?, dijo con suavidad.

Ace le dio una de sus miradas más directas. — ¿Qué se supone que le debe recordar?, preguntó ella con insistencia.

El Doctor fue evasivo. — Bueno. Obviamente, la coloqué en este preciso momento para que así pudiera cambiar el curso a nuestro... nuevo destino.

Ace sin embargo, no estaba satisfecha.

No quedaba nada más que contar la verdad, pero desde el punto de vista del Doctor, era admitir un error. — Lo he olvidado, él admitió.

Ace lo miró, sabiendo demasiado bien lo que vendría. — Oh, Profesor...

— Sí, usted tiene mucha razón. Me temo que tendremos que ir y averiguarlo.

Él estaba alejando entre las mesas hacia el camino contiguo al río. Ace se detuvo a comprar un casete de souvenir de la banda y corrió a alcanzarlo. En su prisa, ninguno de los dos notó los dos hombres altos que estaban de pie y los siguieron.

La TARDIS esperaba entre algunos árboles más allá de un pequeño puente peatonal. Ace, alcanzando al Doctor, aún estaba molesta. Ella lo siguió a través del puente.

Fue en ese momento que dos ráfagas simultáneas de disparos salieron de los arbustos detrás de ellos. La fuerza de las balas hizo que el Doctor y a Ace se lanzaran de cabeza al agua.

Los dos hombres altos emergieron de entre los arbustos, con sus audífonos plateados aún en posición. Ellos observaron silenciosamente como los cuerpos inmóviles flotaban corriente abajo.

*

En 1638 Lady Peinforte controlaba su impaciencia con dificultad, como lo había estado haciendo durante muchos días. Ella apuntó su flecha muy cuidadosamente hacia un ave negra situada en un árbol y tiró hacia atrás la cuerda del arco. El ave cantaba mientras ella tensaba el arco más; y luego disparó.

La flecha se incrustó en el tronco y el árbol inmediatamente quedó sin aves. Hubo un nervioso intento de aplaudir detrás de ella. Richard, su sirviente, sonrió exageradamente. — Oh, muy bien, mi señora.

Ignorándolo disgustada, dejó caer el arco en el suelo y entró en la casa. Ella había esperado demasiado.

Dentro, un anciano estaba sentado doblado sobre unos pergaminos de cálculos murmurando para sí.

— ¿Cuánto más?, demandó ella.

El anciano continuó murmurando, absorto en su trabajo. Lady Peinforte estaba que hervía. El último sirviente que la ignoró había sufrido tan numerosos tormentos que sorprendió incluso a aquellos que están familiarizados con sus estrictos estándares de etiqueta. Richard, quien la había seguido dentro, estaba ansioso por ayudarla.

— No escucha, madame. Le informé él innecesariamente. — ¿Debería yo...?

— Déjelo. Habrá suficiente tiempo para castigar a este impertinente cuando él haya terminado.

Una olla con un líquido verde contenía los restos de una mano humana ennegrecida por el fuego hervía ligeramente a fuego lento. Sobre ella, numerosas puntas de flecha de oro estaba aparentemente secándose. Lady Peinforte las analizó con cuidado y se las entregó a Richard. — Ponga estas con las otras, ella le ordenó.

Richard estaba nervioso. Ella lo miró. — ¿Es usted tan flojo? El veneno no puede afectarlo a menos que la punta de la flecha traspase su piel. Veamos quién robará mi oro.

Richard se volvió hacia una flecha de plata, que yacía sobre un cojín púrpura. — ¿Y ésta, mi señora?

— Deje esa para mí. ¿Está seguro de que la posición está bien mezclada?

— Por mi vida, madame. De repente, consciente de que quizás esa fue una frase mal elegida, Richard la modificó; — Se lo aseguro.

— Entonces esperaremos pero los cálculos. Dijo eso enfáticamente, en beneficio del anciano, pero éste continuó trabajando, ignorando sus palabras.

Advirtiendo esto, Richard habló con tranquilidad. — Pero el ingrediente final espera, como mi señora sabe. Por eso, estaba pensando...

Él fue interrumpido por un grito del anciano en la mesa. — ¡Mi señora! ¡Lady Peinforte: he terminado!

Lady Peinforte lo miró incrédula. — ¿Tiene la respuesta?

— Sí, mi señora.

— De prisa, entonces. Dígamela.

El anciano rebuscó entre sus pergaminos y levantó el último. — El cometa Némesis circunda los cielos cada veinticinco años...

Lady Peinforte lo interrumpió. — Yo sé eso. ¿Cuándo aterrizará?

Sin hacer caso de la interrupción, el anciano divagaba, —...Pasando cada vez más cerca hasta que una vez más choca con la Tierra, en su punto original de partida en, ah, la pradera exterior.

Lady Peinforte estaba a su lado. — Sí, sí. ¿Cuándo?

Hubo una pausa. El hombre encontró dicho lugar en el pergamino. — El, ah, veintitrés de noviembre de... mil novecientos ochenta y ocho.

Lady Peinforte casi se desmaya. Su voz se debilitó. — ¿Está seguro?

— Véalo por usted misma, madame. Él le entregó la última hoja de sus cálculos. La agitó ante sus ojos. Vagamente, ella era consciente de su voz extraviada.

— ¡Mis ecuaciones tienen asombrosas aplicaciones! ¡Puedo hacer cualquier cosa!, el anciano farfulló. Podría construir una máquina voladora. Imagine eso, mi señora. Los seres humanos volando como aves. Déjeme ver... Él regresó a sus figuras y su voz se desvaneció.

— Traiga las tazas con la poción, ordenó Lady Peinforte. — Partimos de inmediato.

— El ingrediente final, mi señora. Richard le recordó. — Sangre humana.

— Yo cambiaré al mundo... murmuró el anciano.

— Ah, sí, Richard, replicó Lady Peinforte suavemente. — Cierre la puerta.

*

El enorme salón de dibujo de la antigua residencia colonial alemana estaba lleno, como era normal, con luz de sol y el parloteo de las aves del bosque que la rodeaba muchos kilómetros en cualquier dirección. El calor de Sudamérica era intenso como es usual, pero luego de muchos años, el hombre conocido como Herr De Flores estaba más acostumbrado a él que al de Baviera en el cual había pasado su juventud, y la cual ahora él solo vaga y raramente recordaba. Un joven corría hacia la casa.

— Herr De Flores. Herr De Flores.

De Flores bajó el arco molesto. — ¿Qué sucede, Karl?, dijo roncamente en su escueto modo de hablar. Algo en la cara del joven, llamó su atención.

— Noticias maravillosas, respondió Karl.

CAPÍTULO 2

Solo cuando estuvieron seguros de que los dos hombres altos que los habían tratado de asesinar se habían marchado el Doctor y Ace salieron por la orilla del río.

— Bienvenida a casa, dijo el Doctor mientras tiraba por sacar a Ace fuera del agua.

— Siempre me gustaron los ochentas. Fue un tiempo de grandes hechos en Inglaterra. Mientras Ace de pie se secaba fuera de la TARDIS, el Doctor entró en ella y luego salió con la grabadora de ella. Él la había construido para ella a partir de una combinación de partes antiguas y tecnología del futuro.

Ace estaba emocionada. — Grandioso, dijo ella. — Pondré la cinta del concierto.

El Doctor jugueteó con los controles. — No en este momento, Ace.

— ¿Por qué no? Es mi tocacintas.

— No es solo un tocacintas. Y tenemos cosas más importantes de que preocuparnos que de su cinta. Como la gente que trató de matarnos.

— ¿Quiénes eran ellos? ¿Quién quiere matarnos?

— En mi caso, me temo, las posibilidades son casi infinitas, admitió el Doctor.
— En este momento, estoy más preocupado acerca de la alarma. Quizás si pudiera averiguar a dónde se supone que deberíamos ir sabría porqué sonó.

Un brillante holograma esférico empezó a formarse sobre un plato montado en la parte superior del tocacintas. Mientras el Doctor ajustaba los controles, la imagen se convirtió en un diagrama gráfico computarizado de un sistema planetario. Éste se desvaneció para dar paso a un segundo diagrama.

Ace se secó vigorosamente su cabello con una toalla. — No es lo suficientemente rápido para mí.

El Doctor estaba absorto y contesta con aire ausente. — Obviamente estos arreglos fueron hechos a toda prisa. Aún así son importantes. Me han dado una pista concluyente.

— Suena bonito.

— ¿Oh, sí! Eso significa que en algún lugar un planeta encara la destrucción inminente.

Mientras él hablaba el diagrama fue reemplazado por otra imagen. La cual claramente era un planeta.

— Ah, dijo el Doctor. — Ahora esto se mira familiar.

— Y debería, dijo Ace. — Esa es la Tierra.

Ambos se miraron el uno al otro.

*

Los pergaminos del viejo matemático estaban ahora amarillos producto del tiempo. Trescientos cincuenta años los habían endurecido, y parte de los cálculos estaban desvanecidos e ilegibles. La información esencial, sin embargo, estaba clara.

El hombre joven estaba de pie respetuosamente silencioso alrededor de la mesa en la cual estaban los pergaminos. De Flores los examinó con cuidado, entrecerrando los ojos debido a la brillante luz del sol. El retrato de Hitler que dominaba la habitación parecía de repente estar atrapado por la luz también y su expresión parecía aún más intensa de lo usual.

Una ligera sonrisa tembló en la delgada boca de De Flores. Él tendió el documento sobre la mesa. Su voz se tembló ligeramente. — Gracias, Karl. Bien hecho.

— Pensé que debía saberlo de inmediato.

De Flores miró alrededor del grupo de jóvenes hombres sudamericanos, mirando las caras de cada uno. — Caballeros, dijo él, — ¿me pregunto si incluso ustedes pueden apreciar lo que este momento significa? Ahora se encuentran en un punto de inflexión de la historia. El día de la realización de nuestro poderoso destino esta a punto de empezar. Su voz parecía resonar y crecer más fuerte dentro de la habitación. — Hace cincuenta años yo estaba de pie junto al Führer cuando él ordenó el primer paso gigante hacia la grandeza. Justo ahora llega el momento para el segundo y final. ¡El cual será decisivo!

Él se dio vuelta hacia una pintura a su espalda y levanta la mirada, los ojos de los jóvenes hombres lo siguieron. Hitler miraba hacia abajo a todos ellos. La voz de De Flores bajó, — Esta vez, él agregó, — no fallaremos.

Detrás del retrato una cortina colgaba hasta el tocar el piso. De Flores se acercó a ella y la corrió a un lado para revelar una vitrina. Dentro una bandeja elevada contenía un majestuoso cojín púrpura, sobre el cual yacía un arco de plata. De Flores miró hacia el arco por un momento, entonces se volvió lentamente hacia el grupo de nuevo. — Caballeros, les presento... El Cuarto Reich.

Estallaron los vítores. En la habitación adyacente, el teléfono timbró. Karl salió de prisa. Sonriente, De Flores abrió la vitrina y removiò el arco reverentemente. Lo sostuvo en alto ante ellos, luego lo colocó en un estuche para transporte el cual cerró y aseguró. Karl regresó. — Herr De Flores. El avión está listo.

— Partimos de inmediato, respondió su líder.

*

En la placentera orilla del río al otro lado del mundo aún era una idílica tarde inglesa. Ace, sin embargo, había perdido interés en el clima. Incluso el intento hace menos de una hora contra su vida y la del Doctor había retrocedido en su mente ante la presión de cosas más importantes. — Me está diciendo, ella insistió, — ¿que el mundo va a acabarse y usted lo olvidó?

— He estado ocupado, dijo el Doctor a la defensiva. — Una cosa y luego otra...

Como era usual, Ace estaba determinada a llegar hasta el corazón del asunto.
— ¿Hace cuánto que lo sabe?

El Doctor se retorció un poco. — En estrictos términos lineales, el tiempo pasaba... Ace, él podía decirlo, no iba a ser cegada por la ciencia. El Doctor respiró profundo. — Lo sé desde el 23 de noviembre de 1638.

*

Caminando sobre el cuerpo del anciano matemático, Richard entregó a Lady Peinforte una copa de brebaje fermentado que había hervido al fuego días atrás y al cual ya él le había agregado el ingrediente final de sangre humana que a regañadientes suministro el ahora difunto erudito. Richard esperaba en secreto que ningún resto de la mano humana, un ingrediente sobre el cual su señoría había insistido mucho, saliera a flote en su propia copa. Ahora reuniéndose con ella en el centro del círculo del pentáculo dibujado en el piso, él sintió un escalofrío sobrenatural en su cuerpo y se dio cuenta que nunca había estado físicamente tan cerca de ella antes. La brillante flecha de plata que ella sostenía destelló inusualmente a la luz del fuego en la habitación a oscuras.

Lady Peinforte lo miró. — ¿No me diga que tiene miedo?, ella demandó saber.
— Cuando lo contrate usted me hizo creer que era un endurecido criminal.

Richard inclinó su cabeza con modestia. — Como mi señora sabe, antes de que yo entrara a su servicio, había sido encontrado culpable de un gran número de ofensas.

— Entonces, ella concluyó, — tenga el coraje de sus convicciones. Beba.

Richard miró dentro de la espumosa copa. Su coraje rara vez el adecuado, le falló por completo.

— ¡Beba!

Enfrentando lo inevitable, Richard cerró sus ojos y bebió el brebaje. Una vez que así lo hizo, Lady Peinforte bebió el suyo, saboreándolo con una ligera satisfacción. Hubo una pausa, durante la cual los temores de Richard disminuyeron. De repente la flecha en la mano de Lady Peinforte empezó a brillar con más fuerza.

Se intensificó más y más, hasta que una extraña luz plateada pareció llenar la habitación. Richard estaba deslumbrado.

— Mi señora... ¿Qué está sucediendo?

A pesar del incremento del brillo, los ojos de Lady Peinforte eran aún muy visibles. Ellos ahora miraban a Richard que se había convertido en puntos reconocibles dentro de un cegador universo. Alrededor de ellos los colores de la habitación fueron girando y mezclándose. El mismo Richard se sentía lanzado hacia abajo dentro de un oscuro túnel sin fin repleto de voces, todo pasaba demasiado rápido para percibirlo... y aún así ella aún estaba allí a su lado, mirando a través de él, aplastando su escasa voluntad con la suya. En algún lugar en el centro de los cielos a través del cual ellos ahora parecían estar corriendo a una velocidad inimaginable, la flecha estaba aún brillando con una brillantez que Richard nunca había creído posible. Sin embargo, a pesar de todo, muy vagamente estaba consciente de la puerta que lo llevaba al mundo exterior, hasta las calles de Windsor donde él había pasado toda su vida y todos lo conocían. Si solo pudiera alcanzar la puerta, todo sería como de costumbre...

Con más esfuerzo del que nunca había hecho antes por algo, Richard gritó, — Noooo... Él se liberó y caminó fuera del círculo, buscando alcanzar desesperadamente la puerta.

Lady Peinforte le gritó imponiéndose sobre miles de voces que corrían a través del cerebro de Richard. — Regrese, tonto, romperá el aura. Richard cayó de rodillas, presa del pánico. Ahora sabía cómo se sentían los locos, de los cuales él como el resto se había aprovechado y provocado. Oh, nunca, nunca más. — No puedo, él confesó. — Por favor, mi señora. Debo quedarme.

— Es demasiado tarde. Alcanzándolo, ella lo arrastró de regreso al interior del pentáculo. Richard gimió de terror. De pronto, él ya no estuvo separado de la locura de sonido y luz que lo rodeaba sino que era parte de ella. Él ya no existía más como un ser separado de cualquier otra cosa. Era parte de un todo; un todo que siempre había sido, que fue, o que podría ser, y con todo eso, corriendo locamente hacia olvido.

Lentamente la calma regresó, la falta de definición en la imagen y el sonido se fue restaurando poco a poco hasta volver a la realidad. Lady Peinforte miró a su

alrededor en aprobación. Richard en contraste, estaba extremadamente nervioso. De repente un rugido exterior que pasaba lo afectó seriamente.

— ¿Dónde... dónde estamos mi señora?, él susurró.

Lady Peinforte replicó en su usual tono seguro. — En el mismo lugar que dejamos, desde luego. Mi casa en Windsor. Demasiado mejorada, también.

Richard miró con dudas la firma que a él le era imposible leer en la ventana que anunciaba el lugar como el local del Bar y hamburguesería Princesa de Gales.

— Historia, Richard, dijo lady Peinforte enérgicamente. — Progreso. Este es el año de nuestro Señor de mil novecientos ochenta y ocho.

Se evitó una explicación más detallada mientras la habitación se llenaba, una vez más, con la deslumbrante luz plateada. El prospecto de otro viaje a través del tiempo, llenó inmediatamente a Richard de terror. — Por la gracia del Cielo, mi señora. ¿Qué es eso?

Lady Peinforte ya estaba en la ventana, una expresión de maravilloso asombro de ensueño bañaba sus duras facciones.

— El matemático estaba en lo correcto, ella respondió distante. — Ella está regresando. Mire.

Afuera, en la oscuridad, la calle iluminada de Windsor High estaba bañada una con luminiscencia plateada.

*

Solo a pocos metros de distancia, aún sin ser vista por nadie, la TARDIS se materializó. Las bóvedas sin ventanas dentro de las cuales apareció estaban iluminadas por la noche, y al principio Ace no estaba segura de que estuviera viendo un gran número de vitrinas de vidrio conteniendo tesoros de diversos tipos. El Doctor ya iba por delante: examinó rápidamente cada contenedor y luego se apresuró al siguiente.

— ¡Uauu!, dijo Ace. — ¡Mire todas esas cosas!

— Eso es exactamente lo que tenemos que hacer, replicó el Doctor. — Emiece por allí.

Ace estaba desconcertada. — ¿Qué es todo esto?

— Son regalos. El Doctor hizo una breve pausa frente a un tocado tribal Maorí y se dio prisa.

— Nadie tiene tantos regalos.

El Doctor hizo una pausa momentánea. — Si usted fuera una señorita que ha hecho muchos viajes... empezó él a decir.

— Lo soy, dijo Ace.

— ¿Pero no siempre somos invitados? Y si lo fuéramos, probablemente le darían presentes a donde viajáramos. Y usted tendría que guardarlos en algún lugar.

Ace miró una tiara enjoyada. — ¿A quién pertenece todo esto? Ella continuó. — Nunca escuché de un lugar como éste...

— Windsor. El Doctor agregó.

— ¿Windsor?, dijo Ace. Ella captó la idea. — Estamos dentro del castillo.

El Doctor se detuvo ante otro contenedor. — Vaya. Esto es nuevo.

Ace miró con más amplitud la oscura bóveda sin ventanas. — Pense que sería mucho más elegante que esto, dijo ella.

— Probablemente está escaleras arriba. Pero nosotros estamos en las bóvedas. Y en algún lugar de aquí está un arco de plata muy bello el cual vamos a pedir prestado y a cuidar.

Ace estaba horrorizada. — No podemos ir y robar cosas por allí.

— Es algo puramente temporal, aseguró el Doctor desde el frente de otra vitrina de exhibición.

— Esto es probablemente traición. Soy demasiado joven para ir a la Torre. [La Torre de Londres, antiguamente un prisión para los traidores a la Corona Inglesa.]

El Doctor se detuvo. Se puso muy serio. — Ace, ¿haría alguna diferencia si le recuerdo que la seguridad de todo el planeta depende de eso?

— Haría una diferencia si me dijera qué es lo que sucede, profesor. Ella miró el semblante de su cara y ella continuó antes de que él tuviera oportunidad de responder. — Pero supongo que ahora no hay tiempo para explicar.

— Precisamente, dijo el Doctor. De pronto la luz tenue brilló fuertemente, y luego rectificó. — Tal vez, incluso, menos de lo que pensaba.

*

Fuera del Bar y hamburguesería Princesa de Gales, la noche estaba llena de deslumbrante luminiscencia plateada y un viento huracanado. La flecha de plata en la mano de lady Peinforte brillaba más a cada momento. Lady Peinforte mira extasiada hacia el cielo. — Némesis, gritó más fuerte que el viento. — Ya viene.

En ese momento, un meteoro con cuatro colas de fuego detrás que destellaba en la oscuridad plateada sobre ellos y que se lanzaba hacia la Tierra, desapareciendo tras los edificios a sus espaldas. Hubo un sonido como el de una explosión muy fuerte que hizo temblar el suelo y los edificios a través de toda la ciudad, y luego el silencio.

El Doctor atrapó un jarrón Ming el cual había caído desde lo más alto de su temblorosa base. Él lo colocó cuidadosamente en ella pero no habló.

— ¿Fue eso una bomba?, preguntó Ace.

El rostro del Doctor estaba terriblemente serio. — Eso, contestó, asegurándose bien que el jarrón estuviera colocado en el lugar correcto, — fue el regreso a la Tierra del meteoro llamado Némesis el cual ha estado en órbita exactamente trescientos cincuenta años.

Ace estaba impresionada. — Usted realmente es sorprendente, Profesor, dijo ella, — decir todo eso a partir de solo un ruido.

El Doctor la miró con tristeza. — Eso no es difícil en realidad. Fui yo quien lo lanzó al espacio. Él alejó la mirada. Su voz se elevó súbitamente. — Creo que podría calificarse como el peor error de cálculo jamás cometido en todos los confines dimensionales del espacio y el tiempo.

Ace desesperadamente buscó algo que decir. — Mire, dijo ella emocionada. — Allí está el arco.

Ellos se apresuraron en silencio hasta una gran vitrina de vidrio. Al llegar a ella, sin embargo, se dieron cuenta inmediatamente que no contenía nada excepto una zona con la forma del arco. Sobre la vitrina había una nota.

*

Mientras la gran furgoneta giró en la salida de la autopista M4 de Windsor, Karl le lanzó una mirada a De Flores. El hombre mayor estaba alerta, mirando el estuche de transporte, el cual no se había despegado de sus manos durante todo el viaje desde Sudamérica. La tapa estaba abierta y el arco de plata brillaba ligeramente en la oscuridad, creando la ilusión de que la cara de De Flores su rostro estaba cubierta de plata. Detrás de ellos, los hombres jóvenes armados dormitaban.

*

— Aquí, dijo el Doctor, — estaba.

Ace alumbró con su linterna eléctrica y leyó la nota en voz alta. — “Esta vitrina contenía el arco de Némesis, propiedad de la Corona, el cual desapareció misteriosamente en 1788. La leyenda cuenta que a menos que el arco se mantenga en algún lugar dentro del castillo, toda la estatua de plata regresará a destruir el mundo.”

El Doctor miró abatido la vitrina vacía. — Por una vez, la leyenda está totalmente en lo correcto. Y está punto de regresar.

Por segunda vez la tenue luz parpadeó por un momento, luego regresó a la normalidad. — Y ese momento es ahora, añadió con amargura.

— Es solo la electricidad, dijo Ace. — Eso pasa algunas veces, incluso en 1988. Lo que quiero saber es, ¿cómo puede una estatua destruir el mundo?

El Doctor, sin embargo, estaba apresurándose hacia la TARDIS. Ace lo siguió. — ¿No hay tiempo?, preguntó ella.

El Doctor activó la puerta, la cual se abrió obedientemente. — Se lo diré dentro de trescientos cincuenta años, se lo prometo.

*

Las velas ahora estaban casi derretidas y la habitación que ya era oscura estaba aún más sombría. Los restos del fuego proporcionaron algo de luz. La TARDIS se materializó justo fuera del pentáculo. El Doctor y Ace se escabulleron dentro de la habitación.

— Sshh, susurró el Doctor. — No sabemos quién esté en casa.

Ace le susurró a su vez con firmeza. — Tenemos un trato, Profesor, le recordó.

— Estamos en Windsor desde luego, susurró el Doctor impacientemente. — A unos pocos cientos de metros del castillo. Él ya estaba ocupado, buscando entre las sombras de la habitación. Ace miró a su alrededor con nerviosismo e involuntariamente se estremeció. Allí había una atmósfera de maldad respecto a la habitación, y ella decidió, que también incluía a toda la casa. Ace siguió al Doctor.

— ¿En verdad es 1638?, preguntó ella.

— Es verdad, respondió el Doctor enérgicamente. — Y además... *¡No se mueva!*

Ace se paralizó. Ella miró a través de la oscuridad tratando de mirar que había sorprendido tanto al Doctor. — No se acerque más, dijo él entre dientes, antes de que ella pudiera preguntar.

Él avanzó. Detrás de una silla, el cuerpo del anciano matemático dentro de un gran charco de sangre coagulada. El blanco de sus ojos miraba débilmente hacia ellos. Ace contuvo la respiración.

— ¿De quién es esta casa?, ella se escuchó preguntar.

El Doctor estaba de rodillas examinando el cuerpo. — De una señorita, replicó él sombríamente.

— Ella tiene ideas raras sobre decoración para casas, dijo Ace disgustada. Ella se alejó y abrió la ventana. La noche era una cortina de terciopelo y el aire era el más fresco que jamás hubiera respirado. Ella se sintió un poco mejor.

— Lady Peinforte no es nada más que original, continuó el Doctor. Él levantó uno de los pergaminos con cálculos y lo examinó con cuidado. — Pero me temo que este pobre hombre estaba empleado por su utilidad más que por su cualidades ornamentales. Él era un erudito. Sacando su ábaco, el Doctor hizo una serie de cálculos rápidos, revisando las figuras en los rollos contra sus propias conclusiones.

Él regresó el ábaco a su bolsillo pensativamente. — El erudito lo ha hecho muy bien también, agregó el Doctor. — En cuestión de meses desde que me fui de aquí, él ha estado trabajando en la fecha y la hora exacta cuando el meteoro conocido como Némesis regresaría... Noviembre veintitrés de...

— 1988, agregó Ace.

— Y lady Peinforte lo ha recompensado con su acostumbrada generosidad. El Doctor cubrió la cara del matemático con un trapo y se puso de pie.

— ¿Así que el arco pertenecía a ella?

— A la estatua de ella. Lady Peinforte la había hecho de algún metal plateado el cual cayó del cielo en el prado que hay allí afuera.

Hubo un crujido repentino en una esquina de la habitación.

Ace dio un salto. El Doctor sonrió con amargura. — Todo está bien. Aquí no hay nadie excepto por nuestro difunto amigo. Lady Peinforte estará en Windsor sin duda pero trescientos cincuenta años en el futuro.

Ace estaba sorprendida. — ¿Cómo puede ella estar en 1988?

Era claro que la mente del Doctor estaba ocupada con problemas distantes. Él habló con aire ausente, mirando hacia el fuego. — Habrá usado la flecha, desde luego. Ella tiene ciertas ideas rudimentarias sobre el viaje en el tiempo... mayoritariamente de magia negra... así como lo que podría llamarse una plétora de secretos.

— ¿Así que no era plata, esa cosa que cayó del cielo?

El Doctor resopló con algo parecido a una risa. — Desafortunadamente, lady Peinforte descubrió que era algo más que inusual: vandilium, metal viviente.

Ace miró sin comprender.

— La sustancia más peligrosa que existe.

*

Trescientos cincuenta años en el futuro, aunque, como el Doctor correctamente supuso, solo unos pocos cientos de metros lejos, la flecha brillaba débilmente en la

mano de lady Peinforte mientras la envolvía con una toalla detrás del mostrador del bar y hamburguesería Princesa de Gales. Richard luchaba con la desconcertante complejidad de la cerradura marca Yale de la puerta. Los pestillos evidentemente se habían vuelto más complejos desde su tiempo, pensó él. Lady Peinforte estaba, como es usual, impaciente.

— Ahora tenemos que apoderarnos de la estatua, dijo ella. — Los campesinos estarán muy conmocionados y podremos pasar entre ellos sin ser notados y buscar una oportunidad para atraparla. Rápido, no hay tiempo que perder.

La puerta, sin embargo, se rehusaba a abrirse. Afuera hubo otro rugido como el que había perturbado a Richard previamente. Él miró maravillado como un auto de la policía pasaba de prisa, con su luz azul brillando sobre el techo. Presintiendo su propósito, lady Peinforte no pudo esperar más. — ¡De prisa!, ella gritó. — Los pillos se apoderarán de Némesis.

La cerradura, sin embargo, se rehusaba a abrirse. — No he visto algo como esto, mi señora, admitió Richard con nerviosismo.

Lady Peinforte dio un discurso de frustración. — ¿Esto prisionera dentro de mi propia casa mientras la dominación del mundo aguarda más allá de la puerta? Me hubiera casado si hubiera querido eso.

En secreto, Richard estuvieran totalmente infeliz de que estuvieran, al menos temporalmente, forzados a permanecer en la relativa seguridad de la construcción. ¿Quién podría decirle cuántos carruajes rugientes más habrían en el exterior? — Esa luz sin fuego, resopló él. — Y el ruido. Debemos tener cuidado, mi señora.

— ¡Ja! Lady Peinforte tomó un niño de plástico de una silla y lo lanzó a través de la ventana, rompiendo las letras chillonas que decían: “¡Solo entre!” Inmediatamente la estridente campana eléctrica de la alarma de robos rompió la quietud de la noche. Lady Peinforte y Richard se miraron entre sí con la boca abierta. Ella fue la primera en recobrarse. Saltó a través de la ventana destrozada hacia la calle de afuera. Aterrorizado, Richard la siguió.

Descendiendo corrieron por la calle de extraño olor, adentrándose en el siglo veinte. Doblando en una esquina, vieron el auto de policía, ahora detenido, y un hombre permanecía de pie junto a él, mirando a través de una valla de alambre en lo que parecía ser una estructura casi toda de metal. Lady Peinforte y Richard se

agacharon dentro del portal de una puerta y miraron al hombre con cuidado. Él no los había visto.

— ¿Qué significa ese tipo azul de allí?, susurró Richard. — ¿Por qué le habla a su mano?

Lady Peinforte usó su instinto de nuevo acerca de las actividades del policía. — Él llama a los guardias, dijo ella con enojo. — Oh, eso no puede ser. Hubo silencio por un momento, interrumpido solo por el distante ruido del tráfico en el radio del policía mientras su llamada era contestada.

— ¿Por qué tan molesta, mi señora?, preguntó Richard.

Lady Peinforte se exasperó. — ¿Por qué siempre tengo que estar rodeada de tontos?, gritó ella, lo suficientemente alto para dar a Richard palpitaciones. — Porque ellos protegerán a Némesis y no conocemos sus fuerzas ni sus armas.

— Pero mi señora, Richard habló con suavidad, — ellos no saben qué es el cometa. Y sin la flecha no es nada. Solo tenemos que observar y esperar nuestra oportunidad para apoderarnos de ella.

Hubo una pausa mientras ella pensaba en el asunto. Lady Peinforte se volvió hacia Richard con consideración. — Aunque su fuerte no es la sabiduría, no es tan inútil en ese menester, Richard.

Richard se inclinó. — Mi señora es muy amable.

Lady Peinforte volvió a ser decisiva una vez más. — Bueno, no iremos a las afueras de la ciudad y esperaremos a que amanezca.

Cruzando en frente de la estatua de la reina Victoria, caminaron más allá de la estación del ferrocarril y se dirigieron a campo abierto.



En una calle al lado opuesto al sitio donde el meteoro había tocado tierra, la furgoneta estaba estacionada fuera de un parqueo de varios pisos.

En el asiento del pasajero, brillante arco iluminaba el exterior del estuche para transporte, aunque éste estuviera en su interior. De Flores miró absorto. — En la nueva era, su voz temblaba de la emoción, — este sitio será un santuario.

Karl esperaba diplomáticamente, pero presumió al hablar de lo que se aproximaba. — Solo esperamos su orden, dijo él cortésmente. De Flores le sonrió con gentileza.

— ¡Bien!, respondió él. Se recostó cómodamente. — Entonces llévenos al mejor hotel y de una noche de buen sueño.

Detrás de él los jóvenes paramilitares se unos a otros sorprendidos. De Flores miró alrededor y sonrió con indulgencia. — Ustedes, los jóvenes, los amonestó. — Siempre con tanta prisa. Bueno, todos la tenemos. La estatua está en el interior del meteorito el cual ha viajado a través del espacio. ¿Tienen idea de lo caliente que estará? ¿Cómo podremos manipularlo así? Además el gobierno británico es completamente inconsciente de su poder, estoy seguro de que podemos confiar en que la policía lo mantendrá custodiado y a salvo hasta la mañana, cuando estará listo para que nosotros lo recojamos. Tengo plena confianza en ellos. Se volvió hacia adelante de nuevo, y tronó sus dedos. — Al hotel.



Lady Peinforte y Richard estaban menos confortables acomodados entre algunos arbustos en el parque, aunque solo Richard parecía consiente del retumbo del trueno que se aproximaba: su señoría estaba absorta en pensamientos más importantes. Richard lentamente se volvió hacia el conejo que estaba rostizando sobre el fuego. — Estoy en una pesadilla, dijo para su interior, — o en una locura.

Lady Peinforte fue traída a la realidad por su voz. — Esto no es una locura. Esto es Inglaterra. Contrólese, ella espetó.

— Pero el sonido, mi señora. El aire viciado... Una mirada más de lady Peinforte fue suficiente. Richard infelizmente se controló. — Sí, mi señora. Hubo silencio. Richard buscó en su imaginación algunos medios para aplacarla. — ¿Qué hará mi señora cuando posea a Némesis?

Por primera vez, algo parecido a la calidez cruzó por el rostro de lady Peinforte. — ¿Hacer? Pues cobrar venganza de principio a fin. Primero en ese predecible hombrecillo que pensó que me podría frustrar. Él llegará pronto, Richard. Richard la miró con incredulidad. No era la primera vez que la premonición de su señoría lo sobresaltaba. Lady Peinforte sonrió, disfrutando el efecto causado. — Oh, sí, ella continuó, — Yo lo espero. Y esta vez será el ajuste de cuentas con ese Doctor sin

nombre cuyo poder es tan secreto. *Porque he descubierto su secreto.* Su voz se elevaba incontrolable. Hubo el repentino destello de un rayo, iluminando la cara de ella con una repentina y brillante luz plateada. El gran retumbo de un rayo pareció partir el cielo en dos, liberando un torrencial aguacero. Lady Peinforte continuó sin prestarle atención, con todo su ser animado por el odio profundo. — A su debido tiempo lo haré hablar. Yo seré su caída.



Los tres policías que subieron a su auto a investigar y vigilar el meteorito estrellado, como De Flores correctamente predijo, se aproximaron sin gran interés. Eso fue solo cuando el primero, mientras alumbraba con su linterna eléctrica el humeante trozo de roca, ahora incrustado en el suelo, cerca de la edificación a medio terminar, llamó varias veces a los otros dos en el auto, hasta que un segundo salió a echar un vistazo. Con la luz de ambas linternas y con una incredulidad que aumentaba, confirmaron lo que el primero pensó que había visto. La cara de una mujer, fundida en plata, era claramente visible a través contenedor de vidrio situado dentro de la roca. Se quedo mirándolos fijamente a través de la lluvia.

Ese fue el momento en que el motor del auto, el cual había sido dejado en marcha, de repente se apagó con un extraño chirrido. Fue como si la batería hubiera perdido completamente toda su energía de forma súbita. El conductor, aún en su asiento, trató de encender el auto, pero descubrió que estaba totalmente muerto. Él quitó el seguro al capó y salió, lo abrió y empezó sin éxito a tratar de identificar la falla.

El primer policía alcanzó su radiotransmisor y había dado su código de identificación antes de que notara que también éste, estaba totalmente inoperativo. Su energía parecía haberse evaporado súbitamente. Él lo agitó y lo intentó de nuevo. Su compañero descubrió que su radiotransmisor estaba exactamente en la misma condición.

Ocupados como todos lo estaban en esas misteriosas fallas, no notaron un grupo de delgados tubos plateados que se levantaron de la tierra cerca de ellos. Incluso si lo hubieran hecho así, el gas que los tubos habían empezado a expulsar era invisible. Los policías inmediatamente cayeron inconscientes.

El rostro de plata miró vagamente hacia afuera de su contenedor de vidrio en la lluvia y en la ahora silenciosa oscuridad.

CAPÍTULO 3

Un estallido de clicks y zumbidos procedentes de las cámaras del entusiasta grupo de turistas japoneses en la Terraza Norte del castillo de Windsor. El guía permanecía sonriendo atrás y mirando subrepticamente su reloj mientras el lugar privado de Elizabeth Primera para caminar después del almuerzo era devorado por las cámaras, luego del cual se prestó igual atención a la magnífica vista más allá. El dorado techo de la capilla del Colegio Eaton brillaba incluso a un cuarto para las diez en la gris mañana.

Tal era el interés de los visitantes que la materialización de la TARDIS a pocos metros de distancia pasó inadvertida. El Doctor y Ace salieron. Ella olió el aire húmedo mientras miraba alrededor.

— He estado aquí antes, anunció ella.

— ¿Un déjà vu?, [La extraña sensación de que de alguna manera ya se ha experimentado algo que en ese momento está sucediendo.] inquirió el Doctor, interesado. A él nunca le había sido posible decidirse si lo consideraba un fenómeno o una ilusión.

— No, dijo Ace, — durante la escuela.

El Doctor dio un grito de aprobación por eso. — Oh, bueno, dijo él, — No he estado aquí desde que construyeron el lugar. ¿Le sería posible recordar la ruta?

— En realidad no. Ace se miraba preocupada. — El castillo de Windsor es un lugar enorme.

— Muy cierto, agregó el Doctor. — Lo que necesitamos es un guía. Vamos.

El guía turístico ya tenía organizado al grupo, y los llevaba por el camino al castillo principal, donde el último de ellos estaba entrando. El Doctor y Ace se unieron a la parte final del grupo y levantaron la mirada con interés, como hacia el resto, hacia el techo mientras pasaban por el edificio.

La incapacidad de ambos para hablar japonés junto con el suave modo de hablar del guía, dificultó su disfrute de los tópicos más sutiles de la gira. La decepción, sin embargo, duró poco: en menos de un minuto el Doctor estaba tirando de la manga de Ace. — Este es el camino, susurró él. Hizo una seña con su cabeza

hacia la puerta con el rótulo “No entrar.” Antes de que Ace pudiera reaccionar, él estaba tomando la manija: la puerta estaba abierta. El grupo empezó a moverse hacia el siguiente punto de interés. Ace siguió al Doctor a través de la puerta, la cual él cerró suavemente detrás de ellos.

Se encontraron en un corredor oscuro. El Doctor estaba avanzando apresuradamente. Alcanzándolo, Ace decidió expresar sus dudas. — Realmente no creo que deberíamos estar haciendo esto, ella externó. Sin ningún efecto. Llegaron a un cruce entre tres corredores. El Doctor hizo una pausa y miró a su alrededor, tratando claramente de orientarse.

— ¿Qué piensa?, le preguntó él en su tono normal de honestidad. — ¿Por éste?

— Tal vez me sería posible decírselo si supiera hacia dónde vamos, susurró Ace.
— Pero en verdad no visitamos las áreas residenciales reales en el viaje escolar.

El Doctor, habiendo tomado una decisión, ya se estaba alejando en otra dirección. Ace, siguiéndolo, vislumbró un movimiento a la distancia. Ella alcanzó al Doctor y lo tomó del brazo, a modo de advertencia. Ace le susurró en forma audible al oído. — Alguien viene.

El Doctor no se dejó intimidar. — Parezca como si usted fuera la dueña del lugar, le respondió él.

— ¿Hacer qué?

— Nunca falla. Él descendió por el corredor, lleno de confianza. Ace respiró hondo y lo siguió.

Mientras la figura se acerca, las reservas de Ace aumentaron enormemente, convirtiéndose de repente en un certero reconocimiento. — ¡Doctor!, dijo ella con urgencia. El Doctor, sin embargo, continuó. Ace lo empujó hacia el umbral de una puerta. — Nosotros, los dueños del lugar.

Ace apuntó silenciosamente hacia la mujer que se aproximaba. Ahora se podía apreciar que estaba acompañada por numerosos perros pequeños.

— Qué fastidio, dijo el Doctor, — No puedo colocarla a ella por delante de mi vida.

Ace puso su mano sobre la boca del Doctor para evitar cualquier futuro ruido mientras la Reina pasaba a menos de un metro de ellos, con numerosos perros de

raza corgi jugando alrededor de sus pies. El Doctor luchó pero Ace lo sostuvo hasta que el sonido de los pasos reales se desvaneció, fue entonces cuando el Doctor luchando se liberó.

— Está bien, Ace, dijo él desesperadamente, dejándoselo bien claro. — Yo la conozco a ella de algún lugar.

— Desde luego que sí, dijo Ace.

Un segundo después las antiguas piedras del castillo fueron desgarradas por un angustiante grito.

— ¿Queeeé?, gritó el Doctor. — ¿Por qué usted no me dijo algo?

— Usted no me lo permitió, dijo Ace razonablemente.

— Su majestad la Reina es exactamente a quien necesitamos, gritó el Doctor.
— Rápido. Tras ella.

Él corrió corredor abajo tras la Reina. Ace, naturalmente, lo siguió.

En segundos, ellos llegaron a una intersección de otros corredores. El Doctor se detuvo, se lanzó en una dirección, lo pensó mejor y se detuvo de nuevo. Se lanzó por otra dirección, y se detuvo de nuevo. Las antiguas paredes de piedra parecían reflejar burlonamente su inexpresividad. Ace lo alcanzó, él notó una tercera opción. Inmediatamente junto a él había una puerta. En la cual había impresa una corona dorada. El Doctor sonrió a Ace en señal de triunfo. — Ajá, él gritó, alcanzando el picaporte. La mano de Ace rápidamente se lanzó hacia adelante y tomó la mano de él.

— No podemos ir allí, dijo ella desesperadamente.

El Doctor estaba decidido. — ¿No cree que sería muy útil tener a la policía, sin mencionar a los servicios armados, de nuestro lado? Desde luego que lo sería. ¿Y qué mejor que ir en busca de su comandante en jefe para que ayude a movilizarlos? Pasando a través de toda la burocracia.

— Aguarde, Doctor, dijo Ace débilmente.

Pero el Doctor estaba muy serio. — Aquí realmente no hay alternativa, créame, dijo él. — Las peores personas que le mundo puede ofrecer estarán camino a Windsor

justo ahora. Él levantó su mano para tocar la puerta con autoridad. Otra mano tomó la suya. Y era inmensamente fuerte. Ace y el Doctor se dieron vuelta para descubrir dos hombres altos de apariencia fuerte vistiendo trajes, uno de los cuales era el dueño de la mano. Éste bajo la mano del Doctor lentamente. Ace claramente se dio cuenta que trabajaban allí.

— ¿Qué están haciendo aquí?, preguntó él.

— No puedo discutir eso con usted, respondió el Doctor con firmeza, irguiéndose a toda su altura. Con eso alcanzó el impresionante nivel del pecho del hombre.

— ¿Quiénes, podría preguntar, son ustedes?

— Seguridad del palacio, respondió el segundo hombre, quien era aún más alto que el primero.

— Que bien, el Doctor se alegró de inmediato. — He de hablar con sus Majestad.

— Usted tenía razón, dijo el primer hombre de seguridad al segundo, — Mental. Él se volvió hacia el Doctor. — No se preocupe, lo dijo en tono más alto de lo usual que los ingleses reservan para los extranjeros o los enfermos. — Tendremos un Doctor aquí pronto.

Por una vez, pensó Ace, que en realidad era algo bueno que el Doctor tuviera dos corazones. Uno no sería suficiente para resistir el inmediato ascenso de la presión sanguínea que explotaba dentro de él.

— Yo soy el Doctor, dijo a todo lo que su voz le permitía.

— No se emocione, advirtió el primer hombre de seguridad. — ¿Cómo llegaron hasta aquí?

— Podría decírselo ahora y no me creería, respondió el Doctor con altivez.

El primero hombre habló pacientemente, como dirigiéndose a una niño furiosos. — Inténtelo.

El Doctor lo miró de modo desafiante. — He viajada a través del tiempo y el espacio, dijo él. Lo miró a ambos de modo desapasionado.

— Vaya, vaya, dijo el primer hombre de seguridad al segundo, quien hizo girar sus ojos.

— ¿Lo ve?, aulló el Doctor. — ¿Qué le dije? Muy bien, en ese caso, demando que nos escolten hasta su Majestad de inmediato.

Para la aparente sorpresa del Doctor, sin embargo, el primer hombre de seguridad lo ignoró completamente y se volvió hacia Ace. — ¿Usted y él son pacientes?, le preguntó.

Ace estaba extremadamente furiosa al ver al Doctor tratado con tal irrespeto. Ella miró al hombre alto. — Usted mejor lo escucha a él, cara de comadreja. Él es el Doctor, ella insistió.

El primer hombre de seguridad asintió sabiamente. — ¿Oh, es él?, dijo pacientemente. Él miró significativamente a su compañero.

El Doctor suspiró. — No, dijo él e hizo un gesto corredor abajo detrás de los dos hombres. — Él es el Doctor. Hubo una segunda pausa. Los hombres de seguridad ni siquiera se volvieron a mirar sobre sus hombros. El primero sonrió tristemente y negó con su cabeza. — No intente eso con nosotros, le dijo.

El Doctor pareció rendirse. — Oh, esta bien, él estuvo de acuerdo. De repente una mirada de peculiar intensidad llegó hasta sus ojos, una mirada que Ace nunca había visto antes. De pronto su voz se volvió fascinante, parecía tener toda la concentración de ellos en su poder. — El destino de cada criatura viviente pende de la balanza, dijo el Doctor claramente.

Hubo un momento de silencio. Los hombres de seguridad agitaron sus cabezas como si las quisieran aclarar. A pesar suyo, los hombres fueron impactados. — Yo no le creo, dijo el primero dudoso. Ace, sin embargo, era consciente de que ninguno de los dos hombres podía quitarle los ojos de encima al Doctor. La voz de éste los controlaba, se había vuelto baja e hipnótica. — Ustedes me creerán, continuó el Doctor, mirando directo a sus ojos los cuales habían entrado en un estado latente. — Nos dejen ir. Ustedes no se moverán. Los dos hombres de seguridad parecía como si estuvieran clavados al piso, viendo hacia adelante con la mirada en blanco. El Doctor tomó el brazo de Ace y empezó tranquilamente a llevarse lejos.

— ¿Cómo hizo eso?, susurró ella, una vez que habían descendido algunos metros por el corredor. El Doctor, con su muy rara falsa modestia, sonrió complaciente. — Oh, es muy fácil en verdad. Hubo un repentino grito detrás de ellos. Mirando hacia atrás, Ace miró a los dos hombres de seguridad echar a correr tras

ellos. — El único problema es, continuó el Doctor, tomando el brazo de Ace y echándose a correr, — que no dura demasiado. Ellos se lanzaron corredor abajo, perseguidos por los dos hombres de seguridad.

Dando la vuelta en una esquina, ya sin aliento, dudaron por un momento. Una gran puerta doble estaba frente a ellos. Se lanzaron a través de ella.

Allí estaba lo que le pareció a Ace luego de la penumbra del corredor y un resplandor de luz, una masa de sonrientes rostros orientales mientras ella y el Doctor cargaban a través del grupo de turistas japoneses en cuya compañía ellos habían entrado al castillo, disculpándose profusamente mientras hacían a un lado a los visitantes con sus hombros. En el fondo los hombres de seguridad se lanzaron a través de la puerta y se dirigieron a toda velocidad al centro del desordenado pero reconstruido grupo de turistas. El Doctor y Ace huyeron por la salida opuesta por un corredor más grande y brillante. Delante de ellos estaba un amplio y magnífico tramo de escaleras lleno de pinturas. Ellos descendieron por ellas. En el fondo había un descanso donde se apretujaron y comenzaron a recuperar el aliento.

— ¿Y ahora qué?, jadeó Ace.

— Regresar a la TARDIS, respondió el Doctor. — Debemos obtener la estatua antes de alguien más lo haga y obviamente no vamos a recibir ninguna ayuda aquí. Él se movió para partir. Caminando hacia adelante para seguirlo, una de las pinturas llamó la atención de Ace. Se detuvo. — Profesor, llamó ella. El Doctor se detuvo.

— ¿Y ahora qué?, él preguntó mirando escaleras atrás, donde en cualquier momento esperaba que los hombres de seguridad aparecieran. Ace señaló hacia la pintura. Ésta mostraba a una joven y rica mujer con vestido del siglo dieciocho: un campo verde se perdía en un eterno trasfondo, en los ojos de esta mujer se miraba la certeza de que este bien permanecería sin alteración alguna en las manos de sus descendientes por siempre.

La expresión de Ace era de maravilla. — Esa soy yo, dijo ella.

— ¿Qué? El Doctor caminó más cerca y la examinó. El reconocimiento llegó. — Oh, sí. ¿No está mal parecida? Él empezó a alejarse. Ace se tambaleó.

— Pero... empezó ella a decir.

El Doctor empezó a sonreír indulgentemente y le palmeó el brazo. — Todo esta bien, dijo en tono confortante. — Eso no ha pasado aún.

Ace lo miró sin comprender. — Pero eso fue pintado hace doscientos años.

El Doctor sonrió pacientemente. — Lo sé, respondió. — Pero aún ni siquiera hemos viajado a ese tiempo. Es por eso que usted no puede recordarlo.

Ace luchó un momento por resolver la lógica del Doctor. Aún estaba desconcertada. — Eso no tiene sentido, dijo ella finalmente.

El Doctor dio un suspiro por ser siempre un ser incomprendido. — Lo hizo Louis Armstrong, dijo él con tristeza. — Él realmente comprendió el tiempo.

CAPÍTULO 4

En el sitio de la construcción todo estaba quieto. Los tres policías yacían donde ellos habían colapsado, respirando pero inconscientes.

De pronto y simultáneamente a través de cada una de las ventanas, los paramilitares armados de De Flores irrumpieron.

Distribuyéndose a través del sitio ellos revisaron rápida y profesionalmente cada metro cuadrado antes de asumir posición defensiva. Fue solo entonces cuando De Flores arribó, aunque claramente estaba impaciente. Él llevaba el estuche para transporte en el cual había colocado el arco y ya estaba mirando atentamente el humeante agujero dentro del cual el cometa había efectuado su caída. Karl lo aguardaba, con una mirada de confusión en su cara.

— Herr De Flores. No comprendo cómo ha sido derrotada la policía.

De Flores se hizo a un lado y avanzó rápidamente hacia el cometa. — Eso no es importante, respondió él. — Todo lo que importa es que Némesis esté a salvo. Él bajó la mirada hacia la ardiente bola rocosa. La cara de plata parecía mirarlo de modo inexpresivo, parcialmente visible a través del contenedor de vidrio. De Flores avanzó y suavemente le limpió algo de barro con su pañuelo. Él miró directo hacia sus ojos, una mirada de adoración inundaba sus duros rasgos. — Al fin, dijo dirigiéndose hacia la estatua. — Sé porqué ha venido. Su largo viaje ha terminado. Solo yo la comprendo, y he traído lo que usted necesita.

Reverentemente abrió el estuche de transporte y de un tirón abrió la tapa. Dentro yacía el arco de plata. Por un momento, no pasó nada. Luego a través de la roca hubo un espasmo de luminiscencia, como un súbito destello de luz en una noche de verano. Por un breve instante, la estatua de la mujer fue claramente visible a través de la roca y el barro. La oscuridad que hubo a continuación fue absoluta, como si la luz nunca hubiera existido. Casi inmediatamente hubo un segundo espasmo de deslumbrante luz plateada dentro de la roca, esta vez incluso más brillante y más duradero. La luz plateada iluminó la absorta mirada de De Flores y los rostros de los hombres jóvenes que lo rodeaban, sus expresiones fueron atrapadas en un instante a la mitad del camino entre la fascinación y el terror.

Siguieron más espasmos de luz, creciendo en intensidad hasta que la roca estaba pulsando con la luz. Se escuchó un crujido ensordecedor como un trueno, y la roca se partió en dos, y sus dos mitades bordeadas de fuego cayeron lejos. La figura de la mujer plateada fue revelada, emanando luz plateada tan intensa que era casi segadora. Los hombres jóvenes se protegieron los ojos. De Flores, sin embargo, miraba como crecía el poder que había desatado y se mantenía firme, pareciendo respirar con fuerza dentro de la presencia de Némesis.

— Su fuerza regresa, susurró él. — Pronto estará completamente restaurada. Su voz de pronto se levantó. — Pero... él caminó hacia adelante y retiró la última roca que cubría la mano izquierda de la estatua. Él estaba horrorizado. De repente, frenéticamente se volvió hacia los otros. — ¿Dónde está la flecha?

Los hombres jóvenes se miraron unos a otros, sin comprender nada.

— Debería estar aquí, gritó De Flores escarbando frenéticamente en el barro.
— Encuéntrénla. ¡Encuéntrénla!

Obedeciendo al instante, ellos empezaron a revisar el terreno alrededor del cometa. Totalmente absortos en su búsqueda, no se percataron de la materialización de la TARDIS a pocos metros de allí, y de la salida del Doctor y Ace.

— Espero que no hayamos llegado demasiado tarde, gritó el Doctor sobre su hombro mientras corría hacia adelante. Volviendo su cara a medida que avanzaba, se detuvo de inmediato, pero ya era demasiado tarde. Ellos se quedaron mirando hacia abajo los cañones de ocho armas de fuego de alta velocidad. El Doctor se comportó de modo tranquilizador. Levantando su sombrero con una amable sonrisa se dirigió a

los hombres jóvenes con su mejor estilo diplomático. — No se preocupen. No los vamos a lastimar.

Karl estaba sorprendido. — ¿Cómo llegaron hasta aquí?, demandó saber. Él se volvió hacia De Flores. — Yo busque en esa sección. Allí no había nadie.

De Flores se puso de pie. — Olvídelo, Karl, dijo él impacientemente. — Verá muchos signos y maravillas en los días venideros. Solo tenemos una preocupación con estos... Él enfrentó al Doctor. — Entrégume la flecha de Némesis.

El Doctor, sin embargo, estaba perfectamente sereno. — Afortunadamente, respondió él, — No la he visto desde 1638 cuando desapareció con la buena de Lady Peinforte.

— Tonterías. De Flores se volvió hacia Ace, quien se estremeció involuntariamente. — Usted. Esta es la única oportunidad que tendrá para salvar su vida. ¿Dónde está la flecha?

— No sé nada acerca de eso. El Doctor avanzó de modo protector.

— En verdad ella no lo sabe, le dijo él a De Flores. — Permítame que le explique, Ace. Dándole él la espalda a las armas de los paramilitares y a De Flores procedió a hacerlo con su habitual animosidad. — Verá, el Validium se vuelve activo cuando usted tiene una cantidad suficiente de él. Una masa crítica de hecho. La estatua por sí sola no tiene suficiente sin el arco...

— Yo tengo el arco, interrumpió De Flores enfáticamente.

— Y, continuó el Doctor ignorándolo, — sin la flecha. Pero si alguien puede poner el arco y la flecha en las manos de la estatua...

— Tendrá el poder de la vida y la muerte no solo sobre la Tierra sino sobre cualquier planeta existente, De Flores completó la explicación para él. Hubo silencio. El alemán miró amenazante a la pareja. Su voz se volvió siniestra. — Ustedes están, dijo él lentamente, — increíblemente bien informados para alguien que declara no saber nada.

El Doctor lo miró inequívocamente. — Simplemente noté lo que es obvio. Aparentemente ustedes no.

— ¿Qué pretende decir?, demandó saber Karl. Ace se dio cuenta que el tono de Karl era tembloroso.

El Doctor aprovecho su ventaja momentánea. — ¿Pueden oler algo?, preguntó él bruscamente. Los paramilitares se miraron unos a otros. Incluso De Flores olfateó el aire.

— Materiales de construcción, respondió él.

El Doctor sonrió secamente. — Gas nervioso, dijo él. Su cara se puso seria. — Oh, están perdonados. Este de una clase que les es totalmente desconocido.

De repente De Flores perdió la paciencia. — ¿Quién es usted?, demandó saber con exasperado. Sin embargo el Doctor estaba en plena explicación.

— ¿No se les ocurrió preguntarse qué les pasó a estos policías?

— Yo me pregunté eso, dijo Karl con ansiedad. El Doctor sonrió indulgentemente. — Bien hecho, dijo él con aprobación, se arrodilló para examinar a una de las figuras inconscientes sobre el suelo. — ¿Y cuáles...? , me preguntó, dijo el Doctor distante como acostumbraba hacer, — ¿...fueron sus conclusiones?

— No juegue con nosotros, la voz de De Flores tuvo un tono mortal.

— No tengo tiempo. El Doctor se puso de pie. De repente, él se puso muy serio. — Estos hombres fueron atacados por una tecnología más avanzada y más terrible de lo que pueden imaginar.

Karl se revolvió con incredulidad. — ¿Qué tecnología?, él preguntó. Pero de De Flores lo interrumpió abruptamente.

— Esta tontería ha ido demasiado lejos, dijo él.

— Y miren sus autos, continuó el Doctor ignorándolo. — Miren sus radios. ¿No es extraño que todos ellos hayan fallado a la vez?

A Karl le fue imposible ocultar su fascinación. — Yo también me pregunté eso, dijo él.

— Muy bien, replicó el Doctor, con un leve tono de sarcasmo. — Claramente sus baterías ya no sirven más. También puede haber notado uno o dos contratiempos en el abastecimiento local de electricidad durante estos últimos días.

— ¿Cómo en el castillo? A pesar de lo peligroso de su situación, Ace también le fue imposible resistir el atractivo del misterio, del cual evidentemente el Doctor sabía la respuesta.

— Exactamente, confirmó él. El Doctor miró a su alrededor a su audiencia con satisfacción. De Flores, sin embargo, había llegado al límite de su paciencia.

— Dígame dónde está la flecha, gritó él.

— Escuche, respondió el Doctor, — y podrá salvar su vida. Hay criaturas en el universo que hacen que usted se vea tan peligroso como un bebé. Y están aquí por la misma razón que usted.

De Flores tomó el arma que Karl estaba sosteniendo y la levantó. — Usted me dirá ahora, dijo él con tranquilidad, — donde encontrar la flecha.

— Estoy muy encantado de decirle que no puedo, respondió el Doctor con firmeza.

— Entonces, concluyó De Flores, — le dispararé a ella. Apuntó el arma directamente hacia Ace.

Hubo allí un terrible silencio. Incluso el Doctor lo percibió. De Flores empezó a oprimir el gatillo.

Ace murmuró, — Doctor...

De pronto se produjo una explosión de luz cegadora, deslumbrando a todos. Mientras sus ojos se acostumbraban a la luz ellos se dieron vuelta hacia su aparente origen, a algunos metros de allí. La cara de De Flores se puso mortalmente pálida; cada trazo de color se desvaneció con su asombro. Ace permaneció con la boca abierta por lo que miró. A unos dieciocho metros de distancia, una nave espacial con forma de disco había parecido en silencio. El panel de la puerta se estaba deslizando para abrirse. De su interior, una primero, luego una segunda y luego una tercera figura plateada caminaron fuera. Eran, calculó Ace, como de dos metros y medio de alto. Ella vagamente se dio cuenta, que los paramilitares y de De Flores estaban hipnotizados por el espectáculo ante ellos. De repente ella se dio cuenta que no le iban a disparar después de todo. El impacto y el alivio fluyeron a través de ella. La voz del Doctor la interrumpió en su meditación, su tono era severamente autoritario.

— No se mueva, le siseó él.

Ace encontró su voz con dificultad. — ¿Qué... qué son ellos?, susurró ella, imposibilitada de quitar sus ojos del grupo de ahora ocho figuras plateadas, las cuales habiéndose reunido fuera de la nave espacial, estaban empezando a avanzar hacia ellos con pesados pasos. El rostro del Doctor estaba retorcido por el odio.

— Cybermen, respondió él con voz baja.

CAPÍTULO 5

El cyberlíder se aproximó de primero. A su espalda y a su izquierda, él estaba flanqueado por su teniente. Los otros se distribuían detrás de ellos. Los paramilitares los miraron horrorizados.

Los cybermen avanzaron hasta detenerse, la atención del cyberlíder se dirigió hacia el Doctor.

— Vaya, Doctor, la voz metálica rechinó. — Una nueva apariencia. Por otro lado nuestra anticipación a su presencia ha probado ser totalmente acertada.

Con el rabillo del ojo, Ace captó el movimiento de uno de los paramilitares, quien aparentemente sin ser visto, balanceó su ametralladora y disparó una rápida ráfaga al cyberlíder. No causó ningún efecto. Los otros inmediatamente lo siguieron; hubo una ensordecedora ráfaga de disparos mientras todos disparaban contra los cybermen. Las balas rebotaron en ellos. El fuego fue detenido, los militares miraron incrédulos. Lenta y pesadamente el cyberlíder se volvió hacia el hombre que disparó primero y levantó su arma láser. Hubo un súbito resplandor de luz en su cañón y el hombre cayó muerto.

— ¡Cúbranse!, gritó de De Flores. Los paramilitares se dispersaron para cubrirse.

— Erradíquenlos, bramó el cyberlíder.

Los cybermen abrieron inmediatamente fuego con sus láseres, que fue respondido por el fuego de los paramilitares. El ruido fue continuo y ensordecedor. Una faja de acero que soportaba parcialmente una pared en construcción se disolvió cuando un rayo láser la impactó, trayéndose abajo un lado de la construcción. Las

balas de las ametralladoras, mientras tanto, continuaban rebotando sin causar daño alguno a los cybermen.

A pesar del humo y del polvo vislumbró al Doctor. Él estaba arrodillado dentro del cráter donde cayó Némesis, aparentemente sumido en sus pensamientos. Dando un cuidadosa mirada a su alrededor y descubriendo que las facciones en pugna estaban ocupadas entre sí, ella se arrastró hacia él.

— ¡Doctor!, llamó ella. El Doctor absorto no la escuchó. Alcanzándolo, ella le puso su mano en el hombro. Él la miró sorprendido.

— Ah, Ace, murmuró él, — Allí está.

— Vamos, dijo Ace, agachándose con urgencia mientras una ráfaga de balas silbó sobre sus cabezas. — No podemos quedarnos aquí.

— Claro que podemos, respondió el Doctor con algo de aspereza. — Esto es exactamente lo que pasó la última vez. La única diferencia es que entonces era Lady Peinforte y los agentes de la Inquisición. Bueno, eso no va a pasar de nuevo.

Apenas había dicho eso cuando Ace notó a un cybermen cercano tambalearse y caer cuando una flecha impactó en el panel de su pecho.

La atención del Doctor, mientras tanto, aún estaba profundamente inmerso en sus cálculos. — Imagine, dijo él con irritación, — trate de calcular el ángulo correcto de proyección, tomando en cuenta la gravedad y todo lo demás, mientras toda la gente a su alrededor trata de matarse unos a otros. No me extraña que las sumas salieran mal.

Ace, sin embargo, estaba sumando al cyberman, quien se retorció claramente en agonía. Sus movimientos se volvieron cada vez más lentos.

— Una pérdida total de tiempo dispararse entre ellos, desde luego, el continuo hablando sobre su hombro, haciendo sonar su ábaco con destreza mientras los disparos y las explosiones continuaban sin disminuir. — Como usted ya se habrá dado cuenta, ellos son complementos a prueba de balas. Él se rió ligeramente. — Esos hombres bien podrían estar usando arcos y flechas.

Ace sonrió sombríamente. — Parece que eso sería un poco más efectivo, dijo ella.

El Doctor la miró atentamente por primera vez. — ¿Qué?, preguntó él.

*

En un piso parcialmente acabado en la construcción cercana, Lady Peinforte miraba con satisfacción mientras los vacilantes movimientos del cyberman impactado se volvían cada vez más lentos hasta detenerse. Ella se volvió hacia Richard. — Un blanco, un blanco indudable, Richard, dijo ella.

Ella descubrió que Richard, ajeno a sus palabras, estaba rezando de rodillas. — Y me dedicare a las obras de bien. Ella lo oyó murmurar. — Y juro que nunca robaré, y guardaré todos los días del Señor.

Lady Peinforte resopló con disgusto y recargó su arco. — Mire, dijo ella de forma más audible, — como mi veneno es tan mortal como siempre, Richard.

— Voy a consolar a los enfermos, continuó Richard. Lo cual me recuerda, que le regresaré a Briggs su dinero.

Exasperada por la atención que Richard le prestaba a Dios, la cual sentía ella, era mayor que la que le prestaba a ella, Lady Peinforte lo pateó. Richard gritó y abrió sus ojos.

— Arriba, tonto, resopló ella. Richard se levantó a toda prisa, frotándose a sí mismo. Segura de que ahora la estaba escuchando, Lady Peinforte continuó. — Le digo, dijo ella en tono amistoso, — si hubieran habido hombres de plata como esos en nuestros días, mi vida habría sido muy diferente. Por un momento, una inusual y casi soñadora expresión, la cual Richard nunca había visto antes, cruzó por las duras facciones de ella. La expresión se desvaneció tan rápido como había aparecido, para ser reemplazada con su sonrisa calculadora normal. — Ahora, pensó, — vamos a dejarlos que se destruyan entre sí, entonces tomaremos a Némesis. Ella tiró hacia atrás la cuerda del arco y disparó otra flecha hacia la batalla de abajo.

Veintidós metros más adelante, otro cyberman cayó. Agazapado bajo su cobertura, De Flores observó como la flecha de Lady Peinforte demostraba ser letal como la última. Sus hombres estaban cayendo a la derecha y a la izquierda, y era claro que pronto él y Karl, quien junto a él le daba fuego de cobertura sin acertar, serían los últimos en quedar. Él movió el hombro de Karl. El joven dejó de disparar y acercó su oído a De Flores.

— Tenemos que retirarnos, gritó De Flores sobrepasando el ruido de los disparos. — Es nuestra única oportunidad para la victoria final.

Karl estaba incrédulo. — ¿Y dejar la estatua?, gritó él en respuesta. Para su sorpresa, De Flores asintió.

— La estatua sola es tan inútil para ellos como solo el arco para nosotros. ¡Recupérela!

Sin dudar, Karl se arrastró a campo abierto y empezó a cruzar el terreno hacia el estuche para transporte. Los láseres y el fuego de ametralladoras, con la explosión ocasional de granadas, continuaba a su alrededor.

Tan pronto como Karl estuvo en camino, De Flores también salió de su cobertura y corrió hacia el cyberman muerto más cercano. Tirando de la flecha en su pecho, él corrió de regreso tras la pared que lo había escudado. Examinó la flecha atentamente, aunque él había confirmado todas sus sospechas con una mirada a su brillante punta.

*

En la azotea, algo capturó la atención de Richard. — Mi señora. ¿Quién es ese pequeño hombre?

Lady Peinforte disparó otra flecha, esta vez falló por poco el blanco que pretendía. Ella miró hacia de la dirección que Richard le estaba indicando.

— ¿Quién sabe?, respondió ella, alcanzando otra flecha. — Alguien que interfiere... Ella se detuvo y miró con más atención. La sospecha afloró. — No puede ser, susurró ella.

— Su cara ha cambiado, dijo Richard.

— La doncella también la cambia... Pero, desde luego. ¿Si los sapos y las serpientes pueden liderar a los hombres, porqué el Doctor no puede cambiar de cara? [Frase aparentemente tomada de una obra de Shakespeare.]

Una ligera ráfaga de viento dispersó el humo proveniente de los edificios que ardían, limpiando el aire por un momento. Cerca del cráter, la TARDIS fue de pronto visible. Lady Peinforte estaba exultante. — Oh glorioso mal, gritó ella. — ¡Es él!



— ¿De dónde provino eso?

El objeto de la alegría de Lady Peinforte estaba agachado junto con Ace cerca del cráter, examinando la flecha que había matado al cyberman. Ahora el Doctor estaba al fin preparado para dar a su compañera toda la atención y su rostro se mostraba muy serio.

— Yo no pude verlo, dijo Ace.

— ¿Cybermen muertos por un arco y unas flechas? Dijo el Doctor. — Eso es ridículo. Un pensamiento lo invadió. — A menos que... dijo él, casi para sí mismo. Él extrajo la flecha del panel pectoral. Ésta brillaba. — Desde luego, la cabeza está hecha de oro.

Ace estaba impresionada. — ¿Eso es oro de verdad?

— La única sustancia, el Doctor replicó, — a la cual los cybermen son vulnerables.

— Eso es tener clase, dijo Ace. Ella alargó su mano para tocar la cabeza de la flecha. El Doctor la apartó.

— Oro impregnado de veneno. Ace se detuvo. — La firma de Lady Peinforte. Él miró a su alrededor con cuidado. A más de cuarenta y cinco metros de distancia el último paramilitar a parte de Karl y de De Flores, estaba luchando una batalla perdida con los cybermen que restaban quienes se acercaban constantemente hacia él. No había signos de ninguna persona más. Ace se estremeció.

— Realmente creo que deberíamos salir de aquí, Doctor, dijo ella.

El Doctor concordó. — Creo que tiene razón. Ahora que, él reflexionó, — tanto los cybermen y Lady Peinforte me odian a muerte. Los otros no deben sentirse excluidos. Se lanzaron a través del campo abierto. El arco yacía brillando en el estuche de transporte donde De Flores lo había dejado. El Doctor tomó el arco y cerró de golpe la tapa. Él regresó a donde estaba Ace.

— Vamos, dijo él. Ace no necesitaba ningún estímulo: juntos corrieron despavoridos hacia la TARDIS.



Desde la azotea, Lady Peinforte observaba con horror como el Doctor tomaba el arco. Este acontecimiento no había sido tomado en cuenta en sus cálculos para la eminente victoria. — No, gritó ella. — ¡No! Se apresuró a cargar su arco y apuntó hacia la espalda del Doctor que huía. Pero la puerta de la TARDIS se estaba cerrando detrás de Ace antes de que Lady Peinforte pudiera disparar. La flecha con veneno mortal en la punta se estrelló contra la puerta ya cerrada. Un segundo después la TARDIS se había desmaterializado y desaparecido.

Absorto al igual que Lady Peinforte y Richard lo estaban en sus acciones, ninguno de ellos notó a Karl serpentear a través del terreno hacia el estuche de transporte. Los láseres destellaban sobre su cabeza pero él continuó y lo recuperó. Y luego, se levantó de un salto y corrió a toda velocidad de regreso por el terreno chamuscado hasta el edificio parcialmente acabado donde De Flores se protegía y lo esperaba. Sin mediar palabra alguna, ambos corrieron a través del edificio hasta la parte de atrás, donde atravesaron la valla del perímetro y abordaban el vehículo que los esperaba mientras los cybermen avanzaban pesadamente hacia el frente del edificio. Mientras se escuchaba el motor encenderse y alejarse de los cybermen, el cyberlíder levantó su mano y la persecución fue abandonada. Había asuntos más importantes que demandaban su atención.

El cyberlíder se volvió hacia su teniente. — Traigan el arco de inmediato, chirrió su voz metálica.

No hubo la menor vacilación antes de que el teniente respondiera: — El Doctor y su acompañante femenina han escapado con él, líder.

— ¿Escapado?

Un repentino golpeteo similar al de un contador Geiger, atrajo la atención de todos. Ellos se volvieron hacia el sonido. Un cybermen estaba pasando un escáner sobre el cyberman al cual De Flores le había removido la flecha de Lady Peinforte. El cyberman respondió inmediatamente a la pregunta sin solución de su líder.

— Acabado por otra humana femenina, usando oro, líder, dijo él.

El cyberlíder apretó su puño. — El arco debe ser localizado a toda costa. Su voz se había elevado ligeramente. Volviéndose aún más ominosa. — Debemos descubrir también quién era esa mujer.

Dentro del cráter, otros dos cybermen empezaban a usar sus láseres para cortar la estatua del trineo de cohetes. Los dos se separaron casi instantáneamente y la mayoría de la corteza rocosa que cubría la estatua se desprendió. En cuanto así lo hizo, un gran y súbito viento pareció descender desde arriba, como si empujara hacia abajo la tierra.

Despertado por eso, uno de los policías que yacía en el suelo alguna distancia lejos se revolvió atontado y abrió los ojos. A él le pareció ver una serie de figuras robóticas altas y plateadas, y acercándose a ellos dos hombres, gemelos idénticos, portando audífonos plateados. Mientras él miraba con incredulidad, todos los robots se reunieron cerca del cráter donde el cometa había aterrizado. Éstos parecían estar sosteniendo una estatua plateada de una bella mujer. En todo momento el viento recio sobre ellos se hizo cada vez más fuerte. Él podía oírlo ahora. Polvo y papeles perdidos volaban a su alrededor. Miró hacia arriba pero no pudo ver nada y aún así la sensación de un gran objeto físico era tan fuerte que él tembló. Lo más extraño de todo, los robots, la estatua y los hombres parecían empezar a desaparecer de la parte superior de la cabeza hacia abajo. Luego de un momento, sus cabezas habían desaparecido, y por un extraño instante, se convirtieron en robots sin cabeza. El descenso de la invisibilidad, sin embargo, continuó inexorablemente: hombros, torsos y piernas desaparecieron en cuestión de segundos, hasta que no quedó nada que ver excepto el trineo de cohetes. Fue solo entonces cuando ocurrió otra súbita oleada de viento, mucho más corta que la anterior, y luego la calma y la normalidad regresaron a la atmósfera. El policía alcanzó con dificultad su radio y presionó el botón de llamado. El radio no respondió.



En un campo en la periferia de Windsor, la TARDIS se materializó. El Doctor salió caminando, llevando el inquietante y brillante arco plateado como si fuera una de esas ramitas en forma de Y que sirven para detectar agua. Ace lo siguió. Fue casi como si el arco estuviera empujando al Doctor, con un impulso que emanaba de su propia naturaleza secreta. — Ajá, el Doctor habló sobre su hombro, — estaba en lo correcto. Él cacareó felizmente, — están moviendo la estatua.

Ace miró con desaprobación hacia el arco. — En verdad no me gusta esa cosa, dijo ella.

— Y no debe, estuvo de acuerdo el Doctor. — El Validium fue creado como última defensa por mi planeta Gallefrey. Afortunadamente, éste nunca ha sido usado. No debió de haber quedado nada de él, pero como siempre sucede con estas cosas... Su mirada se endureció y su voz pausó, momentáneamente se interrumpió por un recuerdo lejano, —... algo sucedió.

Ace empezó a ver la conexión. — Así que usted tuvo que detener a Lady Peinforte..., empezó ella a decir.

— O a cualquiera otro, interrumpió el Doctor.

—... Para que no pusiera los tres pedazos juntos.

— Cierto, asintió el Doctor. — Y lancé el trozo más grande hacia el espacio.

— Pero sus sumas estaban equivocadas.

El Doctor suspiró. — Sí, lo admitió. Él miró tristemente hacia la distancia mientras avanzaba de prisa y el arco pulsaba con una luz plateada. — En vez de continuar en un círculo permanente, cada órbita lo estuvo trayendo de regreso a su punto de partida. Fue solo cuestión de tiempo. Para el alivio de Ace, a pesar de la expresión de tan profunda tristeza en su cara, la atención del Doctor se centró de nuevo en el arco. — Ajá, dijo él, — nos estamos acercando. Mire.

El arco había empezado a zumbear ligeramente y la luz que emanaba de él ahora se estaba volviendo un poco más brillante.

— Me sentiría mucho más segura rastreándolos desde el interior de la TARDIS, se quejó Ace.

El Doctor, sin embargo, estaba decidido. — Los cybermen podrían detectar la TARDIS. De esta forma permitimos a nuestro Validium que los localice, le respondió él.

— ¿No es eso un poco anticuado?, preguntó Ace.

El Doctor la miró y sonrió. — Soy una persona anticuada, dijo él.

*

Otro, ciertamente diferente y anticuado, era Richard, quien en ese momento estaba mirando nerviosamente los autos pasar muy cerca en los alrededores de una esquina de una calle trasera. Lady Peinforte envolvió la brillante flecha entre su ropa y apuntó firmemente en dirección a Windsor High Street. Richard se acobardó.

— Mi señora, se aventuró a decir, — aquí hay personas.

Lady Peinforte resopló indignada. — Desde luego que hay personas. Esto es Windsor. Vamos. Ella se adelantó. Richard tomó una profunda respiración, se persignó y la siguió.

Ajena a las miradas y risitas que estaban atrayendo, Lady Peinforte caminó a lo largo de la calle principal con algo parecido al placer.

Mientras ella y Richard pasaban, dos cabezas rapadas que estaban apoyados contra la pared exterior de una licorería se dieron un empujón uno al otro y empezaron a seguirlos.

*

Cuando De Flores se lo ordenó, Karl frenó la furgoneta hasta detenerse a un lado del camino. De Flores alcanzó el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una billetera grande de cuero. La desabrochó y sacó varias joyas y algo de efectivo. Aunque evidentemente eso no era lo que le preocupaba. Finalmente localizó una pequeña bolsa y tirando de la cuerda que lo ataba, colocó en su mano una cantidad de oro en polvo. Él miró la expresión de interés de Karl y cuidadosamente devolvió el polvo de nuevo a la bolsa.

— Se pregunta para qué es el polvo de oro, dijo él sonriendo con tristeza.

Karl asintió.

— Para eventualidades, dijo De Flores. — Conduzca.

*

En un claro del bosque a las afueras del Windsor, el césped de pronto se movió mientras un fuerte viento descendió hacia él. Se aplanó en una gran zona circular.

Hubo un poderoso e hipnótico zumbido que constantemente aumentó en intensidad. Las aves en los árboles cercanos se asustaron. Habiendo alcanzado su máxima intensidad, el sonido se detuvo de pronto.

En el límite del claro había una cripta en ruinas: sombría, desnuda y espeluznante.

Fuera, el silencio parecía volverse más intenso. Esta vez la cybernave no necesitó ocultarse; volvió de la visibilidad y flotó para aterrizar. El panel de la puerta se deslizó para abrirse y los cybermen empezaron a emerger. Entre ellos llevaban la estatua de Némesis.

*

— ¿Está usted mirándome?, dijo el más pequeño de los dos cabezas rapadas, caminando firmemente frente a Lady Peinforte. Él y su gran amigo la habían seguido a ella y a Richard a través del pueblo, y ahora en un camino desierto en las afueras, ellos habían hecho su movimiento. Lady Peinforte, sin embargo, fue firme.

— A un lado, dijo ella imperiosamente.

El segundo y más alto de los cabezas rapadas, eructó y tomó un trago de cerveza de la lata con la que se había estado refrescando. Él miró a Richard de arriba hacia abajo, obviamente evaluando su peso y altura, y encontrándolo aparentemente deficiente. Richard no dijo nada. — ¿Qué son ustedes?, demandó recelosamente el más grande de los cabezas rapadas. — ¿Trabajadores sociales?

— Fuera del camino de mi señora, dijo Richard.

Los dos cabezas rapadas se burlaron con desprecio del cabello de Richard que le llegaba hasta el hombro y luego lo ignoraron.

— Queremos contarles nuestros problemas, el más pequeño de los cabezas rapadas dijo con mirándola lascivamente.

Lady Peinforte retrocedió disgustada del apestoso olor a tabaco de su respiración. — ¿Fueron, dijo con repulsión, convertidos en ratas?

Los dos cabezas rapadas rieron, el más pequeño tomó ventaja del descuido de su colega para relevarlo de la lata de cerveza. — Ya lo hemos sido, dijo el más grande

a su señoría. Los dos muchachos se derrumbaron en un ataque de risa. Lady Peinforte y Richard permanecieron en silencio glacial. La alegría se desvaneció de la diversión de los cabezas rapadas, para ser reemplazada por expresiones de amenaza lo cual solo era otra forma de divertirse.

— Pobres ratas, dijo con tono peligroso el más pequeño de los cabezas rapadas, — ese es su problema.

Él extrajo de un lado de su chaqueta unos munchakus ninja con los cuales intentó una serie de impresionantes movimientos. Estos fueron torpes, pero como Richard inmediatamente comprendió, ninguno fue menos que formidable.

— Dinero, dijo el segundo de los cabezas rapadas.

Lady Peinforte y Richard se miraron entre ellos. Le fue permitido a Richard hablar. Él se volvió hacia los dos cabezas rapadas. — ¿Dinero, ha dicho?, preguntó amablemente.



La cripta contenía un pesado sarcófago de piedra, cubierto de telarañas, dentro del cual colocaron la estatua, brillando ligeramente en la penumbra. Por encima de éste, montado en la pared, había una piedra grabada en la cual se leía: La muerte no es más que una puerta. También mirando hacia ella estaba el cyberlíder y su teniente, quien sin esfuerzo alguno empujó la tapa de piedra de la tumba. Otro cyberman descendió por las escaleras que procedían de la torre en ruinas de la pequeña edificación.

— El Validium restante se acerca, líder, él reportó en su usual tono monótono.

— Activen la unidad de comunicaciones, respondió el cyberlíder calmadamente.

El teniente reaccionó a esto, interrumpiendo mientras el líder se retiraba. — Pero el Doctor y Peinforte aún tienen que ser destruidos, dijo él. Sus palabras detuvieron al cyberlíder en seco. Se volvió para mirar a su segundo al mando.

— ¿Está cuestionando mi autoridad?, preguntó el cyberlíder.

Incluso los cybermen evitaban decir la verdad. Por un instante hizo una pausa. — Deberíamos aguardar antes de comunicarnos, finalmente dijo.

— ¿Y usted responderá por la demora?

Evidentemente había demasiado que considerar. El teniente dio la orden requerida de inmediato. — ¡Activar!, dijo con rudeza.

Un cyberman presionó los interruptores en la consola del equipo de comunicaciones portátil instalado en un rincón de la cripta. Pequeñas luces rojas centellaban en la polvorienta oscuridad, reflejándose débilmente en el antiguo mármol como indicación que la señal había sido emitida. Una luz de color ámbar parpadeó brevemente, informándole al operador que este había sido recibido inmediatamente en los límites más lejanos del espacio profundo.

La voz del cyberlíder retumbó e hizo eco en las antiguas rocas del interior de la torre. — Nuestra victoria es inevitable, él pronunció. — El Doctor no puede ocultarse mientras lleve el Validium. Y cuando Peinforte vea lo que le aguarda aquí, la impresión le causará locura de inmediato. Recuerden, es por eso que elegimos esta posición. Ella es solo una salvaje acompañada por un campesino aterrorizado.

A muchos campos de distancia, los dos cabezas rapadas estaban intentando gritar por ayuda a través de las mordazas las cuales estaban fuertemente atadas sobre sus bocas, aunque uno se le podría olvidar asumir que sus apagados sonidos eran gritos de dolor. Ciertamente estaban sufriendo lo suficiente para que eso fuera creíble, estaban colgando boca abajo uno al lado del otro de la rama superior de la de un árbol. Ahora ambos solo vestían su ropa interior, con sus manos y pies atados. El más pequeño estaba suspendido de los pies por medio los munchakus ninja. En la parte superior del fuego que ardía inmediatamente bajo ellos estaban los restos ahora carbonizados de sus ropas. La proximidad de las llamas implicaba que los cabezas rapadas tenían que moverse constantemente para reducir las áreas de sus cuerpos que estaban siendo quemadas. Esas molestias, sin embargo, se volvían insignificantes, ya que ambos no estaban conscientes de la audiencia que tenían. A pocos metros de sus indefensas caras, aunque aún se mantenían cuidadosamente lejos del fuego, cuatro leones observaban sin moverse.

Todas las esperanzas de libertad y de vivir de los cabezas rapadas estuvieron en ese momento centradas en dos distantes figuras que veían aproximarse a ellos a través del bosque. Desafortunadamente sus intentos de gritar a través de las mordazas ya habían fallado en atraer la atención que tan desesperadamente necesitaban. La atención de los que se aproximaban parecía estar enfocada en los

extraños objetos que estaban portando. La atención de la chica obviamente estaba enfocada en la extraña radio grabadora, que evidentemente estaba escuchado con audífonos, mientras que el extraño hombre estaba concentrado en el extraño y delgado objeto de metal que cargaba de forma peculiar, como si ambos lo estuvieran siguiendo. Cuando ellos emergieron de entre los árboles los cabezas rapadas pudieron ver que ese objeto era un arco, que parpadeaba con una extraña luz plateada.

Sus voces se escuchaban a través del campo.

— Estoy segura de estoy a punto de conseguir algo, profesor, dijo Ace.

El Doctor se daba prisa. — Estática, dijo rápidamente.

— Escuche, le dijo Ace. Ella encendió un interruptor en la radio grabadora. El sonido llegó a través de los parlantes: un estadillo electrónico distorsionado. El Doctor, no obstante, se detuvo, sus oídos se aguzaron al instante como los de un perro. Sus ojos se entrecerraron.

— Podría tener razón después de todo, aceptó con lentitud. — Podría ser, podría ser, dijo Ace. — Eso definitivamente es un aparato alienígena: deben ser los cybermen.

El Doctor sonrió con indulgencia. — Pero, le dijo a ella con delicadeza, — ellos están codificando su señal. Si tratáramos de descifrarla, podríamos estar aquí para siempre. Es mucho mejor tratar de hallarlos con nuestros ojos y nuestros oídos. Vamos.

Pero Ace no se movió de donde estaba. Se le había ocurrido una idea. — ¿Qué pasaría, dijo ella, — si interferimos su transmisión?

— Supongo que podría interferir la codificación... Sucedió con bastante frecuencia que ella sorprendiera a todos, incluso a él. Este, el Doctor se dio cuenta, era uno de esos... y así escucharlos. Nada mal. ¿Tiene algo que nos pueda servir?

Alcanzando su bolsillo, Ace extrajo triunfalmente un casete. Era el que ella había comprado a la banda de jazz en el bar después del inesperado encuentro que los llevó hasta la presente situación. Recordando que el Doctor dijo que no había tiempo para comprarlo dijo con cierta picardía: — ¿Servirá esto?

El Doctor sonrió. — Perfecto, respondió él.

Ace lo introdujo en la ranura y presionó el botón de reproducir. Esperaron con atención, demasiado absortos para notar los débiles y apagados gritos de ayuda que llegaban hasta ellos del árbol más cercano.

*

— Iniciar la fase final, el cyberlíder dijo al operador de la consola de comunicaciones. — Repito, iniciar la fase final. Las luces parpadearon en la consola y la transmisión, codificada al instante, fue transmitida de inmediato. El teniente avanzó.

— Debo repetir mi objeción a la transmisión de datos incorrectos, líder, dijo el teniente de nuevo. El líder se volvió hacia él lentamente. Su segundo continuó sin inmutarse. — Nuestras fuerzas aún no, él enfatizó, — poseen las tres piezas de Validium.

Hubo silencio. — Esa no es su función, dijo molesto el cyberlíder.

El operador de la consola de comunicaciones interrumpió. — Su transmisión ha sido recibida, cyberlíder.

El cyberlíder asintió lentamente con satisfacción. — Repítala una vez más, dijo él, — luego comunique la respuesta.

De repente toda la consola de comunicaciones empezó a emitir un chillo muy agudo. Las luces de advertencia parpadearon erráticamente. Los cybermen se movieron hacia ella.

— ¡Reporte!, dijo el cyberlíder al operador de la consola.

El operador se apresuró a revisar sus lecturas. — Interferencia, dijo rápidamente. — La transmisión y la recepción afectadas.

— ¿Interferencia? El cyberlíder estaba tan ominosamente calmado como si estuviera solicitando el informe del tiempo. — ¿Cuál es la fuente? Provea más información.

Hubo una demora mientras la computadora revisaba y volvía a revisar los circuitos. El cyberteniente escuchó la interferencia con impaciencia. Él estaba

totalmente ignorante. — Es una forma de sonido completamente desconocida, cyberlíder, reportó él.

— Póngalo en los parlantes, ordenó el cyberlíder.

El operador de la consola de comunicaciones hizo lo que él le dijo y accionó el interruptor.

La cripta fue inundada del sonido fluctuante de un lamento de un jazz interpretado por un cuarteto de saxofones. Las computadoras registraron simultáneamente resultados negativos a la demanda de información tendiente a identificar el sonido. Los cybermen se miraron entre sí, presumiblemente sin comprender nada.

La música se dirigió hacia el cielo, hacia el éter, hacia el espacio. Ésta se despidió, una fracción de segundo después, de la Luna y viajó millones de kilómetros de estrella en estrella, a través del universo.



— Increíble, dijo Ace con deleite, mientras el casete se reproducía silenciosamente en su radio grabadora. — Eso los mantendrá ocupados.

El Doctor rió entre dientes asintiendo. — Me encanta una sesión de interferencia, dijo él. — Vamos. Ellos se apresuraron a avanzar, llevando Ace la radio grabadora. De repente ambos se detuvieron en seco, ante al asombroso espectáculo que estaba frente a sus ojos. Dos cabezas rapadas, con sus caras muy rojas, y vistiendo solo su ropa interior, estaban colgado boca abajo, atados y amordazados, de un árbol frente a ellos. Sobreponiéndose a su sorpresa, el Doctor y Ace se aproximaron a ellos. El Doctor extrajo su navaja y cortó la mordaza de la boca de que tenía más cerca. — ¿Quién rayos les hizo esto?, preguntó el Doctor con asombro.

— Trabajadores sociales, fue la aterrada respuesta.



A solo pocos cientos de metros de allí, los propios trabajadores sociales se estaban moviendo lentamente y con extremo cuidado a través de los bosques hacia la cripta, cuando llegaron ante una brillante estructura plateada. A Richard le pareció del tamaño de un palacio. Aunque ni él ni lady Peinforte tenían manera de identificarla

como una cybernave, sus instintos la relacionaban con las altas criaturas plateadas sin necesitar siquiera de verlas cerca de ella. Así ambos habían empezado a hacer su camino lenta y silenciosamente entre los árboles y los arbustos que la rodeaban antes incluso de ver a los dos hombres altos e idénticos que tenían ornamentos plateados sobre sus cabezas... ni Richard ni lady Peinforte poseían información para lograr identificar esas cosas como audífonos... y quienes evidentemente estaban vigilando la cybernave.

Ellos siguieron rodeando a través de la maleza y casi habían pasado la nave espacial cuando se congelaron por el rugir de un león cercano. Fue un rugido más por una casualidad, que por un ataque, pero para dos personas que nunca habían escuchado uno antes fue extremadamente preocupante. Richard inmediatamente cayó de rodillas. Incluso lady Peinforte estaba impresionada. Ella le dio una patada y como siempre dividió sus reverencias entre Dios y ella, él no se resistió y se levantó a regañadientes, mirándola con terror.

— Mi señora... empezó él a susurrar.

— Desde luego que lo escuche, lady Peinforte interrumpió lacónicamente. — No estoy sorda.

— Eso sonó como un oso, gimió Richard. — Pero peor.

Lady Peinforte desenvolvió la flecha y la examinó.

Ahora estaba zumbando y era casi translúcida, pulsando con una luz cada vez más brillante.

— Vea, dijo ella con urgencia. — Estamos cerca de Némesis. Ella envolvió la flecha entre su ropa de nuevo, aunque incluso ésta ahora no pudiera ocultar la extraordinaria calidad de luz que emanaba de ella. — Vamos, dijo ella con su usual firmeza. Richard dudó. Lady Peinforte levantó una ceja amenazadoramente. — El oso no nos perseguirá. Eso solo sucede en el teatro. Ella caminó hacia adelante, mientras que, como es usual, Richard la siguió a regañadientes. Emergiendo del bosque, ellos se detuvieron, atónitos.

Delante de ellos, una pequeña manada de jirafas pastaba pacíficamente.

Richard se sobrepuso a la sorpresa. — ¿Qué son esas criaturas?, preguntó él con horror.

Esta vez lady Peinforte estaba notablemente impresionada. — No lo sé, admitió ella.

— Nos comerán. Richard cayó totalmente en pánico. Él cayó de rodillas, esta vez frente a lady Peinforte. — Le suplico, mi señora, regresemos a nuestro tiempo. Inglaterra está ahora llena de terrores.

Lady Peinforte recobró inmediatamente el control sobre sí misma ante la sugerencia. — Usted está loco, dijo ella con frialdad. — ¿Regresar sin Némesis? Nunca. Y sin mi conocimiento, agregó ella viendo la mirada desesperada en los ojos de él, — jamás podrá regresar. Se lo digo, Richard, me ayudará a obtenerla, o lo dejaré aquí para siempre. Ahora vamos. Creo que esas cosas son pacíficas.

Richard se miraba descontrolado. — ¿Qué lugar...? preguntó él, — ¿qué lugar es éste?

Lady Peinforte se volvió hacia él con un particular e intenso alivio. — ¿Este pedazo de terreno sobre el cual está? Yo se lo diré. Esta es su tumba, Richard.

Richard estaba petrificado por la impresión y la incredulidad. Todo su cuerpo estaba frío. Lo único que pudo hacer fue emitir un aterrado susurro.

— ¿Qué?

— Sí, dijo lady Peinforte dulcemente, disfrutando del momento. — Ordene que usted debería ser enterrado aquí cuando yo planeé mi tumba. Vea, ella apuntó hacia un pequeño y descolorido pedazo de roca colocado sobre el terreno a sus pies. — Esta era su lápida. Si los perros no se lo comieron, yo había ordenado que lo pusieran aquí afuera, para que me sirviera en el siguiente mundo como hizo en éste. Ella hizo un gesto grande y amplio con la flecha y señaló con grandilocuencia hacia fuera de los árboles. Por primera vez, Richard miró la torre oscura en el límite del claro. — Porqué allí, como ve, está la mía. Lady Peinforte estaba poseída por una excitación que Richard nunca le había visto antes. Sus sentidos se tambalearon. La voz de lady Peinforte continuó inexorable. — Y convenientemente, las criaturas de plata de allá tienen a Némesis. Las atacaremos.

Ella cargó su arco con una flecha con punta de oro, haciéndole una seña a Richard para que hiciera lo mismo. Aún sin creer lo que estaba pasando, él así lo hizo. Lady Peinforte se adelantó. Tan aterrorizado de permanecer solo en ese terrible lugar

donde él estaba, Richard a regañadientes la siguió una vez más. Abandonando la cobertura de los bosques ellos pasaron una señal que ninguno de los dos pudo leer. Impreso en grandes letras estaba el mensaje: “Mantenganse dentro de su auto mientras está dentro del parque safari.”

*

En los arbustos, el Doctor y Ace permanecieron inmóviles y los observaron pasar. — Bien, dijo el Doctor silenciosamente, — Muy bien.

*

En silencio y con extremo cuidado lady Peinforte y Richard se aproximaron a la torre, sus arcos estaban listos. No se percibía ningún movimiento dentro. Ellos alcanzaron el umbral; todo estaba en silencio. Ellos irrumpieron.

La cripta estaba vacía.

La flecha, sin embargo, estaba brillando tan intensamente que iluminaba dentro de la torre con la energía de muchas luces de arco.

Richard bajó su arco con alivio. — Aquí no hay nada, dijo él de forma innecesaria.

— Miré la flecha, siseó lady Peinforte. — La estatua está aquí, dependo de eso. Silencio, Richard.

Ellos empezaron a buscar, Richard cautelosamente evitó la tumba. Lady Peinforte lo notó y se burló. — Esto se pone bueno, ¿no?, dijo ella orgullosamente. Inmediatamente ella fue poseída por un arrebató de ira. — ¿Pero dónde está la estatua de Némesis?, ella gritó. — ¿Dónde está? ¿Dónde?

Su voz llegó sin dificultad hasta los matorrales en el bosque donde los cybermen estaban ocultos. El teniente se volvió hacia su líder mientras escuchaban los gritos. — ¿Esta es la condición humana de la locura, líder?, preguntó él.

— Eso es, fue la respuesta. — Mátenlos.

Los cybermen avanzaron sigilosamente dentro del claro hacia la torre. Mientras ellos hacían eso, los gritos de lady Peinforte seguían llegando hasta ellos.

Dentro de la torre la flecha estaba brillando incontrolablemente. Lady Peinforte estaba fuera de sí por la rabia y la frustración. — Debe estar aquí, estaba ella gritando, — Debe estar aquí. Juiciosamente manteniendo un ojo en la puerta, Richard miró a los cybermen dejar la cobertura del bosque y dirigirse hacia ellos.

— Mi señora, dijo él con urgencia, alcanzando una flecha y cargando su arco.

Lady Peinforte, sin embargo, no lo escuchaba, pasando sus dedos de arriba para abajo sobre las paredes. — Está aquí, susurró. — Está aquí. La flecha me lo dice.

Apuntando cuidadosamente hacia el cyberman en el centro del grupo, Richard disparó.

La flecha se clavó en el suelo. Automáticamente el cyberman más cercano la alcanzó y analizó su composición. Los otros hicieron una pausa momentánea y se dieron vuelta.

— Oro, reportó el cybermen. Ellos inmediatamente regresaron al bosque. Mientras hacían esto, Richard disparó de nuevo. Esta vez la flecha se clavó en el panel pectoral del cyberman. Él se volvió para informar a lady Peinforte que casi no les quedaban flechas, pero de un vistazo él se dio cuenta que ella era incapaz de escuchar. Ella había sido atrapada por la inspiración. — Por supuesto, suspiró ella transfigurada. — Ayúdeme, Richard. Ayúdeme. Esta es mi tumba.

Richard estaba horrorizado. Lady Peinforte, sin embargo, no presentó ningún argumento. — Ayúdeme, repitió ella amenazadoramente. Con repugnancia extrema y temblando del miedo, Richard la empezó a ayudar a remover la antigua tapa de piedra.

CAPITULO 6

El Doctor y Ace se habían deslizado lejos de los alrededores de la cripta y estaban mirando cautelosamente a través de la maleza hacia la cybernave. Los dos hombres con audífonos plateados aún estaban vigilándola. El Doctor había estado luchando con un problema mental, aunque ahora parecía haberlo resuelto. Él se volvió hacia Ace con decisión. — ¿Supongo que no ha obedecido completamente mis

órdenes y ha preparado algo de ese explosivo Nitro Nueve?, preguntó él aparentando un aire casual.

Ace lo conocía demasiado bien y sabía que no podría engañarlo. — ¿Y si lo hubiera hecho?, dijo ella a la defensiva.

— Naturalmente no haría algo tan loco y peligroso como llevarla por allí con usted, ¿cierto?

— Oh, desde luego que no, profesor. Soy una chica buena y hago lo que me dicen.

— Excelente, concluyó el Doctor con satisfacción. — Vuele ese vehículo.

*

Los cybermen la estaban pasando mal con las flechas con punta de oro de lady Peinforte disparadas por Richard, a pesar de responder con sus armas láser. El cyberman con una flecha clavada en su panel pectoral estaba empezando a morir, retorciéndose en el suelo, y casi había una nota de desesperación en la voz del cyberlíder mientras gritaba sus órdenes a través de los árboles. — Destrúyanlos. Destrúyanlos, ordenaba él.

El teniente se acercó a él y habló. — No podemos sostener estas pérdidas, líder, dijo él. — Debemos retirarnos.

El cyberlíder se volvió hacia él con rapidez. — No, respondió él. Fue enfático. — Tenemos que conservar la estatua y tomar la flecha de ellos.

Una flecha silbó a través del aire y se incrustó en un árbol a pocos metros de ellos.

— Si somos derrotados, argumentó el teniente, — toda nuestra estrategia fallará. La cyberraza dejará de existir.

Hubo allí un silencio mortal. Los circuitos del cyberlíder revisaron y volvieron a revisar la racionalidad del argumento del teniente. Finalmente él se vio forzado hablar. — Su lógica es correcta, respondió pesadamente. — Su reserva de oro es limitada. El cyberlíder se volvió hacia los cybermen restantes quienes estaban disparando sus rayos láser hacia la cripta y gritó: — Retirada.

Ellos empezaron a tomar el camino a través del bosque, de regreso a la cybernave.

*

Los dos hombres estaban aún de guardia, grandes, silenciosos e inamovibles, a cada extremo de la nave cuando para su sorpresa apareció de repente el Doctor entre los arbusto frente a ellos y amablemente levantó su sombrero. — Buenas tardes, dijo él, — Soy el Doctor. Ustedes querían matarme.

Antes de que ellos pudieran recobrase él había desaparecido, penetrando en el bosque. Los guardias se miraron entre sí, desenfundaron sus armas y corrieron tras él.

Tan pronto como ambos desaparecieron entre los árboles Ace apareció, se precipitó hacia la nave espacial y lanzó una lata de Nitro Nueve bajo ella. Ace corrió rápidamente de regreso al bosque y se lanzó detrás de un gran árbol.

Tan pronto como así lo hizo, los guardias sin aliento divisaron a los cybermen que regresaban: del Doctor no había el menor rastro. Los cybermen se detuvieron sorprendidos. Los dos hombres se detuvieron también, dándose cuenta que el Doctor se estaba ocultando en algún lugar cercano. Sin embargo, antes de que pudieran alertar a los cybermen, hubo una ruidosa explosión detrás de ellos. Quedaron con la boca abierta y se dieron media vuelta para ver lo que quedaba de la cybernave envuelta por las llamas.

Para el cyberlíder solo había una explicación posible. Su reacción fue instantánea. — Traición, dijo en el acto. — Mátenlos.

Antes de que pudieran explicar o siquiera protestar, los guardias cayeron ante los disparos láser de los cybermen.

Ace, caminando silenciosamente hacia dónde podía ver que se había ocultado el Doctor, se detuvo horrorizada ante el espectáculo. El Doctor sin embargo, le hizo una seña con la mano y salieron corriendo. Percibiendo un movimiento, el cyberlíder los miró a la distancia, con los restos de su humeante nave como trasfondo. Mientras el Doctor se corría lejos, el cyberlíder cayó en la cuenta de quién se trataba.

*

En la cripta, lady Peinforte y Richard al fin habían logrado remover la pesada losa de piedra que por trescientos cincuenta años había servido como tapa de la tumba de su señoría.

La brillante figura plateada de la estatua de Némesis yacía dentro. Lady Peinforte estaba extasiada. Richard, sin embargo, tenía otras preocupaciones. — Pero mi señora..., preguntó él, — ¿...dónde están sus huesos?

Lady Peinforte levantó la flecha y se la tendió a la estatua, mirando hacia el sarcófago con la expresión semejante a la de un niño maravillado. Toda la superficie de la estatua brilló de pronto con un repentino resplandor de luz plateada.

— ¿Qué importa?, respondió lacónicamente lady Peinforte. La flecha en su mano estaba destellando como un brillante faro, deslumbrándolos con su luz plateada. Y como a modo de respuesta, la estatua empezó a pulsar simultáneamente.

*

Llegando de nuevo al exterior de la TARDIS, el Doctor y Ace se detuvieron para respirar. Los cybermen estaban detrás a una distancia segura, y por el momento, no había una amenaza inminente.

Al notar que Ace estaba inusualmente desanimada, el Doctor la miró con curiosidad. Hubo una pausa.

— Ellos los mataron, Ace dijo eventualmente. Su voz sonaba afectada. — Solo porque yo volé la nave.

— Ellos ya los habían matado, dijo el Doctor con firmeza.

Ace lo miró sorprendida.

— Los cybermen al crear otros cybermen utilizando seres humanos primero esclavizan sus mentes, el Doctor continuó. — Los que allí vigilaban solo estaban parcialmente procesados. Mentalmente, estaban destruidos desde hacía tiempo.

Todo el horror de la maldad de los cybermen golpeó a Ace por primera vez.

— ¿Usted quiere decir que por eso los cybermen me perdonaron la vida?, preguntó ella. — ¿Pudieron haberme hecho eso a mí?

El Doctor asintió con tristeza. — Ellos solían ser como los seres humanos, dijo él. — Muy poca gente ha tratado de seguir su ejemplo. Él se sacó a los cybermen de su cabeza. — Basta de ellos, dijo enérgicamente y centró su atención en la radio grabadora de Ace. Sin embargo, volviendo a mirar un poco después, pudo ver que ella aún no había logrado olvidar la terrible escena que había atestiguado. Ace lo miró, a través de sus ojos vio lo que él pensaba y asintió confirmando.

— Aún no me gusta eso, dijo ella.

— Nada respecto a los cybermen es gracioso, respondió el Doctor. — ¿Aún estamos interfiriendo su transmisión?

Ace miró. — El casete aún está corriendo, respondió ella.

— Bien, dijo el Doctor. — Ahora vamos a averiguar quién está escuchándolo.

Él subió el volumen. El jazz resopló una vez más a través del bosque inglés.

— Mmm, murmuró el Doctor con aprecio. — Dulce. Él encendió el proyecto holográfico de la máquina.

*

Dos personas del tipo que el Doctor había descrito como que intentaron seguir el ejemplo de los cybermen estaban en ese momento a solo unos pocos cientos de metros de distancia. De Flores y Karl permanecían esperando mientras los cybermen se aproximaban. Los cybermen se detuvieron. De Flores levantó una mano a modo de saludo. — Quiero hablar con ustedes, dijo él. Los cybermen aguardaron. De Flores, aparentemente imperturbado, continuó. — No sé si ustedes están familiarizados con El Anillo de Wagner, con toda la afabilidad social de un hombre que conduce una charla durante un intermedio en la Casa de la Ópera de Viena. Los cybermen, como siempre, se miraban inexpresivos. De Flores explicó. — Nosotros, dijo él, — somos superhombres. Pero ustedes... ustedes son gigantes. Criaturas maravillosas.

— Desde luego, respondió el cyberlíder. — ¿Pero por qué deberíamos forjar una alianza con ustedes?

De Flores se animó. — Nosotros tuvimos una vez un líder, dijo él. Sus ojos tenía la mirada perdida. De repente él miró cincuenta años atrás. — Él predijo su llegada. Ahora, juntos, haremos realidad su visión y esclavizaremos al mundo.

— ¿Juntos? El cyberlíder habría reído de desprecio de haber sido capaz de reír.
— Los cybermen no necesitamos la ayuda de ninguna raza.

— Pero, interrumpió Karl, — una mujer quien es poco menos que humana tiene ahora la estatua. Los cybermen miraron a Karl por primera vez.

— Mientras que nosotros poseemos el arco de Némesis, continuó De Flores con delicadeza. — En este momento, ella posee la flecha y la estatua, y también está armada, él se permitió esbozar una risita complaciente, — con algunos juguetes primitivos.

— ¿Nos está insultando?, preguntó el cyberlíder, inexpresivamente.

— Desde luego que no, respondió De Flores rápidamente. — Pero cualquiera que sea su... él buscó una frase bastante diplomática, —... infortunada vulnerabilidad, no nos afecta. Nosotros podemos quitárselas a ella.

Karl hizo un leve gesto con sus dos ametralladoras. Esto no pasó desapercibido por los cybermen. El cyberlíder respondió sin vacilar.

— Aceptamos, les dijo él. — Destruyan a la mujer y a su sirviente y dividiremos el planeta en su grupo de esclavos y el nuestro. Pero recuerde, cualquier traición sería fatal. Y somos invulnerables a sus armas.

— Pero no así la mujer y su sirviente, respondió De Flores con aire de suficiencia. Él tronó sus dedos hacia Karl, quien le entregó la ametralladora. De Flores la sopesó valorándola en sus manos por un instante y luego quitó el cerrojo de seguridad. — Ah, dijo con nostalgia, — me siento joven de nuevo. Vamos.

Él fue por delante de Karl con paso vivaz entre los árboles, hacia la torre. Tan pronto como ellos estuvieron fuera del alcance del oído, el cyberlíder se dio vuelta hacia los cybermen que aguardaban. — Tan pronto como ellos tenga la estatua y la flecha, recitó él, — destrúyanlos.

*

Con el altavoz del monitor apagado, el casete corría silenciosamente. Sobre la radio grabadora el holograma permanecía en blanco, mirándose como un pequeño globo de niebla inmediatamente sobre lo alto de la máquina. El Doctor tamborileaba sus dedos. — ¿Nada aún?, preguntó con frustración.

— Véalo por usted mismo, respondió Ace.

El Doctor miró hacia el holograma. Ese puñado de allá atrás no eran los únicos cybermen en el universo, insistió él. — Tenemos que encontrar dónde están los otros.

Ace suspiró. — Mire, dijo ella. — Esa es la lectura de la computadora donde sus transmisión está siendo recibida. ¿Cierto?

— Absolutamente, respondió el Doctor.

— Pero de acuerdo con el escáner, continuó pacientemente Ace, — no hay nada allí.

El Doctor dio un aullido de rabia. — Puede que el escáner esté fallando, gritó él. El Doctor se calmó con dificultad y habló de forma comedida. — Los que hemos visto son solo un grupo de avanzada. Allí fuera, en algún lugar. Él movió su brazo a través del cielo. — está toda la cyberfuerza y ellos quieren a Némesis más que cualquier cosa en el universo.

Ace lo miró dubitativa. Después de todo, ocasionalmente, el Doctor cometía errores. — ¿Cómo puede estar tan seguro?, preguntó ella.

— Porque, dijo el Doctor con gran autocontrol, — el validium es incalculablemente más destructivo de lo que yo podría explicarle. Genera mal. Eso tenía que... Él se detuvo. Luego miró a Ace de nuevo. — Y porque esto es 1988, acabó él diciendo. Hubo una pausa. Ace sintió que allí había más de lo que se quería decir y que eso era difícil para él. El Doctor respiró profundo y continuó. — Cuando lancé a Némesis, la órbita que tendría la traería de regreso a la Tierra cada veinticinco años. Mire hacia atrás en este siglo veinte. La primera vez que apareció fue en 1913...

— La víspera de la Primer Guerra Mundial, dijo Ace sorprendida.

— Veinticinco años después..., el Doctor permitió que ella hiciera el cálculo.

— 1938...

— Hitler se anexa Austria.

Ace empezaba a ver el patrón. — En 1963... ella empezó a decir, pero el Doctor completó la frase.

— Kennedy es asesinado.

Ace lo miró con verdadero terror. Difícilmente ella se atrevía a preguntar, pero sabía que tenía que hacerlo. — ¿Y en 1988?, dijo ella en voz baja.

— Revise el escáner de nuevo, dijo el Doctor.

*

Con el rabillo del ojo, Richard hecho un vistazo a lady Peinforte. Ella aún no terminaba de admirar la estatua de Némesis, parecía como si ella se comunicara con la estatua en silencio, una misteriosa manera que él no podía comprender. La flecha y la estatua estaban ahora brillando como una con la misma casi cegadora intensidad.

— Qué perfecta es, resopló extasiada lady Peinforte a la estatua. — Oh, qué perfecta. Qué inmaculada belleza esculpida en el mal absoluto.

Richard no podía soportarlo más tiempo. Él tenía que decirle lo que estaba pensando. — ¿Pero dónde están sus huesos, mi señora?, preguntó él desesperado. Lady Peinforte no mostró ningún indicio de haberlo escuchado. — Los debieron enterrar, agregó él enfáticamente.

Con enorme esfuerzo, lady Peinforte arrancar su atención de la estatua. — ¿Qué importa?, siseó ella. — Ellos estarán muertos. Yo estoy viva. Y pronto tendré el arco... Ella se estremeció del placer. — Y mi Némesis estará completa.

Richard estaba sorprendido del cambio ella había sufrido. Fue como si la presencia de la estatua la hubiera inducido a un estado como de trance.

Una repentina ráfaga de fuego de ametralladora proveniente del exterior atravesó la ventana. Las balas impactaron a través de la pared que estaba tras ellos. Lady Peinforte y Richard se agacharon. — Nos atacan, gritó lady Peinforte innecesariamente. — De prisa. Las flechas.

Richard estaba paralizado por el miedo. — Solo nos queda una, le dijo él. — Y no creo que nuestras flechas puedan detener esas armas. Él dio una mirada

cautelosa a través de la ventana, la cual le dijo todo lo que necesitaba saber: De Flores y Karl, con sus ametralladoras, estaban avanzando rápidamente hacia la torre.

Lady Peinforte, sin embargo, tenía otra idea. — Tonterías, le dijo ella enérgicamente. — Haga que cuente. Ellos destruyeron a las criaturas plateadas.

Como en son de burla, una segunda ráfaga de fuego irrumpió a través de la ventana, rompiendo trozos del yeso del sarcófago. Richard entró en pánico. Él se volvió hacia su ama. De pronto él se sintió muy calmado. — Vea, señora, dijo él, — no tenemos ninguna oportunidad.

Lady Peinforte lo miró con incredulidad. — No. Ellos no puede quitarme a Némesis, dijo ella, — no ahora que la tengo. Ella puso sus brazos alrededor de la estatua, sosteniéndola como a un niño. — Ellos no pueden hacerlo.

Richard miró de nuevo a través de la puerta. De Flores y Karl estaban solo a unos metros de distancia. Él disparó su última flecha. Disparó a través de la puerta. De Flores y Karl se lanzaron a tierra mientras la flecha brillaba sobre sus cabezas. Permanecieron allí, evidentemente temiendo otra. Lady Peinforte buscaba a tientas dentro de su tumba. Hubo un crujido, y una sección de la pared de la cripta de repente retrocedió bajo una lluvia de telarañas, revelándose una puerta oculta. De la sorpresa, Richard quedó con la boca abierta. Lady Peinforte sonrió sombríamente. — Por nada yo misma diseñé mi propia tumba, dijo ella y apuntó hacia la antigua inscripción en la pared. — La muerte es más que una puerta. Yo siempre supe que la engañaría. Ayúdeme con la estatua.

Fuera, Karl y De Flores estaban levantándose cautelosamente sobre sus codos. Richard le imploró. — No puedo levantarla, señora. Debemos huir.

Ignorándolo, lady Peinforte empezó a tirar de la estatua irremediablemente.

— Arriba las manos, dijo una voz. Ellos se volvieron para encontrar a Karl de pie en el umbral, con De Flores detrás de él. Las ametralladoras estaban apuntando directamente hacia ellos.

Aún así, lady Peinforte estaba desafiante. — Nunca, dijo ella inequívocamente, permaneciendo frente a la tumba.

La reacción de Richard fue diferente. Inmediatamente cayó de rodillas. — ¿Quieren la estatua, amos?, gritó él. — Aquí está, tómennla. Tómennla.

Lady Peinforte lo miró con el mayor desprecio. — Endeble... empezó ella a decir.

— Y aquí está la flecha, continuó Richard, arrebatándosela a ella y extendiéndola hacia ellos. — ¿Ven? Y lanzó la flecha dentro de la tumba.

Hubo allí un destello devastador de luz, el cual parecía quemar a través de las piedras de la torre hasta el corazón del tiempo y la materia misma. Incluso, aunque él había cerrado sus ojos en preparación en el último segundo, Richard estaba aturdido. Sin embargo, Karl y De Flores, no lo estaban esperando, y les fue imposible moverse, o ver, temporalmente. — Perdóneme, señora, gritó Richard, y tomándola por la cintura, la cargó sobre sus hombros.

Lady Peinforte gritó desde lo más profundo de su ser. — Suélteme. ¡Nooo! Ignorando sus protestas, Richard la obligó a pasar a través de la puerta recién abierta que era la entrada al pasaje secreto. Karl, recobrándose, encontró el gatillo de su arma y disparó una ráfaga de balas hacia la ardiente luz, pero la puerta ya se había cerrado detrás de ellos. Karl corrió hacia ella, y empezó a palpar la pared, tratando de hallar una forma de entrar. De Flores, recobrado, se aproximó maravillado a Némesis, agitando una mano a Karl al pasar. — No importa, Karl. No importa. Su voz estaba agitada por la emoción. — Tenemos la estatua, la flecha... y el arco. Podemos destruir toda la creación. Él miró triunfante hacia Karl. — Wagner desafortunadamente tendrá que ser reescrito. Los superhombres deben controlar a los gigantes.

— ¿Pero cómo vamos nosotros a controlar a los cybermen?, preguntó Karl.

— El oro los derrota, dijo De Flores. — Nosotros no tenemos tal debilidad.

Hubo un sonido de movimiento dentro del sarcófago. Ellos dieron media vuelta y miraron dentro. La mano derecha de la estatua había agarrado la flecha y se cerraba lentamente sobre ella.

— Vea, dijo De Flores, — vea como la estatua se prepara para la vida. Sus brazos ajustan su posición para recibir las armas.

Karl miró a Némesis, hipnotizado. De Flores, sin poder apartar su mirada de la estatua, hizo resonar un click en el estuche plateado para viaje y abrió su tapa

cuidadosamente. — Nuestra primera prueba entonces, continuó él, — será tomar el control de los extraterrestres.

Hubo un ligero sonido en el umbral detrás de ellos. El cyberlíder, flanqueado por dos cybermen, había llegado. Hubo una pequeña pausa, antes de que él hablara. — Desafortunadamente, dijo el cyberlíder, — eso no será posible.

De Flores retrocedió, acercándose más a la estatua. Había una nota de pánico en su voz. — Yo poseo toda la estatua de Némesis. Todo el poder es mío. La vida y la muerte de todo lo que existe está en mis manos.

El cyberlíder se escuchó casi pacientemente. — Entonces... ¿Dónde está el arco?

Por primera vez, De Flores, horrorizado, bajó su mirada hacia el estuche de transporte. Cuando así lo hizo, su cara se puso pálida: el estuche estaba vacío.

*

Sobre la hierba, fuera de la TARDIS, el ser que podría haber suministrado al cyberlíder la respuesta, a saber el Doctor, se inclinaba mucho mirando el arco, sumido en profundos pensamientos.

Junto a él, Ace una vez más escudriñaba la imagen holográfica de la Tierra y la Luna sobre su radio grabadora. El casete corrió silenciosamente dentro de la máquina pero a miles de kilómetros en el espacio, la música del cuarteto de jazz se proyectaba más allá de la Luna y continuaba hacia el universo infinito. En frente de Ace, las pequeñas luces rojas del ecualizador gráfico parpadeaban, pero por otro lado no había actividad y no había nada más que ver en la imagen un infinito espacio vacío.

De repente el Doctor dio un grito. Todas las aves de los alrededores inundaron rápidamente el cielo.

— Desde luego, gritó él. — Es tan simple. Y saltó emocionado poniéndose de pie. — Mantenga sus ojos en el holograma.

Ace, quien había estado haciendo nada por casi dos horas, encontró tales palabras un poco innecesarias. — Allí no hay nada, replicó ella rápidamente.

El Doctor saltó de arriba para abajo. — ¡Allí están!, insistió él. — Pero se hayan encubiertos.

Sin esperar una explicación, él empezó a oprimir botones en la parte frontal de la radio grabadora. La música de pronto se volvió audible a través de los parlantes.

— ¿Qué dijo?, preguntó Ace.

— Encubiertos, repitió él. — Ellos no se revelan. Pero..., él continuó oprimiendo interruptores, —... si continuamos interfiriendo sus comunicaciones, serán forzados a revelarse. Él completó los ajustes a los controles. La música incrementó su volumen. El Doctor miró el arreglo de los interruptores. — Bajos... agudos... Oh, por favor, que sean los correctos. De pronto parecía atrapado en sí mismo. — ¿A quién le estoy hablando?, preguntó en voz alta sorprendido. — Balance.

La música alcanzó su nivel más alto. Mientras así lo hacía, pequeños puntos empezaron a aparecer en el holograma en los alrededores de la Luna. Estos se multiplicaron y se esparcieron por toda la pantalla como un salpullido.

El Doctor retrocedió de la impresión. Ace estaba petrificada.

— ¿Qué... qué es esas cosas?, logró ella preguntar.

— Enfoque, dijo el Doctor. Él realizó más ajustes a los interruptores de la radio grabadora. La imagen holográfica hizo un acercamiento y seleccionó tres pequeños puntos alrededor de la Luna. Mientras Ace observaba, estos se fueron haciendo cada vez más grandes definiéndose hasta volverse visibles. Una gigantesca nave espacial con dos más pequeñas flotaban ominosamente en el espacio. Al fin el Doctor respondió.

— Cybervaves de guerra, dijo él en voz baja. Él lanzó su mirada hacia la imagen y se volvió a mirar la cara de ella. — Miles de ellas. Y son invisibles.

Ace palideció. Su mente daba vueltas por la impresión por la imagen que tenía frente a ella. El Doctor claramente estaba muy perturbado. — Y todo esto es mi culpa, susurró él. Bruscamente apagó el holograma y se sentaron en silencio. Aturdido por la impresión. Ace se dio cuenta que una ligera llovizna había empezado a caer, pero parecía como si estuviera pasando en algún otro lugar, muy lejos de allí. Por fin se despabiló, y se vio obligada a hablar. — ¿Qué... dijo ella dudando, — ... podemos hacer?

El Doctor levantó la mirada para verla, sorprendido de recordar que ella estaba presente, parecía estar tan profundamente inmerso en el terrible problema que enfrentaba. Su mirada estaba distante y extraña. De pronto volvió a su vivacidad normal y sonrió alegremente. — Creo que nuestro mejor movimiento, dijo él con vivacidad, — es entrar caminando a la cripta con el arco. Se volvió a sentar y miró a Ace con satisfacción.

Ace lo miró desconcertada. — ¿Profesor..., preguntó ella, —...le falta un tornillo?

El Doctor se inclinó hacia adelante. — Tenemos que colocar el arco en la mano de la estatua para activar el Validium, dijo él con firmeza.

— Pero solo hay un pequeño problema, ¿cierto? Ace le recordó. Había momentos en que ella realmente debía cuidar del Doctor. — No podemos simplemente caminar directo hacia allá otra vez, ¿cierto?

El Doctor, sin embargo, pareció no sorprenderse por eso. — No, agregó él con rapidez. — Ciertamente no podemos. Tendremos que mantener a los cybermen hablando durante algo de tiempo.

— Y esa es la única forma, preguntó dubitativa Ace.

El Doctor sonrió de modo tranquilizador. — Siempre he creído en el aproximamiento directo. Entonces él se puso serio. Puso su mano en el hombro de ella. — Usted aún puede volver a la TARDIS, le dijo él.

Ace se enardeció. — ¿Vamos o qué?, dijo ella, poniéndose de pie.

Hombro con hombro, ellos salieron caminando de entre los árboles y entraron a campo abierto. El arco en las manos del Doctor estaba pulsando con una luz plateada. Delante de ellos, la torre oscura de la cripta se mantenía oscura bajo la lluvia gris, silenciosa e impregnada de una extraña sensación de peligro.

*

Dentro de la cripta, al menos en lo que se refería de De Flores, todo estaba lejos de estar bien. — Seguro podemos negociar este..., las palabras le fallaron temporalmente, —... malentendido, concluyó él desesperadamente, enfrentando a los inexpresivos cybermen. El estuche vació del arco abierto ante él, parecía una burla estrepitosa.

El cyberlíder estaba imperturbable. — Nuestra comprensión es perfecta, respondió él, — Usted pensó que tenía los tres componentes de la estatua y naturalmente deseó destruirnos.

— Usted está completamente equivocado..., intentó decir Karl, utilizando lo mejor que sabía para situaciones desesperadas.

El cyberlíder levantó su arma ligeramente. — Silencio, dijo él de forma innecesaria.

De pronto la estatua se movió. La tumba se estremeció y la calidad de luz que emanaba de ella cambió justo lo suficiente para desviar la atención de ellos hacia ella por un momento. Incluso el cyberman se dio la vuelta. Mientras ellos hacían eso, De Flores deslizó una mano dentro de su bolsillo.

El cybertendiente se volvió hacia su líder. — La actividad del Validium indica la proximidad del arco, líder, dijo él.

— Excelente, respondió con calma el cyberlíder. — Mátelos.

Mientras los cybermen se volvían para ejecutar la orden, la mano de De Flores salió de su bolsillo, lanzando una nube de oro sobre ellos. Por el cerebro de Karl cruzó la idea de que De Flores se había preparado para esa eventualidad. Sin embargo, ahora no había tiempo para reflexionar sobre la previsión de su mentor. Los cybermen parecían seres humanos atrapados por un enjambre de furiosas avispas. El oro en polvo los afectó a todos al instante, doblándose, girando y tratando de escapar de él. El aire de la pequeña habitación de piedra se llenó con sus alarmantes ruidos. De Flores y Karl inmediatamente tomaron ventaja de la confusión. Pasaron empujando a los cybermen que se revolvían, alcanzando el exterior. El cyberlíder fue el primero en recuperarse. — Persíganlos, gritó él. Los cybermen fueron al exterior tras De Flores y Karl.

El par que huía estaba a punto de cubrirse, en el no muy seguro límite del bosque, cuando Karl saltó sobre De Flores, trayéndolo a tierra. Ellos rodaron, luchando por el suelo, cuando los cybermen los rodearon y atraparon.

— Tonto, jadeó De Flores a su protegido. — Nos van a matar.

Karl se puso de pie y miró hacia abajo con desprecio al anciano. — Herr De Flores, dijo él, — sus días han terminado. De Flores lo miró enardecido. — ¿Me

traiciona?, preguntó él asombrado. Su voz se volvió casi lastimera. — ¿No le he enseñado nada?

— Todo, respondió Karl aparentemente con total satisfacción, — y es por eso que ahora disolvemos nuestra compañía. Él sonrió e hizo un gesto a los cybermen, — Me temo, le dijo a De Flores, — que usted falló en comprender la historia, además de a Wagner.

De Flores lo miró como si no pudiera creer lo que oía. — ¿Yo?, tartamudeó.

— Todo sobre los superhombres está muy bien, dijo Karl con suavidad. De pronto su tono se volvió áspero. — Pero los gigantes son la raza maestra. Él se volvió triunfalmente hacia el cyberlíder. — Aquí está él, dijo Karl señalando la figura que yacía a sus pies. — Ahora conviértame en uno de ustedes.

Hubo una pausa mientras el cyberlíder parecía considerar la proposición. Finalmente tomó una decisión. — Usted muestra potencial, respondió él. — Muy bien. Él se volvió hacia su teniente. — Programe a ambos de inmediato, le ordenó.

Se llevaron a Karl y De Flores. El cyberlíder se dirigió a los restantes cybermen. — Debemos completar inmediatamente la estatua, dijo él con firmeza. — Localicen el arco. Destruyan al Doctor y a su compañera.

CAPITULO 7

En una parte densamente cubierta del bosque como a cuatrocientos metros de distancia de la cripta, los arbustos crujían indicando la aproximación de seres humanos a los animales silvestres de la zona. Mientras las aves volaban apresuradamente la maleza se apartaba para revelar a lady Peinforte, ahora liderada por Richard.

Detrás de ellos, la oscura boca de un pasadizo emergía de entre las sombras.

Richard parpadeó con la luz del día y respiró profundamente con un alivio inexpresable. Él no había esperado ver la luz del día de nuevo. Se volvió hacia su señorita. Ella se miraba pálida, confundida y desorientada. Él la llevó hasta una roca y la ayudó a sentarse en ella. Lady Peinforte le permitió que hiciera eso ya que ella pensaba que estaba en un sueño o drogada. Richard la miró con preocupación. Ella

miró hacia adelante, con la mirada perdida, totalmente sumida en su mundo interior. Richard tosió y cuando esto falló para obtener alguna reacción, le habló suavemente. — ¿Cómo se encuentra mi señora?, le preguntó él.

Hubo una pausa. Él no estaba seguro de que ella hubiera escuchado su pregunta y estaba a punto de intentarlo de nuevo, cuando al fin, cansada le respondió.

— No lo comprendo, dijo lady Peinforte distante. Ella aún no lo mira.

— ¿Qué es lo que no comprende?, preguntó Richard.

Hubo un largo silencio. Lady Peinforte parecía estar luchado contra un gran problema. Finalmente ella tomó una respiración profunda y miró directamente a Richard por primera vez. — Siempre lo he tratado muy mal, dijo ella lentamente. — No le he hecho ningún servicio, no le mostrado ninguna bondad. Y aún así... ella dudó, —... y aún así arriesgó su vida para salvarme. ¿Por qué lo hizo?

— ¿No debí hacerlo?, preguntó Richard.

Lady Peinforte rió con amargura. Fue su risa habitual, dura y cortante. Sin embargo también había una suavidad en ella que él nunca había escuchado antes. — Yo no vivo en el mundo del debiera, dijo ella enfáticamente. — Pero usted... usted es un hombre bueno, Richard y yo soy malvada. Richard la miró, lleno de una profunda tristeza. El también se sintió aliviado, ahora sabía que el momento había llegado.

— Mi señora, le dijo él con suavidad, — no tenemos más armas.

El momento de vulnerabilidad de lady Peinforte se acabó como cerrar un libro. Su expresión fue reemplazada una vez más por su habitual actitud fría. — Usted está equivocado, respondió ella con su familiar firmeza fría. — Aún tengo una más que no fallará: mi conocimiento. Yo tendré la estatua de Némesis. Ella se puso de pie.

*

Mientras se abría camino hacia la cripta el Doctor de repente se dio cuenta que Ace ya no estaba más a su lado. Él se detuvo y miró a su alrededor.

Ella aún estaba sentada a pocos pasos detrás de él, con una expresión de indecisión en su cara. — Doctor..., dijo ella pero se detuvo. Evidentemente Ace no

sabía cómo decir lo que estaba molestándola. El Doctor la miró con su amable manera y sonrió alentadoramente.

— ¿Ace?, dijo él.

— Mire, dijo ella, — vamos a ser honestos, ¿cierto?

— Por supuesto. ¿Es que acaso no lo somos?

— Yo nunca me he acobardado ante algo antes, pero... estoy muy, muy asustada, Doctor.

El Doctor le puso sus manos sobre sus hombros. — Lo siento, Ace, dijo él.
— Perdóneme. Hubo una pausa. — ¿Por qué no regresa a la TARDIS?, agregó él alegremente. — Allí estará a salvo no importa lo que pase.

Las dudas de Ace fueron inmediatamente resueltas. — Ni pensarlo, dijo ella al instante.

El Doctor abrió su boca para continuar pero ella se anticipó e interrumpió su discurso antes de que hubiera pronunciado ni media palabra. — He dicho que ni pensarlo, Doctor. La mandíbula de Ace estaba tan firme que el Doctor supo que no se podía discutir con ella. — Yo voy con usted, dijo ella, y levantó la radio grabadora una vez más y se apresuró a avanzar hacia la torre oscura.

El Doctor suspiró y sonrió obviamente complacido a espaldas de ella mientras se ponía en marcha para seguirla. Él sabía que todo el tiempo había tenido razón respecto a Ace.

Desafortunadamente ninguno de los dos notó que el casete, el cual aún corría silenciosamente, había llegado a su final.

*

Dentro de la cripta, Karl también estaba sonriendo mientras el artefacto final para la cyberprogramación se ajustó al cuerpo de De Flores. El cyberman responsable retrocedió y presionó el interruptor preliminar.

A pocos metros de allí, en la consola de comunicaciones, las cosas no sucedían de modo tan feliz. — La cyberflota aún no recibe nuestras transmisiones, líder, dijo el teniente.

El cyberlíder estaba perplejo. Él revisó la situación de nuevo, y una vez más no llegó a ninguna conclusión. — ¿Hay algún patrón en la señal de interferencia?, preguntó él exasperado.

— No tiene sentido, dijo el teniente con la voz apagada.

— Déjeme examinarlo, ordenó el líder.

El teniente oprimió un interruptor y el parlante del monitor se abrió. Al instante la cripta fue inundada con la música del cuarteto de jazz. Los cybermen permanecieron de pie, perplejos.

La música llegó a su final y terminó. El sonido de los vítores y aplausos que la reemplazó agitó un profundo, largamente olvidado y casi extinto vestigio en la memoria de las células cerebrales del líder. Él los escaneó tratando de identificarlas.

— He escuchado ese sonido antes, dijo él lentamente.

Los aplausos continuaron, mezclados con los vítores, silbidos y gritos además. El sonido se detuvo y se escuchó un click. La consola de comunicaciones volvió instantáneamente a la vida: las luces se encendieron, los circuitos se completaron una vez más, y el crepitar normal de la actividad electrónica sana se volvió audible una vez más.

El teniente se volvió inmediatamente hacia el líder.

— Los canales de transmisión están limpios de nuevo, líder, informó él someramente.

— Esplendido. Ellos llegaron de inmediato.

Débil, De Flores luchaba en su prisión tecnológica. — Tonto, dijo con voz ronca. — El poder de la estatua es nada sin el arco. Él retorció sus cables desesperado sin ningún provecho y cayó de nuevo contra la pared. Sus ojos se ponían morados y su cara estaba mortalmente pálida. El cyberlíder lo miró despectivamente y no pudo resistir hablar del beneficio a su teniente.

— Dentro de poco conseguiremos el arco, dijo él.

De Flores se rió con la risa de un loco. Él estaba ejerciendo claramente todo su considerable poder mental para contrarrestar las energías de la programación, aunque

claramente se iba debilitando con el tiempo. — ¿Obtenerlo?, dijo él. — ¿Del Doctor?, rió de nuevo. — Ustedes se engañan solos. Él no es un adversario común. De Flores reunió lo último de su menguada fuerza para erguirse a toda su altura. — ¿Qué se imaginan?, tronó él en un tono imperioso, — ¿Qué él simplemente entrará aquí y se los entregará?

— Buenas tardes, dijo una voz familiar. Asombrados, todos dieron media vuelta hacia la puerta donde estaban Ace y el Doctor, este último quitándose cortésmente su sombrero con una mano. En la otra sostenía el arco de Némesis.

Hubo un silencio cataclísmico. Incluso el cyberlíder estaba abrumado, aunque fue el primero en hablar. — Doctor, se las arregló para decir.

El Doctor sonrió alegremente. — Sí, aquí estamos, confirmó él como si hubieran llegado pocos minutos tarde a una fiesta de té luego de un pequeño problema de aparcamiento. — Siento que no pudiéramos estar aquí antes pero fuimos retenidos por el camino. Su voz resonó en el silencio del asombro. El Doctor estaba totalmente a cargo en ese momento y lo disfrutaba enormemente. Él hizo un gesto cortés hacia Ace. — Desde luego que recuerdan a mi acompañante Ace, ¿cierto?, él miró ansiosamente hacia todos ellos por la confirmación.

Mientras hacía eso, el cyberlíder profirió un gruñido metálico y trató de arrebatarle el arco. Sin embargo, el Doctor era muy rápido para él y saltó ágilmente hacia un lado.

El cyberlíder lo miró a él. La fuerza de voluntad del cyberlíder era tan patente que Ace se estremeció. Aunque ella aún estaba en la puerta, Ace se dio cuenta que al esquivar al cyberlíder, el Doctor deliberadamente se había movido bien adentro en la cripta. Ella podía ver que él ahora no tenía escapatoria.

El cyberlíder rompió el silencio. — ¿Qué es lo que quiere?, preguntó él con insensibilidad.

El Doctor le sonrió y le dio al arco un golpecito de afecto. Esto no pasó desapercibido por los ocupantes de la cripta, cuyos ojos se movían como uno fascinado por él. Al mirar de nuevo, a modo de respuesta, el Doctor les sonreía indulgentemente.

— Ustedes, cybermen, van por las preguntas obvias, ¿cierto?, dijo él con tristeza fingida. Y siempre hablando en ese modo tan aburrido. Ya saben, lo de siempre...y adoptó una voz de cybervoz extremadamente convincente, — Mátenlos o excelente. Los cybermen empezaron a reaccionar al insulto pero el Doctor no dejó que sus palabras trascendieran más allá y se adelantó a ellos. — ¿Así qué es lo que deseo? Bueno, las preguntas obvias merecen una respuesta obvia. Nada. Eso es lo que yo deseo. Él miró hacia el cyberlíder con aparente preocupación. — ¿Me ha entendido? Él habló claramente como si se dirigiera a un niño. — Na...da. Nada. Y de pronto habló con dureza. — Absolutamente nada.

El cyberlíder hizo un gesto desdeñoso, como si fuera a cortar las partes de innecesarias de la charla que él estaba soportando.

— Entrégume el arco, dijo él con voz ronca.

Pero el Doctor se puso fuera de su alcance de nuevo, y de nuevo, Ace notó que se adentró más en la cripta y entre sus enemigos mortales. — Paciencia, paciencia, le amonestó él. — Creo que tendremos una pequeña charla primero. Revivamos los viejos tiempo. Miremos hacia el futuro.

— Usted no tiene futuro, respondió el líder, sin expresar emoción alguna. — Ni lo tiene su acompañante ni ninguno de su raza.

Mientras la voz metálica chirriaba, Ace dio una mirada furtiva a Némesis. Estaba más brillante de lo que jamás había visto y su intensidad se incrementaba a cada momento, como si toda la estatua se estuviera preparando para una enorme e inimaginable actividad. Estaba reaccionando al arco, el cual ahora ella veía brillar cada vez más intensamente en la mano del Doctor. Ace empezó a comprender el propósito del Doctor. Mientras tanto, éste le estaba respondiendo al cyberlíder y atrayendo la atención de todos los demás en la cripta.

El Doctor parecía alegremente despreocupado de su inminente destrucción, de la de Ace y todo el planeta sobre el que estaban. — Me temo que debo de estar en desacuerdo con usted, estaba él diciendo alegremente. El cyberlíder, sin embargo, claramente había soportado toda la demora que estaba preparado para soportar. Éste levantó su mano plateada de modo imperioso.

— Suficiente, retumbó su voz. — Debemos a completar la estatua.

El Doctor lo ignoró. — Sin embargo, siempre hay que tener precaución, al aproximarse al futuro.

Ace respiró profundo. A pesar de la aparente confianza ilimitada del Doctor, ella sentía que las cosas estaban lo bastante malas sin caer en uno de sus interminables discursos sobre el tema del tiempo. Este era, después de todo, su tema favorito, y al igual que un músico de jazz con una buena melodía, él nunca cesaba de buscar nuevos aspectos que explorar y desarrollar. Desafortunadamente, el presente no era el momento perfecto para sus pensamientos sobre el futuro. El cyberlíder evidentemente también estaba de acuerdo sobre eso. — Quítenle el arco, ordenó él con aspereza.

— Y para algunos de nosotros, continuó el Doctor como si no lo hubiera escuchado, — llegará muy pronto.

— ¡Miren!, gritó Ace. A ella le fue imposible contenerse. La más extraordinaria luz que jamás hubiera visto estaba radiando fuera de la tumba. Mientras todos se volvían a mirar, aparecieron grietas sobre la tumba. Empezó a salir humo ondulante de ella y a desintegrarse. Mientras esto sucedía, la estatua se puso de pie, estallando con una luz resplandeciente. Todos los humanos presentes retrocedieron involuntariamente; incluso los cybermen parecían desconcertados.

Toda la cripta estaba inundada con luz radiante. Todos los restos de roca que habían estado cubriendo la estatua cayeron lejos y ésta se reveló completamente por primera vez. Su verdadera imagen le quitó a Ace la respiración. Ella estaba mirando una imagen plateada viviente de lady Peinforte.

En medio de todo esto, el Doctor se puso feliz, mirando a su alrededor y frotándose las manos con aparente satisfacción. Él le giñó a Ace y sonrió, — Parece que esto está en orden, dijo él e hizo una seña con la cabeza hacia la puerta.

Ace no necesitó más indirectas. Al unísono, ellos se abalanzaron por la entrada y se fueron corriendo fuerte a través de la hierba del exterior. Para su sorpresa, Ace notó que el Doctor aún sostenía el arco.

— A la TARDIS, él resopló. — La estatua seguirá esto. Él sostenía en alto el arco mientras hablaba y, continuaron corriendo, desaparecieron entre los árboles.

CAPÍTULO 8

En el límite más lejano del bosque, cerca del camino, Richard se sorprendió por un retumbar distante. Al principio lo tomó por uno de los autos que había visto en Windsor, pero su oído de hombre de campo diferenció entre ellos y el más profundo, el sonido más siniestro que ahora escuchaba. El terreno empezó a agitarse bajo él. Lady Peinforte sin embargo estaba inmóvil. — No tema, Richard, dijo ella. — Es Némesis que vuelve a la vida.

Richard la miró, helado hasta la médula de los huesos. — ¿Viva?, dijo sin aliento.

— Pues, sí, respondió lady Peinforte con calma, como si eso fuera la cosa más natural del mundo. — Lo cual significa que está completa. Su cara se endureció y se preparó. — Y ahora ella será mía. Lady Peinforte miró hacia la distancia. — Porque yo seré el ama de todo esto. Todo esto será mío. Su voz se elevó hasta un chillido fortísimo. — Todo lo que alguna vez lo fue. Sí, todo. *Todo...*

Richard comprendió en ese momento que lady Peinforte se había vuelto completamente loca. Él sentía mucha lástima por ella. Él puso su mano sobre su brazo. — Vamos, señora, dijo él con gentileza, — vamos a encontrar algún refugio.

Lady Peinforte se volvió hacia él con furia. — ¿Cómo se atreve?, gritó ella mirando la mano de él sobre su brazo, como si fuera un leproso, rogando por monedas. Richard inmediatamente la retiró, y muy rápidamente reemplazó su expresión de calidez y preocupación por su máscara de sirviente profesional.

— Yo lideraré y usted me seguirá, ella gritó. Parecía estar totalmente atrapada por su locura. Su voz se elevó hasta un grito sobrenatural. — ¡No hay alternativa! Con esto, ella se marchó a través de un arbusto espinoso. Dolorosamente, Richard la siguió.

Ellos emergieron a un lado del camino. Pasaron algunos carros ocasionales. Como a unos cuarenta y seis metros de distancia, estaba un joven a un lado del camino pidiendo un aventón con el pulgar extendido. Richard llegó al camino a tiempo para ver a un auto deteniéndose ante la señal y al joven saltando dentro de él. El auto se alejó.

Lady Peinforte estaba hablando sobre su hombro, delante de él. — Necesitamos caminar, Richard. No tenemos transporte.

Richard la atajó. — Podemos valernos de uno de esos corceles, mi señora, dijo él. — Conozco el método para conseguirlo. Siéntese aquí y descanse un rato.

Para su sorpresa, ella estuvo de acuerdo sin murmurar y se sentó sobre un hito de la carretera. Richard extendió su pulgar a un auto que pasaba y fue sorprendido cuando pasó sin detenerse. Su señoría, sin embargo, no lo notó.

Lavinia P. Hackensack, viuda, de New Haven, Connecticut, llamó al chofer de su Lincoln Continental para que se detuviera. Algo acerca de ese par de autoestopistas llamaba su atención. Así, que la puerta se abrió, lady Peinforte se puso de pie y se aproximó al auto; su señoría estaba dentro del vehículo antes de que la señora Hackensack hubiera incluso terminado de preguntar a dónde se dirigían ella y el joven hombre.

*

Dentro de la ahora arruinada cripta, solo quedaban dos figuras. Karl estaba liberando a De Flores de la consola de programación de los cybermen. Sus risas hacían eco a través de las vigas de la torre.

— Herr De Flores; Karl repitió, secándose las lágrimas de los ojos, — usted está acabado.

— ¿Me traiciona?, gorgoteó De Flores. — ¿No le he enseñado nada? Él se arrancó los últimos alambres y se estiró. Entonces le dio una palmadita en la espalda a Karl y juntos salieron por la puerta.

*

Dentro de la limusina, ni el bar, ni la televisión, ni la alfombra hasta la altura de los tobillos probó no interesar a los preocupados Richard o lady Peinforte, ya que ambos estaban experimentando ir disparados a 48 kilómetros por hora.

— ¿Ustedes son estudiantes?, se aventuró a preguntar felizmente la señora Hackensack.

Lady Peinforte la ignoró. Richard apresuradamente trató de atraer de la atención de la señora Hackensack hacia él mismo. — Lástima, él abrió sus brazos expresivamente. — No soy más que un sirviente, señora, y no sé leer ni escribir. Mi señora es de noble cuna y sabe algo de latín y un poco de griego.

La señora Hackensack sonrió. — ¿Supongo que en este momento están de vacaciones?

Lady Peinforte continuó mirando hacia afuera por la ventana, mirando el paisaje que pasaba.

Richard trató desesperadamente de pensar en algo más que decir con lo cual ocupar a la señora Hackensack. — ¿Viene de lejos, madame?, preguntó él.

— ¿Yo?, Oh, solo vengo desde Londres.

Richard asintió. — Dos días de viaje, dijo él con simpatía.

La señora Hackensack lo miró sorprendida. — No, el tráfico estaba muy razonable. Yo partí hace cuarenta y cinco minutos.

— ¿Cuarenta minutos?, Richard estaba asombrado.

La señora Hackensack asintió, y aceptó que el viaje pudo haber sido más rápido. — Bueno, no tengo prisa, dijo ella. Ella estaba cautivando a este hombre joven con sus modales corteses. — De hecho, le dijo ella, — estoy aquí de vacaciones, revisando mis raíces.

Al fin hubo algo que Richard comprendió. — Muy sabio con los cultivos en esta época del año.

La señora Hackensack no lo notó. — Mi familia proviene de por aquí, ella continuó, — los he rastreado hasta seiscientos años atrás.

Vagamente consiente por fin de que había alguien más, lady Peinforte decidió informarle el eminente cambio en la naturaleza del universo. Ella se inclinó hacia la señora Hackensack en todo confidencial. — Todas las cosas, le informó ella, — pronto serán mías.

Richard casi se desmaya. Afortunadamente la señora Hackensack parecía no inmutarse por la noticia. Ella acarició la mano de lady Peinforte. — Supongo que ellos lo harán, querida. — La educación es la clave del éxito. Siempre lo ha sido.

Lady Peinforte la miró seriamente. — El tiempo pasado, dijo ella con gran seriedad, — presente y futuro, un poder invencible, el secreto de los cielos.

La señora Hackensack asintió, pareciendo comprender. — El cielo de Connecticut, si me lo pregunta, dijo ella. — Mi familia es dueña de algo de tierra. Solo un par de cientos de kilómetros cuadrados. Solían poseer tierras en este lugar también. ¿Los Hackensack de la granja Hackensack?

Lady Peinforte de pronto se molestó y pareció ponerle atención a ella por primera vez. — Los conozco, espetó ella. — Ladrones y estafadores todos ellos.

La señora Hackensack estaba encantada. — ¿Estudia historia?, preguntó ella.

— Dorothea Hackensack, dijo lady Peinforte con gran apasionamiento, — sobornó a mi cocinero.

La expresión de la señora Hackensack se nubló. — Usted me confunde, dijo ella. — Déjeme ver, hubo una Dorothea. Murió alrededor de mil seiscientos...

—... veintiuno, interrumpió Lady Peinforte con deleite. — Mediante un veneno lento.

Richard se dio cuenta que no sabía cómo abrir las puertas del auto. Escapar era imposible. Cerró sus ojos.

La señora Hackensack estaba con la boca abierta. — Eso es increíble... murmuró ella.

— Muchos lo encuentran así, concordó lady Peinforte.

— Aquí estoy viajando a por el camino y doy un aventón a alguien que está investigando mi árbol familiar.

Lady Peinforte le sonrió. — Cabalgamos hacia nuestro destino, dijo ella.

La señora Hackensack sonrió de nuevo. — Seguro que lo hacemos, querida, ella aceptó. — Seguro que lo hacemos.



El sitio de la edificación se veía tan ordinario para Ace como había sido la primera vez que lo vio. Y considerando que el destino del universo estaba a punto de ser decidido dentro de él, pensó ella, quizás era, después de todo, cómo debía ser. El Doctor no tenía tiempo para tales reflexiones. Él se apresuró a salir de la TARDIS, frotando sus manos y miró a su alrededor con aprecio. — Qué divertido se puso aquí la última vez, él observó. — Bueno, la estatua debe llegar en cualquier momento. Ahora todo depende de mis cálculos finales.

Ace lo miró con ansiedad. — Está bien, dijo ella. — Prometo no interrumpirlo.

Una duda cruzó la cara del Doctor. — Aquí hay un ligero problema, admitió él, — en que estamos propensos a ser atacados por los cybermen en cualquier momento. No puedo permitirme calcular mal esta vez.

Por un momento él se miraba como un pequeño niño. Ace sonrió tranquilizadamente. — No se preocupe, Doctor. Y ella le dio unas palmaditas en su mano. — Lo veré después. Ella sacó su resortera.

— Ah, dijo el Doctor con entusiasmo. Hurgando en sus bolsillos, extrajo una pequeña bolsa, la cual abrió y vació el contenido en su mano. Un puñado de monedas de oro brilló con la difusa luz del sol. — Apunte al panel pectoral. Ambos se miraron a los ojos. De pronto, ellos se estaban mirando entre sí con la mayor seriedad. Ace se dio cuenta que el Doctor estaba contando con ella como nunca antes lo había hecho. Ella le asintió ligeramente para dejarlo saber que comprendía. El Doctor sonrió. — ¿Confió, dijo él portentosamente, — en que recordará mis estrictas instrucciones de nunca causar más explosiones?

Ace puso su mejor cara de niña buena. — Ahora soy una mejor persona, Doctor, respondió ella cortésmente.

— Bien, dijo el Doctor con confianza, — Estaremos listos para cualquier cosa.

Ace le dio un apretón de manos y se marchó.

El Doctor la miró correr por el páramo y desaparecer dentro de la gran bodega vacía. Por un momento, una sombra de preocupación cruzó por su cara, pero él la rechazó con dificultad y busco de nuevo entre sus bolsillos para descubrir su ábaco. El Doctor se concentró en éste y empezó a mover las perlas a gran velocidad.

Algunas veces durante el siguiente cuarto de hora más o menos, Ace pudo ser vista en varios puntos alrededor del sitio de la construcción. Durante un momento ella fue visible a través de las ventanas sin vidrios del piso superior de un edificio a medio completar; en otro momento fue vista cavando en el barro cerca de la entrada al sitio y de nuevo, revoloteando en la gran y aún no demolida bodega que evidentemente había formado parte del sitio original. Dentro de la construcción, el gran espacio evidentemente había estado en desuso por muchos años, mientras las malas hierbas crecían por todo lado para atestiguarlo.

El Doctor continuó hasta verse totalmente absorto en sus cálculos. Ya que ambos estaban tan concentrados en sus tareas, durante algunos minutos no fueron conscientes de un distante, extraño y sobrenatural sonido que crecía cada vez más. Ace fue la primera en oírlo. Inicialmente, parecía sugerir una especie de gemidos del viento, como si todas las desarmonías jamás escuchadas en el mundo se hubieran combinado para crear una impresionante cacofonía. Mientras ésta crecía más y más, parecía transformarse en un profundo y ominoso retumbo, como el de un trueno que crece continuamente.

El arco de Némesis, que yacía a los pies del Doctor, empezó a reaccionar, zumbando y palpitando con una luz plateada intensa. Vagamente consciente de esto, el Doctor, sin embargo, no permitió a su mente distraerse de sus cálculos y el ábaco continuó sonando tan rápidamente como antes.

La luz del día se oscureció casi completamente. En el curso de menos de un minuto hubo un efecto semejante al de un eclipse total. Ahora la única fuente de luz en el área era el arco plateado, el cual brillaba como un faro láser en la penumbra mientras el Doctor batallaba con su trabajo. Estaba tan absorto que ni siquiera levantó la mirada. Pero él no tenía necesidad de hacerlo, sabía perfectamente bien que esos grandes cambios en el sonido y la luz significaban que la estatua de Némesis había llegado.

Cuando finalmente levantó la mirada, en un segundo de respiro del gran problema matemático que lo ocupaba, la estatua estaba completamente de pie, sosteniendo el arco. La luz del interior de Némesis disminuía constantemente hasta alcanzar una brillante radiación plateada. Ahora la luz era de una calidad diferente: fría y cortante, más tranquila y sin embargo, de alguna manera, más mortal que antes. El sonido que Némesis había traído consigo misma había disminuido totalmente

siendo reemplazado por una misteriosa tranquilidad. Lenta, casi cautelosamente, la luz del día regresó.

El Doctor notó que Ace permanecía cerca de él mirando a Némesis. Los ojos de metal de la estatua miraron hacia adelante, aparentemente sin poder ver. Ace se estremeció. No era muy juicioso que ella permaneciera en presencia de algo inconcebiblemente tan destructivo.

Aún apresurándose mentalmente a través de un vórtice de imágenes, el Doctor apuntó silenciosamente hacia el trineo de cohetes mientras el ábaco continuaba sonando bajo sus dedos. Mientras Ace observaba, Némesis se movió y subió lentamente hasta el trineo. El Doctor asintió con aire ausente y no se fijó más en ninguna de las dos, retomando sus pensamientos.

Mientras miraba a Némesis, Ace de pronto se dio cuenta que ésta estaba ahora mirándola desde lo alto del trineo. Ella se congeló. Entonces la estatua abrió su boca.

— Soy hermosa, ¿cierto?, la estatua preguntó. La voz era fría, clara y mortalmente calmada.

— Sí, dijo Ace. Ella volvió a mirar a la estatua. — Usted es muy hermosa.

Las comisuras de la boca de la estatua se torcieron ligeramente, una mera imitación de una sonrisa amarga, tal vez más de una mueca. — Esta es solo mi forma presente, dijo la voz. — He tenido otras las cuales la aterrarían. Hubo una ligera pausa. Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Ace miró con fascinación. — ¿Está sorprendida de que yo hable?, preguntó Némesis.

Ace luchó por encontrar su voz. — Yo... yo sé que usted es metal viviente, respondió ella.

De nuevo la estatua casi parecía sonreír. — Yo soy de lo que estoy hecha, dijo ella con calma. — Esta vez lady Peinforte me nombró Némesis y en retribución soy así.

Ace de pronto se dio cuenta que soplaba un viento repentino. Los escombros pasaban volando por sus pies y ella se estremeció de nuevo. La mirada fija que le dirigía la estatua era tan intensa, que Ace desvió la mirada hacia la entrada del edificio. En la puerta de entrada vio a un grupo de cybermen. Parecían ser siete, incluyendo al teniente y al cyberlíder.

— Nos vemos luego, le dijo ella a la estatua y corrió hacia el edificio. La estatua no respondió.

Tan pronto como Ace se fue, el ábaco cesó de sonar y al fin, el Doctor levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los de la estatua y por un instante, una especie de comprensión de alguna clase parecía suceder entre ellos.

CAPÍTULO 9

Ace se asomó con cautela sobre alfeizar de la ventana que eventualmente se convertiría en la entrada a un dormitorio de la casa parcialmente construida sí, reflexionó ella, la casa se completaba y si quedaba un mundo en donde completarla. Debajo de ella, los cybermen estaban avanzando cuidadosamente, dispersándose silenciosamente, con sus armas láser listas.

Ace tomó una respiración profunda y la dejó escapar lentamente para calmarse. Sin importar lo que pasara, ellos debían mantenerse lejos del Doctor hasta que éste haya terminado y pueda fijar el trineo de cohetes en el curso correcto.

En ese momento ella fue sacudida y traída de regreso a la realidad por el sonido de una explosión. Una nube de polvo envolvió a los cybermen, y por un instante ella pudo verlos tambaleándose inseguros, buscando alrededor de ellos la fuente del ataque. Ace sonrió para sus adentros.

Ella tomó la primera de las monedas de oro y la cargó en su resortera, y luego, recordando el explícito consejo del Doctor, apuntó cuidadosamente al panel pectoral del cyberman más cercano. Tensó el elástico de la resortera y apuntó, hubo un segundo de pausa, y luego disparó.

La reacción del cyberman fue incluso más rápida de lo que ella esperaba, la moneda evidentemente se encajó en su panel pectoral, y un horrible traqueteo de muerte empezó al instante. El cyberman se desplomó, agarrándose el pecho desesperadamente, mientras los otros se volvían a mirarlo, a Ace le pareció, como en cámara lenta. Por unos pocos segundos, ella miró, fascinada, y luego, mientras las cabezas de los cybermen se volvían en busca de la posición del atacante, ella volvió en sí, y corrió por la habitación y bajó las escaleras.

Sin embargo, el cyberlíder reaccionó un milisegundo más rápido que sus inferiores y la divisó mientras ella se retiraba de la ventana. Su voz era grave: — Destruyan a la hembra humana.

Los otros cybermen escudriñaron el área, con sus láseres listos. La voz del cyberlíder alcanzó un tono alto. — Encuéntrénla y destrúyanla, dijo él.

Los cybermen se dispersaron por los alrededores de la casa semi acabada y empezaron a buscar a Ace. Miraron a través de las ventanas vacías dentro de las habitaciones incompletas pero no había rastro de ella en la planta baja. A una señal del teniente, tres de ellos se movieron resueltamente hacia el interior.

Una vez dentro de la construcción, revisaron minuciosamente las habitaciones escaleras abajo. El interior del armario bajo las escaleras fue acribillado por los láseres pero no contenía ninguna hembra humana. La desamueblada cocina estaba vacía así como la sala de estar. La casa cimbró con los pesados pasos del grupo de cybermen que subían las escaleras, pero incluso esto no impidió que su objetivo realizara su escape. Escaleras arriba el cuarto de baño y los dormitorios también estaban vacíos.

Afuera, Ace cuidadosamente completaba su silencioso descenso por la tubería del desagüe y alcanzaba el suelo. En una fracción de segundo un recuerdo cruzó su conciencia cuando se deslizaba igualmente en silencio por la tubería del desagüe en la parte trasera de dos casas gemelas en Privale, mientras sus padres bebían sus bebidas antes de acostarse. El pensamiento duró justo lo suficiente para que ella descubriera que estaba deseando regresar a la seguridad de su hogar, antes de que ella se moviera de nuevo, deslizándose cuidadosamente hacia una esquina del edificio. Habiendo corroborado que no había cybermen vigilando la entrada del frente que carecía de puerta, se deslizó hacia adelante y entró en la casa.

Camino a la sala, ella extrajo la resortera de su bolsillo y sacó una segunda moneda de oro de la bolsa. La cargó en la bolsita de cuero.

Mientras hacía esto, el pesado caminar de los cybermen hizo caer ruidosamente el cielo raso sobre su cabeza. Ellos se movían de la habitación a las escaleras, evidentemente habían decidido continuar la búsqueda.

Ace se deslizó rápidamente del camino hacia la puerta del frente, y se colocó a un lado de ésta, escuchando atentamente, con su espalda contra la pared. Los

pesados pasos se movían a través del pasadizo de la parte superior. Los paneles crujieron y el tono de los siguientes pasos era diferente: el primer cyberman había caminado hasta la parte alta de las escaleras. Éste dio otro paso y luego otro.

Ace giró hacia la puerta, tensando el elástico de la resortera mientras hacía esto. Su pequeña figura enmarcada en la luz le dio un momento antes de que el cyberman que descendía la pudiera notar. Eso fue más que suficiente para permitirle apuntar hacia panel pectoral del cyberman mientras levantaba esa arma de niños a la altura de sus ojos. Automáticamente, el arma del cyberman se levantó.

Ace disparó primero, de un modo sorpresivo. La moneda brillo en el aire mientras el mortal láser trató de encontrarla, y fue inmediatamente seguido el tañido puro de una nota metálica clara como la de un diapasón, mientras la moneda se alojaba dentro del enrejado del cyberman. Ace no se quedó para mirar los resultados de su acción pero no tuvo necesidad de hacerlo. Mientras ella huía a través del espacio abierto en el sitio de la construcción, ella pudo oír claramente el pesado estruendo mientras la criatura se desplomó sin poder hacer nada escaleras abajo. Ace logró escabullirse en otra casa incompleta y se ocultó en una habitación del frente. Cautelosamente miró sobre la orilla de la ventana pero ella había evadido a cualquier perseguidor. Los otros dos cybermen llegaron a la parte baja de las escaleras y por un momento se mantuvieron mirando hacia abajo, hacia su abatido compañero. Dos menos, quedaban cinco pensó ella, nada malo para una principiante. Ella se preguntó cómo le estaba yendo al Doctor con sus sumas.

Apenas había terminado de plantearse la cuestión, cuando un cyberman levantó la mirada y la divisó. Los láseres se levantaron y dispararon de inmediato. Esta vez la cara de Ace estaba mucho más cerca del marco, la ventana sin terminar y la pared de ladrillos explotaron en trozos humeantes. Ace instintivamente se lanzó hacia los tablones del suelo.

Por primera vez la persecución mortal se había vuelto totalmente auténtica. Al otro lado la habitación y detrás de ella, un gran hoyo humeante había aparecido de repente en la pared. Ace contuvo la respiración, y con cuidado reprimió la sensación de la impresión y del terror que amenazaba con salirse de control. Su única posibilidad era mantener la atención de los cybermen totalmente enfocada en ella y alejarlos del Doctor, a cualquier precio.

Teniendo este pensamiento claramente como prioritario en su mente ella se puso de pie, continuó hacia el siguiente marco arruinado para ventana, a tiempo para vislumbrar a dos cybermen caminando cautelosamente a través del lodoso espacio abierto surcado por las huellas de neumáticos, hacia la casa donde ella se ocultaba.

Ace se recuperó, “Trata de mantener el ritmo,” ella gritó de forma despectiva como si hablara a un niño. “He escuchado de la fatiga del metal, pero todos ustedes son patéticos.” Dicho eso, ella salió corriendo de la habitación y atravesó la sala hacia la cocina vacía en la parte trasera de la casa. La voz del cyberlíder resonó tras ella. — Mátenla, gritó, — mátenla.

Ace corrió hacia la cocina, tomó la manija de la puerta y se detuvo. La puerta estaba cerrada. Esta posibilidad no se le había ocurrido. Al mismo tiempo escuchó los pasos de un cyberman acercándose por un lado de la casa. En cosa de segundos éste podría virar en la esquina y ella estaría totalmente a la vista y casi desprotegida. Su única esperanza era regresar a través de la casa. Ella dio media vuelta y atravesó corriendo la sala, solo para detenerse cuando un láser destruyó la parte inferior de la escalera junto a ella. Los dos cybermen de la casa opuesta estaban también muy cerca.

Ace estaba atrapada, escuchó tras ella puerta de la cocina astillarse cuando el cyberman que estaba detrás de la casa entró. Saltando sobre los restos de la escalera, ella empezó a subir las escaleras cuando un cyberman entraba en la casa. Ella alcanzó la parte superior de las escaleras mientras el primero de ellos ingresó a través de la puerta del frente. Otro rayo láser hizo un agujero a través de la pared a su derecha, mientras ella salía de la vista lanzándose a tierra.

Ace se puso de cuclillas, de frente a la parte superior de las escaleras. De la parte de abajo llegó un crujido y el sonido de algo astillándose mientras el más próximo de los cyberman caminaba hasta las ruinas de la parte baja de las escaleras pero eso fue seguido de un paso sólido tan amenazador como un simple toque de tambor, mientras el primer escalón que no había sido dañado en el ataque soportaba su peso.

Hubo otro paso, seguido por otro y por otro. El pesado, siniestro y decidido andar del cyberman fue seguido por otro más. Ahora evidentemente había dos cybermen subiendo por la pequeña escalera hacia ella. El corazón de Ace estaba latiendo fuertemente, así le parecía a ella. Ace se limpió lo que sentía como una

telaraña a un lado de su frente y se sorprendió al ver sangre en su mano. Volvió a tener la misma sensación y se dio cuenta que los ladrillos que los ladrillos de la pared que se habían destrozado cuando ella buscaba su actual posición la habían alcanzado un lado de su cabeza.

Ahora los pasos estaban casi a punto de alcanzar la parte superior de las escaleras y el primer cyberman estaba a punto de quedar a la vista. Ace tiró hacia atrás el elástico de su resortera y una tercera moneda de oro brilló en la penumbra del rellano.

El cyberman vio a Ace en el mismo instante en que ella lo vio a él, pero Ace ya había disparado. La moneda de oro impactó perfectamente una vez más en el panel pectoral y el traqueteo ahora familiar de la muerte sonó inmediatamente. El cyberman que había atinado cayó hacia atrás, precipitándose por las escaleras y arrastrando hacia abajo a otro que estaba tras él.

Silenciosamente ella empezó a abrirse paso a través de las habitaciones hacia la parte trasera de la casa. Fue por eso esencialmente que a los cybermen no les fue posible rastrear sus movimientos por no poderla escuchar. Afortunadamente los tablones nuevos del piso eran rígidos y bien distribuidos y ella se deslizó hasta el dormitorio principal sin ninguna reacción de los de abajo. A la distancia, ella pudo escuchar a los cybermen al pie de las escaleras desenredándose del que ella había destruido.

Llegando a la ventana, cuidadosamente ella miró hacia fuera y para su satisfacción allí estaba, como ella había esperado, cerca un tubo de drenaje. Ella se estiró a través del marco de la ventana sin vidrio se aferró al tubo. Estaba a punto de impulsarse usando el tubo del drenaje para bajar hasta el suelo cuando una ráfaga de láser impactó varios metros por debajo de ella destrozando el metal en sus manos y quemando su brazo. Ace contuvo su aliento con un trago, silenciando el grito de dolor. Ella se hizo hacia atrás instintivamente, mientras así lo hacía, atisbó una figura plateada bajo ella. Un cyberman estaba vigilando detrás de la casa. — Tenemos alguna idea, ¿cierto? Susurró ella sombríamente. A modo respuesta, una segunda descarga láser rugió desde abajo a través de la ventana vacía, y acabó con la mayoría del cielo raso sobre la cabeza de ella. Inmediatamente hubo una lluvia de yeso y la habitación de pronto adquirió la apariencia de estar llena de densa niebla. Teniendo en cuenta la ventana sin vidrio, Ace sabía que solo podía permanecer unos pocos

segundos allí, pero podía darle el tiempo suficiente que ella necesitaba. Cargando la resortera, ella se deslizó a través del opaco polvo blanco hacia la ventana.

Al cyberman de abajo, ella debió de haberle parecido como una aparición de la muerte misma. Su cara y sus manos aparecieron de repente de entre la nube blanca, de modo que incluso antes de que él reparara en el arma que ella tenía, la moneda de oro se alojó en su panel pectoral y el traqueteo mortal fue escuchado. Por un instante la imagen de la estatua de Némesis cruzó por la mente de ella... pero en ese momento ella se dio cuenta de los ruidosos pasos que subían las escaleras. — ¿Ahora, qué?, se preguntó ella.

Los pasos alcanzaron la parte alta de las escaleras. Se pudo escuchar a dos cybermen entrar a cada una de las habitaciones del piso superior sucesivamente, precedidos por descargas láser. Ellos no corrían ningún riesgo. Cuando la puerta del dormitorio fue abierta de un disparo, se lanzaron dos descargas simultáneas dentro, el aire ya se hallaba libre de polvo.

Sin embargo, allí no había rastro de Ace: ella estaba colgado por el exterior de la ventana de sus manos. Con gran dificultad y lo más silenciosamente posible dadas las circunstancias, ella volvió a subir a la habitación. Ella pudo escuchar los pesados pasos descendiendo por las escaleras de madera. En silencio, ella los siguió.

En el exterior, el aire parecía impregnado de con un extraño olor imposible de identificar. Era un olor leve pero perceptible, penetrante y frío. Luego de un momento, ella se dio cuenta que de algún modo emanaba de la estatua. La cabeza le dolía justo donde los trozos de ladrillo la habían impactado y sintió náuseas y un ligero mareo. Más que cualquier cosa, ella quería acostarse y dormir. El olor era tan molesto que por un segundo ella contuvo de nuevo el anhelo de regresar a la seguridad, en el aburrido Perivale.

Esa sensación duró solo un segundo. Allí había, si su cálculo era correcto, dos cybermen más por acabar. Incluso el Doctor podría haber admitido que ella lo había hecho bastante bien. Ella metió la mano dentro de su bolsillo y extrajo la bolsa. Para su pesar descubrió que solo tenía una moneda. Concentrándose en la dificultad, ella la cargó en la bolsita de cuero de su resortera.

Ace se obligó a seguir adelante y empezó a hacer su camino a través del barro y los charcos entre los edificios hacia donde ella había dejado al Doctor con Némesis. Tal vez él ya había terminado. Ella tenía problemas en caminar el línea recta pero se

insistió a sí misma que así lo haría. Ella se aproximó a otra casa semi acabada y miró hacia adelante para recostarse por un segundo contra la pared de su esquina cuando la pasó. Ella la alcanzó con gratitud y extendió su mano tocando los ladrillos. Fue en ese momento cuando escuchó un débil sonido detrás de ella. Ace estaba mirando a su alrededor cuando la áspera voz la alcanzó.

— No se mueva, dijo ésta con aspereza. Ace se congeló. Oh, bueno, ella decidió, había detenido a la mayoría de ellos.

El cyberlíder dio vuelta en la esquina y se detuvo frente a ella, su arma láser estaba apuntando.

— ¿Para qué?, dijo ella. — Va a matarme de cualquier modo. ¿Correcto? Ace se dio vuelta, desobedeciendo, y como ella lo había esperado, el cyberteniente estaba colocado detrás de ella.

El cyberlíder la empujó contra la pared y ambos cybermen se movieron al frente de ella, mirándola de arriba para abajo. — Solo detectamos una pieza más de oro, dijo él finalmente con algo semejante a la satisfacción en su voz.

— Correcto, dijo Ace. De pronto levantó al resortera amenazante. — Así que, dijo ella reuniendo lo último de sus fuerzas, — ¿Quién será el siguiente y quién el afortunado? Ella apuntó su moneda directamente hacia el cyberlíder. Hubo una pausa. Ella se volvió rápidamente a su izquierda y apuntó al teniente y luego volvió a apuntar al cyberlíder.

Los cybermen estaban desconcertados. El teniente habló primero. — Le queda solo un proyectil, dijo él.

— Eso es correcto, aceptó Ace. — Pero es para uno de ustedes. Ahora... ¿Para quién va a ser?

En el silencio que siguió a continuación, Ace estaba segura de que los cybermen podían escuchar el latir de su corazón. Ciertamente éste le sonaba a ella como un tambor gigante de bajos invisible que estaba siendo golpeado entre ellos tres. Nadie se movió. Finalmente, el cyberlíder habló. — Mátela, dijo él.

Ace miró rápidamente a uno y a otro. ¿Era esto un truco? Debía serlo. Entonces ella captó el truco mientras el dedo del cyberlíder se tensaba sobre el gatillo. Ella soltó el elástico y la moneda se alojó en el panel pectoral de él, mientras ella

giraba su cuerpo hacia un lado. El rayo láser hizo un hoyo en la pared inmediatamente detrás donde ella había estado, pero el cyberlíder había caído, retorciéndose en el suelo. Ace giró alrededor de la esquina y desapareció.

CAPITULO 10

El Doctor estaba casi fuera de sí debido al agotamiento del esfuerzo mental que había hecho durante el curso de la hora previa. El ábaco zumbaba y chasqueaba mientras sus dedos volaban sobre él. Esos sonidos alcanzaron su punto alto, y luego, de repente, casi milagrosamente, se detuvieron. Allí hubo un silencio. El Doctor tomó una respiración profunda y la exhaló lentamente. La estatua lo miraba, silenciosa y sin pestañar, su fría aura helaba todo a su alrededor.

El Doctor miró hacia arriba. Había un brillo en sus ojos. — ¡Lo tengo!, dijo él sin dirigirse a alguien en particular. — Ahora, empezó a hacer que sus acciones correspondieran con sus palabras, — hemos colocado los cohetes en el tiempo correcto de proyección. Las pequeñas aletas en la base del trineo fueron cuidadosamente ajustadas por sus huesudos dedos. — Y usted estará, él caminó hacia atrás, — en el curso correcto.

Por un momento, él estuvo perdido en sus pensamientos, admirando su trabajo. Entonces una idea más seria pareció llegar a él y se volvió resueltamente hacia la estatua. — Adelante, dijo él autoritariamente.

La Némesis plateada camino delicadamente hacia adelante. Casi parecía materializarse en posición. Tomó su antigua posición en el trineo de cohetes y aguardó, inmóvil, la siguiente orden del Doctor.

La voz del Doctor se mantuvo firme. — Los cohetes, le anunció él a Némesis, — ahora están fijados hacia su destino. Él sonrió, — Ahora veamos cómo están progresando los cybermen.

Él alcanzó la radio grabadora y encendió el holograma. La pequeña imagen del espacio apareció como una perfecta miniatura tridimensional en frente de él encima de la extraña máquina. La cyberflota estaba desagradablemente presente, pequeños puntos plateados llenaban el espacio alrededor de la Tierra y la Luna como un enjambre. El Doctor parecía satisfecho. — Curso correcto, dijo él frotando sus manos.

Y una escalofriante voz plateada irrumpió a través del extraño silencio. — Y yo voy a destruir toda la cyberflota, dijo Némesis con clama.

— Para siempre, respondió el Doctor.

— ¿Y luego?, preguntó la bella y mortal voz.

— Reforma, dijo él brevemente.

La estatua pareció hacer una ligera pausa, como si considerara esta respuesta inesperada. — Entonces... ¿usted me necesitará en el futuro?

La mirada del Doctor parecía muy distante. — Espero que no, dijo él en voz baja.

Némesis lo miró. — Eso es lo que dijo antes.

— Es suficiente, espetó el Doctor.

La estatua parecía intimidada, pero aún así respondió. — Y después de esto, dijo cuidadosamente, — ¿Obtendré mi libertad?

— Aún no.

— ¿Cuándo?

— Ya le he dicho cuando, dijo el más misterioso ser en el espacio y el tiempo.
— Las cosas aún son imperfectas.

La estatua estaba en silencio. A la distancia el Doctor logró ver a Ace ir extendiendo un cable desde el último cilindro enterrado de Nitro Nueve. Gradualmente se alejó del explosivo, y eventualmente unió el extremo del cable a un detonador del tamaño de la mano, y tomó posición, vigilando la esquina alrededor de la cual había escapado recientemente.

Para horror del Doctor, aunque no había signo de los cybermen frente a Ace, el cyberteniente y otro cyberman de repente aparecieron detrás de ella.

Un ligero sonido emitido por ellos pareció alertar a Ace, ella se volvió rápidamente. Pero fue tarde. El cyberteniente la golpeó con la parte de atrás de su puño, derribándola.

Mientras ella luchaba por levantarse, el teniente recogió el detonador y lo aplastó hasta hacerlo añicos. Ace yacía en el suelo mirando hacia ellos. Los cybermen lentamente apuntaron sus láseres hacia ella.

— ¡Alto!, gritó el Doctor a todo lo que daba su voz.

Aparentemente sorprendidos los cybermen se volvieron y miraron hacia él, viéndolo por primera vez. Eso no fue fácil. Él estaba agachado detrás del trineo de cohetes y solo la parte superior de su cabeza era visible para ellos.

— Lastímenle siquiera un cabello, gritó, — y destruiré el arco.

Los cybermen bajaron sus láseres y el Doctor se puso de pie. Los cybermen se miraron entre sí y entonces el teniente asintió. El otro cyberman pinchó a Ace con su pie y ella se levantó. El Doctor sonrió alentadoramente y se movió casualmente alrededor de la parte delantera del trineo mientras ella atravesaba la tierra de nadie que había entre ellos sin ningún incidente, llegando al lado del Doctor con alivio. Los cybermen se colocaron en la parte trasera del trineo y se dirigieron al Doctor hablando desde el otro lado. Sobre ellos la estatua de Némesis permanecía inmóvil, distante, como si no oyera ni escuchara nada.

El cyberteniente habló con calma. — Entréguenos el arco, Doctor.

Hubo una pausa.

— No, respondió el Doctor con firmeza.

— Entonces simplemente deberemos matar a ambos y tomarlo, respondió el teniente. Su declaración sonaba casi razonable.

— Ah, replicó el Doctor. Él parecía estar reconsiderando una invitación a tomar té.

— En cualquier caso, continuó el cyberlíder con suavidad, — su amenaza carecía de sentido.

El Doctor miró con curiosidad. — ¿Carecía de sentido?, repitió él con altivez. — ¿Cómo así?

— ¿Cómo podría haber destruido el arco?, preguntó el cyberteniente.

— Bueno, en verdad... El Doctor empezó a explicar. No otro discurso, pensó Ace.

Allí no había nada que lo detuviera. — Lo que habría hecho, el Doctor prosiguió, — sería simplemente colocar el arco detrás del trineo de cohetes. Y luego, esto es lo más importante, habría dispuesto los cohetes para probar el encendido, digamos en un tiempo preestablecido.

Automáticamente, siguiendo su línea de explicación, los dos cybermen obedientemente giraron sus cabezas mirando detrás del trineo de cohetes tras el cual ellos se hallaban exactamente colocados.

— Hablando de eso, dijo el Doctor con aire casual, — ¿qué hora es, Ace?

Ace consultó su reloj.

— Casi las..., empezó ella a decir.

Allí resonó una explosión. Una gran bola de fuego salió expulsada del trineo de cohetes cuando sus cohetes se encendieron para la prueba. Los cybermen fueron engullidos e incinerados; cuando las llamas se desvanecieron unos pocos segundos después solo unas pocas cenizas permanecían en el lugar donde ellos habían estado colocados.

Ace estaba con la boca abierta. El Doctor sonreía. — Se está volviendo un poco lenta, dijo él amablemente, y le dio a ella una palmada en el hombro.

El humo negro que los rodeaba se empezó a disipar. Ace se limpió los ojos, los volvió a abrir y luego se congeló. El Doctor también estaba muy quieto. De Flores y Karl estaban de pie frente a ellos apuntándolos con sus subametralladoras. De Flores estaba sonriendo con una tranquila satisfacción.

— Oh, grandioso, dijo Ace.

De Flores la ignoró, reaccionando como si hubiera sido el Doctor quien hubiera hablado. — Sí, Doctor, dijo él de modo agradable. — Hemos tenido éxito en engañar a los cybermen.

Él levantó su brazo. A través de la manga desgarrada se miraba un codo metálico. La camisa de Karl también estaba abierta en la parte superior, revelando lo que había sido su pecho: el cual estaba parcialmente metalizado.

— Un pequeño precio que tuvimos que pagar, creo que usted estará de acuerdo, para el cumplimiento exitoso de nuestro sueño superhumano.

— Los cybermen cometieron el error al asumir de que todos los seres humanos son débiles y corruptibles, añadió Karl arrogantemente. — Nosotros, sin embargo, somos leales hasta la muerte.

El Doctor estaba en silencio. Parecía perplejo.

De Flores calmadamente se aproximó a la estatua y la contempló aparentemente absorto. — Ahora, al fin, nuestro largo viaje ha terminado. — Usted será adorada por siempre. La estatua no respondió. De Flores aguardó, pero no hubo respuesta o siquiera le devolvió la mirada. Por primera vez él parecía incómodo. — ¿Ella no habla?, vociferó él de nuevo.

— No a gente como usted, respondió el Doctor.

Los labios de De Flores se retorcieron en una leve sonrisa. — Ella lo hará, respondió él. De Flores recobró su compostura. — Ahora, Doctor, debemos partir, y continuó enérgicamente. — Le agradecemos haber acabado con los cybermen. Y ahora que usted ha tenido esa amabilidad, Némesis, por fin es...

— Nuestra, dijo el Doctor. Pero él estaba mirando detrás de De Flores. Allí hubo un súbito movimiento y Karl y De Flores se dieron la vuelta. El cyberlíder estaba de pie inmediatamente detrás de ellos, con su láser listo. Hubo un destello de luz proveniente del arma y Karl y De Flores fueron desintegrados antes de que sus dedos pudieran tirar de los gatillos.

— Lo siento, Doctor, dijo Ace, conmovida. — Pensé que me había deshecho de él.

El Doctor estaba mirando al cyberlíder. Su mirada era dura. — No la amenace, dijo él con voz áspera.

El cyberlíder casi se encogió de hombros. — Deme el control de la estatua, respondió él.

— No puedo.

— Entonces, dijo el cyberlíder con calma precisión, — entonces la mataré.

El Doctor miró al líder como si el cyberman fuera un niño con deficiencia mental. — ¿No me escuchó?, gritó él. — No puedo. Incluso aunque lo quisiera. Él caminó directamente hacia el cyberlíder y lo miró fijamente. — Esto es tecnología más allá de su comprensión, él agregó, — no puede ser reprogramada.

— ¿Para destruir a la cyberraza?, dijo el líder. — No, Doctor. Usted removerá los cohetes y así Némesis no podrá ser lanzada.

— Eso no resolverá nada, respondió el Doctor. — Cuando la flota arribe, la estatua se destruirá de todos modos.

— Y la Tierra con ella, concluyó el líder. — La decisión es suya, Doctor.

— Eso ciertamente no es racional, el Doctor sonrió con frialdad.

El cyberlíder de pronto parecía estar a punto de perder todo el control de sí mismo. Él se estremeció perceptiblemente por un momento. — *¡Yo lo destruiré ahora!* Gritó él.

— ¿Qué es eso?, preguntó el Doctor con extravagante cortesía. — ¿Odio? ¿Cybermen con emociones? Por Dios, usted se ha vuelto defectuoso.

Ace cerró sus ojos. Aparentemente el Doctor había ido demasiado lejos esta vez. Ellos estaban desarmados después de todo y... Sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz chillona de mujer que se aproximaba desde la vuelta de la esquina. Todas las cabezas se volvieron cuando lady Peinforte, asistida por Richard, apareció en el sitio de la construcción, marchando sin notar los charcos y el barro entre los que avanzaban. De inmediato, Ace instintivamente se dio cuenta que lady Peinforte estaba loca. — Todas las cosas, ella estaba gritando. — Todo el poder. Ella rió felizmente. — El tiempo, le dijo a una mezcladora de cemento en el camino. — El espacio. Ella subió sobre una pila de madera y continuó atravesando el sitio en una mortal línea recta hacia la estatua Némesis. — ¡El mundo!, gritó ella, lanzando hacia atrás su cabeza y riendo. Ella estaba empapada, pero parecía no notarlo. De hecho parecía no saber nada en absoluto, excepto que la estatua la atraía como un faro. — El..., ella estaba a punto de continuar cuando al fin pareció notar al grupo que estaba de pie junto al trineo de cohetes. — Cielos, dijo ella y miró majestuosamente alrededor, desde el Doctor, hasta Ace y hasta el cyberlíder, hasta que sus ojos se posaron definitivamente sobre la estatua, donde permaneció su atención. Ella empezó a canturrear en voz baja.

— Ella está loca, dijo el cyberlíder. Por un segundo, el Doctor, Ace y el cyberlíder estuvieron de acuerdo, pero Richard los interrumpió antes de que pudieran percatarse de ello.

— No hable así a mi señora, dijo él acaloradamente y fulminó con la mirada a los allí reunidos, sin temor y desafiante.

Sin embargo, lady Peinforte estaba más allá de cualquier ofensa. Ella se aproximó lentamente a la estatua y con asombro. — ¿Ve?, ella le murmuró, confortándola, como una madre a un niño molesto. — Aquí estoy. Ella sonrió de forma tranquilizadora y continuó tarareando en voz baja.

— ¿Qué...? Preguntó secamente el Doctor, — ¿Qué desea?

Para sorpresa de todos, lady Peinforte escuchó, comprendió y respondió de inmediato. Ella se volvió hacia él con un súbito aire de normalidad. — ¿Pues mi Némesis, qué más?, ella respondió.

— Demasiado tarde, dijo Ace. — El Doctor la tiene.

Lady Peinforte sonrió con aparente serenidad y miró con lástima a Ace. — Ella está incompleta, le informó a Ace. — Hasta que tenga el arco. Eso se le puede dar a cualquiera. De repente, lady Peinforte se volvió hacia el Doctor, y por un instante Ace sintió una explosión rebotante de locura y de odio. — Eso es lo que usted hará ahora, continuó su señoría, — dármelo a mí.

Sus palabras parecían estar suspendidas en el aire frío. A Ace casi le pareció divertida su extrema rudeza. Incluso el cyberlíder parecía sorprendido. Lady Peinforte, sin embargo, miraba al Doctor, aguardando impacientemente su respuesta.

Ace avanzó. — Escuche, vieja momia... empezó ella a decir.

— Suficiente, dijo Richard bruscamente.

Ace lo ignoró. — El Doctor no le va a dar la estatua.

Hubo un silencio. Ace se volvió y miró al Doctor aguardando su confirmación. Algo en la cara de él hizo que la sangre de ella se helara. Ella vaciló. — Dígale, Doctor, dijo Ace con un tono de temor.

El Doctor bajó la mirada hacia el suelo y no dijo nada. Él parecía estar sopesando las opciones en su mente. Ese no era momento para estar callado. Ace le sacudió el brazo. — ¿Doctor?, ella dijo de nuevo en voz alta. Esta vez Ace no se molestó en ocultar que estaba suplicando.

— ¿Doctor... qué? [En el original; **Doctor... who?**], pregunto lady Peinforte. Ella sonrió malevolentemente a Ace. — ¿Usted nunca se ha preguntado de dónde proviene? Ella se dio la vuelta y encaró completamente al Doctor. — ¿Y quién es él?

Ace empezó a temblar. — Nadie sabe quién es el Doctor, dijo ella, con toda la firmeza que pudo reunir.

— Excepto yo, dijo lady Peinforte.

Hay momentos en que el tiempo se detiene. En efecto, el propio Doctor no era solo una autoridad en porqué cada fenómeno podía ocurrir sino que adicionalmente era capaz de estudiar a consciencia un evento. Este sin embargo, no era un momento en que él tuviera el más ligero deseo de estudiar, como inmediatamente lo Ace pudo decir al ver la expresión de su pálido rostro cuando finalmente él levantó la mirada. Era una expresión que Ace nunca había visto antes, y le tomó unos segundos darse cuenta que estaba viendo por primera vez una mirada de derrota en los ojos del Doctor.

Ace estaba hipnotizada por el Doctor. — ¿Cómo?, ella logró susurrar.

— Por la estatua, dijo triunfalmente lady Peinforte. — Es su creación.

— Está bien, empezó a decir Ace. — ¿Y qué importancia tiene eso? Él es un Señor del Tiempo, yo sé eso.

Lady Peinforte le sonrió casi amablemente a ella. — Y usted, cree qué eso es todo, dijo ella dulcemente. Lady Peinforte se volvió hacia el Doctor y su expresión se llenó de furia fría. — ¿Bueno, Doctor?

Paso un momento antes de que el Doctor pudiera responder. — ¿Si yo le doy la estatua...? Dijo él finalmente. Su voz fue casi inaudible.

Lady Peinforte era suave como la seda. — Su poder se volverá mío. Ella endureció su mirada.

El Doctor se volteó lentamente hacia Ace y le puso sus manos sobre los hombros. El la miró con tristeza a sus ojos. — Esto ha acabado, Ace. Mi batalla, todas mis batallas: he perdido, solo puedo rendirme.

— Sí, lady Peinforte aceptó con calma.

El Doctor se dio la media vuelta y la encaró. — Pero no, dijo él, — a usted. Los cybermen tendrán a Némesis.

El cyberlíder estaba claramente sorprendido. — Eso es lo más racional, Doctor, dijo él.

Pero lady Peinforte parecía estar al borde de un ataque. — Pero... pero yo conozco su secreto.

El Doctor la miró de lleno a sus ojos. En todos los momentos que quedaban por venir, Ace dudaba que nunca lo vería tan magnífico. — Muy bien, él respondió en total desafío. — Cuénteles.

Lady Peinforte se llevó la mano a la frente. Ella ya no podía comprender más el mundo. Su voz se volvió patética. — Pero yo sé..., ella repetía suavemente, casi como hablado consigo misma.

El Doctor ahora estaba en pleno dominio de sí mismo. — Me temo, respondió magistralmente, y se irguió a toda su altura — que ahora solo quedamos nosotros dos.

El cyberlíder avanzó impaciente. — Ahora puede darme el arco, Doctor, dijo él ásperamente.

— Muy bien, el Doctor respondió.

Ace no podía creer lo que escuchaba. — No puede hacerlo, Doctor, ella gritó desesperadamente.

Por una vez lady Peinforte estaba de acuerdo con ella. — No, ella repitió, — usted no puede.

El Doctor sin embargo las ignoró, y con un silencio mortal entregó el arco plateado al cyberlíder.

— Desactive su capacidad destructiva, ordenó el cyberlíder.

El Doctor se volvió obedientemente hacia la estatua. — ¿Ha comprendido la orden del cyberlíder?, preguntó él.

— Perfectamente, respondió la estatua con su fría y calmada voz.

Ace miraba con un horror creciente. — Usted no puede hacer esto, Doctor, dijo ella.

El Doctor no mostró signo de haberla escuchado. El cyberlíder colocó el arco en las manos de la estatua. Él se mantuvo atrás casi reverentemente. — Prepárela para el lanzamiento y que haga contacto con nuestra flota, le ordenó él al Doctor. — Usted conoce su posición gracias a su aparato.

Él estaba indicando la radio grabadora de Ace. El cyberlíder presionó un botón al frente y expulsó el casete de jazz. Él lo retiró y lo sostuvo burlonamente al frente de Ace y el Doctor. — Una nueva y definitiva era empieza, Doctor, dijo él. — Imaginación, pensamiento, libertad, placer, todo acabará. Él aplastó el casete con su puño y lo dejó caer en pequeños pedazos al suelo. Se dirigió al grupo en general. — Antes de que los mate a todos, observaran el arribo de nuestra flota. Lance a Némesis.

Ace gritó una súplica final. — ¡No lo haga, Doctor! Por favor, no lo haga. Fue inútil. De nuevo el Doctor no dio la más ligera indicación de haberla escuchado. En vez de eso él caminó hacia adelante y presionó los interruptores, activando los cohetes. Dio un paso hacia atrás y se mantuvo a distancia segura. Los cohetes empezaron a zumbir. Lady Peinforte miraba con incrédulo horror.

— Está a punto de despegar, el Doctor les advirtió sombríamente. — Retrocedan.

Los cohetes fueron ganando potencia y su constante rugido se convirtió en un rugido apagado. El Doctor se mantuvo observando inexpresivamente la estatua. De repente, Lady Peinforte dio un penetrante y sobrenatural alarido y corriendo se lanzó directo hacia la estatua. Richard corrió tras ella, gritando. —No, señora, pero era demasiado tarde. Hubo un destello segador de luz radiante cuando lady Peinforte y la estatua brillaron y luego se fundieron. Los cohetes se encendieron y la estatua de Némesis fue lanzada una vez más para que regresara al espacio.

Cuando ésta había desaparecido en el cielo, Ace y Richard se encontraron a sí mismos mirándose entre sí conmocionados, al igual que lo estaba el Doctor. Solo el

cyberlíder parecía calmado. — Observaremos el progreso, le dijo suavemente al Doctor.

— Desde luego, respondió el Doctor con perfecto autocontrol. Él encendió la pantalla holográfica de la radio grabadora, y un holograma empezó a tomar forma una vez más inmediatamente sobre la máquina. Todos empezaron a observar.

Muchos cientos de puntos podían ser vistos alrededor de la luna. La flota de los cybermen había estado aumentando desde la última vez que fue vista y sus naves estaban suspendidas en el espacio como un enjambre. Desde la Tierra otro, sencillo y pequeño, punto apareció aproximándose al centro mismo de la flota. Mientras más crecía, más brillante se volvía Némesis, hasta que brillaba tan intensamente que los otros puntos se volvieron menos visibles.

Entonces explotó.

Todo el holograma fue instantáneamente inundado por una segadora e increíblemente brillante luz blanca la cual se desvaneció lentamente quedar reducida al ocasional brillo de una estrella distante en las increíbles profundidades del silencioso espacio. Involuntariamente el cyberlíder caminó hacia adelante. Él pasó su mano a través de la imagen con completa incredulidad, pero el Doctor, quien se había quitado sus gafas y limpiado con su pañuelo, estaba ahora mirándolo con tranquila satisfacción.

— No..., dijo con aspereza el cyberlíder.

— Sí, respondió el Doctor con firmeza. — La flota ha sido destruida.

— Pero... ¿Cómo?

— Pero Némesis estaba bajo mis órdenes. Solo le pedí que hiciera contacto con nuestra flota.

— Ah, pero yo le había ordenado destruirla. Cuando usted tomó el control y cambió las instrucciones a través de mí, yo simplemente le pregunté a la estatua que sí había comprendido lo que usted había dicho; yo no le dije nada acerca de que lo obedeciera.

El cyberlíder con la muerte en sus ojos, miró a la diminuta figura delante de él. — Entonces usted se les unirá, dijo él apuntando su láser hacia la cabeza del Doctor.

El Doctor se encogió de hombros. — Valió la pena, dijo él simplemente y cerró sus ojos.

Mientras él hacía esto, Richard aprovechó la oportunidad. Extrajo la flecha con cabeza de oro que había quedado incrustada en la puerta de la TARDIS desde la primera batalla en el sitio de la construcción y avanzó corriendo. El dedo del cyberlíder estaba tensándose sobre el gatillo cuando Richard empujó con todas sus fuerzas la flecha dentro de su panel pectoral. El líder dejó caer su arma y cayó retorciéndose al suelo, sacudiéndose violentamente.

El Doctor abrió sus ojos. — Adiós, dijo él.

El cyberlíder estaba inmóvil.

El Doctor dio una palmada a Richard en la espalda. — Bueno, eso parece ser todo, dijo él. — Gracias.

Richard asintió. — No fue nada, amo. Solo hubiera deseado poder salvar a mi ama también. Pero ella era una con su estatua. Él miró a lo lejos con tristeza, a través del lodoso y grotesco terreno: las casas modernas a medio construir, las mezcladoras de cemento y las excavadoras. — ¿Cómo viviré ahora?, preguntó él. — Varado aquí, en esta extraña era.

El Doctor asintió con simpatía. — Sé justo como se siente, él aceptó. — Sin embargo...

Pero Ace se le adelantó. — Le daremos un aventón, dijo ella con intensidad.

Richard claramente no comprendía.

— Lo llevaremos de regreso, tradujo el Doctor.

Richard lo miró maravillado. — ¿Es posible?, él susurró.

— Todo es posible, sonrió el Doctor.

El Doctor, que no es ajeno a esas fantasías, sonrió con indulgencia. — Y quisiera comprarle una bebida por el camino, él agregó. — Si usted tiene tiempo.

Richard sonrió ampliamente. — No, Doctor, dijo él con firmeza. — Yo seré quien le compre a usted una bebida.

— En ese caso conozco justo el lugar, dijo el Doctor. — Y hablando de música celestial...

CAPÍTULO 11

En el jardín de la taberna, su mesa aún estaba libre y había un perfecto e ininterrumpido día de verano mientras Ace y el Doctor tomaban sus asientos. El intervalo de diez minutos estaba llegando a su final.

— Justo a tiempo, sonrió el Doctor.

Ace miró a través del gentío hacia el bar donde, a pesar de sus reservas, Richard parecía estar siendo atendido sin ningún problema. Después de todo, ella lo había entrenado en que decir a la persona que él insistía en referirse como el potman [palabra antigua inglesa que define a una persona que trabaja en una casa pública sirviendo cerveza.], pero la larga charla del Doctor sobre historia y sobre la apreciación del jazz, que había tenido lugar simultáneamente, había interferido grandemente. La banda reapareció y tomó sus instrumentos. Antes de que ellos reiniciaran, sin embargo, y antes de que Richard pudiera regresar, había asuntos que Ace quería aclarar. — ¿Así que usted envió a Némesis al espacio para atraer la atención de los cybermen y así poderlos destruir?

El Doctor saludó al saxofonista. — Supongo que eso hice, respondió él con aparente sorpresa.

— ¿Pero entonces usted lo olvidó?

— Eso es, sí.

Richard se aproximaba a través del gentío con las bebidas. Casi no quedaba tiempo, Ace se acercó al Doctor y le habló en voz baja. — Pero aún hay una pregunta que no ha respondido, dijo ella.

El Doctor parecía no escucharla. En vez de eso, se volvió y sonrió sobre su hombro a Richard, quien estaba ahora muy cerca. — Aquí está él ya, dijo el Doctor.

Richard colocó los vasos con cuidado sobre la mesa y se sentó. — Mi ropa suscita mucho interés, dijo él.

Hubo un redoble de tambores. El saxofonista miró alrededor al cuarteto, ellos se acomodaron y aguardaron la cuenta para iniciar.

El Doctor se inclinó hacia Richard. — Creo que esto le gustará, dijo él alentadoramente. Richard sonrió y se reclinó, prestando a la banda toda su atención.

— ¡Profesor!, susurró Ace con exasperación. — ¡Doctor!

El Doctor puso su dedo sobre sus labios. El saxofonista empezó a contar.
— Uno, dos...

Ace no estaba, como de costumbre, para desanimarse. Puso su boca cerca del oído del Doctor y con gran determinación, preguntó: — ¿Quién es usted?

Por un momento el Doctor se volteó hacia ella y por un breve momento, ella pensó que en verdad iba a obtener una respuesta. Entonces giñó un ojo y sonrió, justo en el momento, que la banda empezaba a tocar.

FIN